BODY CHECK



UN ROMANCE PICANTE DE HOCKEY MM

PIPER CROSS

Body Check

Un romance picante de hockey MM

Piper Cross

Whisper Nexus Publishing House

Primera edición en español: 2026
Copyright © 2026 by Piper Cross
Traducción del inglés: Sofía María Torres
Publicado por Whisper Nexus Publishing House
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o lugares es pura coincidencia.

El uso de esta publicación para el entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa está expresamente prohibido.

También de Piper Cross

Chicago Storm
#1 Body Cross
#2 Próximamente

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Epílogo

1

Theo

El punto rojo de grabación parpadeaba en la esquina de la pantalla, lo único enfocado mientras me deslizaba hacia atrás. Me movía con la facilidad inconsciente de alguien que había aprendido a patinar antes que a leer.

—Día uno, nena —le dije a mi reflejo en la lente de la cámara. Esbocé la sonrisa que normalmente me libraba de las multas de aparcamiento—. Campamento de entrenamiento con los Storm. ¿Te puedes creer...?

Choqué contra un muro.

No eran las vallas. Era sólido, cálido y considerablemente más duro de lo que un cuerpo humano tenía derecho a ser.

El impacto me hizo castañear los dientes. El teléfono salió volando de mi agarre y rodó por el hielo. Me di la vuelta, moviendo los brazos como aspas de molino para mantener el equilibrio, justo cuando un termo de viaje salía disparado por los aires. La tapa saltó. El líquido oscuro y humeante salpicó en un arco violento directamente sobre el pecho del hombre al que acababa de arrollar.

El capitán Luca Moretti.

Oh, mierda.

El silencio en el pabellón era absoluto. El rítmico *shhh-shhh* de los patines en otras partes del hielo desapareció.

Vi el café gotear desde el logotipo empapado de los Storm en la camiseta de entrenamiento de Moretti hasta el hielo inmaculado. Moretti no se inmutó. No se lo limpió. Se quedó allí plantado, con la mandíbula lo bastante apretada como para partir acero.

—Lo siento muchísimo. —Me apresuré a recoger los restos. Agarré mi teléfono, que ahora lucía una grieta en forma de telaraña cruzando la pantalla, y recogí el termo vacío de Moretti—. No estaba mirando. Estaba grabando, lo cual fue una estupidez, y simplemente...

—¿Tú crees?

La voz de Moretti fue un retumbar bajo, apenas audible por encima del zumbido de la Zamboni en la esquina más alejada. No fue fuerte, pero conllevaba un peso que me puso los pelos de punta.

Miré hacia arriba. Y seguí mirando hacia arriba.

Las cámaras de televisión no le hacían justicia a Luca Moretti. En 4K, era impresionante; en persona, era aterrador. Tenía unos pómulos afilados y severos, y unos ojos oscuros que en ese momento me estaban diseccionando. Parecía una estatua a la que hubieran dado vida específicamente para arruinarme el día.

Quedé inmediata y catastróficamente cautivado.

—Pagaré la tintorería —ofrecí, aferrando el termo vacío como una ofrenda de paz—. Y te compraré un café nuevo. Dos cafés. Te compraré una máquina de café expreso.

—No quiero tu café. —Moretti me arrebató el termo de la mano. Sus dedos enguantados rozaron mi palma durante una fracción de segundo.

El contacto no debería haber sido nada —solo cuero contra piel—, pero una sacudida de calor me golpeó en el pecho.

—Claro. Por supuesto. —Me guardé el teléfono roto en el bolsillo —. Soy Theo. Callahan. Aunque probablemente ya lo sepas. Ya que soy el chico nuevo. El que acaba de agredirte con una bebida.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Moretti. Fue la única señal de que en realidad estaba vivo y no era una alucinación nacida de mi ansiedad.

—Sé quién eres. —Moretti se impulsó, patinando hacia atrás. Se movía con una eficiencia que me dio envidia: sin desperdiciar energía, solo pura potencia. Señaló vagamente hacia mi pecho—. Eres el niño de internet.

—Culpable. —Sonreí. Había aprendido hacía mucho tiempo que, si sonreías con la suficiente brillantez, la gente normalmente se olvidaba de estar enfadada contigo—. Veinte mil seguidores y subiendo. Deberías echarle un vistazo a mi página. Hago unos *lip syncs* increíbles.

Moretti se me quedó mirando. No parpadeó. Me miró como si estuviera hablando un idioma que nunca había escuchado y que no tenía ningún interés en aprender.

—Es broma —añadí rápidamente—. En su mayor parte.

—¡Callahan! —La voz del entrenador Reeves retumbó desde el banquillo, haciendo eco en las vigas—. ¡Deja de coquetear con mi capitán y mueve el culo a la línea!

El calor me inundó la cara, ardiéndome hasta las orejas. Algunos de los chicos se rieron por lo bajo —sonidos de diversión graves y distintivos—, pero la expresión de Moretti permaneció pétrea.

—No estaba coqueteando —murmuré para nadie en particular. Me di la vuelta y patiné hacia la línea azul. El pulso me latía a un ritmo frenético contra las costillas, y no podía decidir si era por la vergüenza o por la persistente adrenalina de haber mirado a Luca Moretti a los ojos.

El campamento de entrenamiento fue brutal. También fue lo mejor que me había pasado en la vida.

Me encantaba el ardor en los cuádriceps durante los suicidios. Me encantaba el sabor metálico y afilado del aire en los pulmones y el ruido caótico de los discos golpeando contra el cristal. Había trabajado toda mi vida para esto. Había pasado cuatro años en el Boston College y miles de horas en pistas de hielo que olían a sudor y palomitas rancias solo para llegar hasta aquí.

Era un jugador de los Chicago Storm. Estaba en la NHL.

No podía dejar de sonreír.

—Alguien se lo está pasando bien.

Miré a mi izquierda. Eriksson, el extremo sueco y capitán alternativo, estaba a mi lado en la cola para el siguiente ejercicio.

—Básicamente —dije, limpiándome el sudor de la frente con el dorso del guante—. Mi madre dice que salí del útero feliz. Creo que asustó a los médicos.

Eriksson se rio.

—Representas un grave peligro para la presión arterial de Moretti.

—¿Siempre es tan...? —Busqué una palabra que no fuera *aterrador* ni *sexy*—. ¿...intenso?

—Siempre. —Eriksson golpeó sus guardas con el palo—. Lleva tres años siendo capitán. Nos ha llevado a los *playoffs* dos veces. El tío sangra el azul de los Storm y nunca sonríe. Te acostumbrarás.

Eché un vistazo al otro lado del hielo. Moretti estaba de pie cerca de la red, hablando con el entrenador Reeves. Su postura era rígida, con los brazos cruzados sobre el pecho. Como si sintiera el peso de mi mirada, Moretti levantó la vista. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos desde quince metros de distancia.

Sentí el impacto en el estómago, un vacío repentino que fue como saltarse un escalón en la escalera.

Fui el primero en apartar la mirada. Me centré en la preparación del ejercicio, pero seguía sintiendo la atención de Moretti. La sentía pesada, como un peso físico presionando entre mis omóplatos.

Me estaba secando el pelo con la toalla después de ducharme cuando el entrenador Reeves apareció en la puerta del vestuario.

—Callahan. A mi despacho. En cinco minutos.

El estómago se me cayó a los pies. Ser convocado al despacho el primer día rara vez era motivo de celebración. Teniendo en cuenta que antes había bautizado al capitán del equipo con café torrefacto, no apostaba por una felicitación.

Me puse una camiseta limpia y seguí al entrenador por el pasillo. Pasé junto a fotos de leyendas de los Storm y carteles de campeonatos, intentando no parecer un turista. Las instalaciones eran elegantes, modernas e intimidantes: todo paredes de cristal y acero cepillado.

El despacho del entrenador era exactamente como me lo esperaba. Un enorme escritorio de caoba dominaba la habitación, abarrotado de informes de ojeadores. Un monitor en la pared reproducía vídeos de partidos en bucle.

—Siéntate —dijo el entrenador.

Me senté.

El entrenador Reeves se reclinó en su silla. Me estudió con la misma expresión indescifrable que Moretti había utilizado antes. Me obligué a quedarme quieto y a mantener las manos sobre las rodillas.

—Has hecho un buen primer entrenamiento —dijo el entrenador finalmente—. Tu patinaje es limpio. Tus manos son rápidas. Tu visión de juego coincide con los informes de los ojeadores.

—Gracias, señor.

—Pero estás verde. —El entrenador cogió un bolígrafo y lo golpeó rítmicamente contra el escritorio—. Tienes talento, chaval. Pero el talento no significa una mierda si no sabes cómo usarlo a este nivel. La NHL es más rápida, más dura y más cruel que el hockey universitario.

—Lo sé. —Me incliné un poco hacia delante—. Estoy listo para aprender. Haré lo que haga falta.

La expresión del entrenador se suavizó, solo una fracción.

—Por eso te voy a asignar un mentor. Quiero que alguien te enseñe los entresijos. Alguien que te mantenga alejado de los problemas y se asegure de que no te quemes antes de Navidad.

El alivio me inundó. Un mentor sonaba genial. Necesitaba un amigo en el equipo.

—Moretti se va a encargar de ti.

El alivio se evaporó al instante.

—¿El capitán Moretti? —Me falló la voz. Me aclaré la garganta—. ¿El tipo al que le he arruinado la camiseta?

—Ese mismo. —Una comisura de la boca del entrenador se torció hacia arriba—. Es el mejor jugador de esta plantilla. Trabaja más duro que nadie a quien haya entrenado. Si quieres triunfar en esta liga, aprenderás de él.

Mi mente daba vueltas. Me imaginé pasando tiempo con Moretti. Mucho tiempo. Me imaginé los silencios incómodos y las miradas asesinas.

—Haré que funcione —dije, porque no tenía otra opción—. Gracias, entrenador.

—No me des las gracias todavía. —El entrenador se levantó, indicando que la reunión había terminado—. Moretti es duro. No te va a llevar de la mano ni te va a decir que eres especial. Pero si le escuchas, serás mejor jugador gracias a él.

Encontré a Moretti en el gimnasio.

El capitán estaba en una cinta de correr, corriendo con una determinación que sugería que estaba persiguiendo a un ladrón. Llevaba una camiseta de los Storm empapada de sudor que se le pegaba a los hombros. Llevaba auriculares y tenía los ojos fijos en la pared de enfrente.

Lo observé durante un momento. Admiré el ritmo constante de su zancada y el estricto control de sus movimientos. Un sentimiento cálido y peligroso se desplegó en mi pecho.

No. Por ahí no paso.

Me acerqué a la cinta de correr y agité la mano hasta que Moretti se fijó en mí.

Moretti no sonrió. Ralentizó la máquina hasta detenerla, se quitó un auricular y arqueó una sola ceja con escepticismo.

—Hola. —Intenté mantener un tono informal—. El entrenador ha dicho que ahora eres mi mentor. Básicamente, mi padre en el hockey. ¿Debería empezar a llamarte "papi"?

La expresión de Moretti podría haber congelado el lago Michigan en julio.

—No.

—¿Papá?

—Callahan.

—¿Capitán Papá?

—Deja de hablar.

Sonreí. No lo pude evitar. La total falta de gracia de Moretti me daba ganas de pinchar al oso, solo para ver si podía conseguir una

reacción que no fuera de molestia.

Moretti se bajó de la cinta. Cogió una toalla y se secó la cara. Ahora estaba cerca, lo bastante cerca como para que pudiera ver la tenue cicatriz blanca que le interrumpía la ceja izquierda y la sombra oscura de barba de varios días en su mandíbula. Olía a jabón y a trabajo duro.

—Vamos a dejar algo claro —dijo Moretti. Su voz era tranquila, pero dominaba la habitación—. Yo no me presenté voluntario para esto. Me lo asignó el entrenador. Así que vamos a mantener esto en el plano profesional. Haces lo que te digo, cuando te lo digo. Llegas a tiempo. Trabajas duro. Y terminas con... —Señaló vagamente a toda mi persona— ...el espectáculo.

—¿Mi personalidad?

—Tu incapacidad para tomarte nada en serio.

Las palabras escocieron. Había escuchado variaciones de esa queja toda mi vida. Los entrenadores pensaban que bromeaba demasiado. Mis compañeros de equipo no entendían por qué no podía simplemente callarme y ponerme a meditar antes de un partido. Incluso mi hermano mayor me había dicho que sonreír no sumaba puntos en el marcador.

Pero yo creía que la alegría era una elección. La elegía todos los días.

—Me tomo el hockey en serio —dije. Mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Me lo tomo tan en serio que he sacrificado prácticamente todo lo demás por él. Pero eso no significa que tenga que ser un desgraciado mientras lo hago.

Moretti me estudió. Durante un largo momento, el silencio se extendió entre nosotros. Algo indescifrable cambió detrás de sus oscuros ojos.

—Bien —dijo Moretti finalmente—. Empezamos mañana. A las cinco de la mañana. No llegues tarde.

—¿A las cinco? —Parpadeé—. ¿De la madrugada?

—Dijiste que harías lo que hiciera falta. —Moretti se colgó la toalla al hombro—. ¿O eso solo era más parte del espectáculo?

Enderecé la espalda.

—Aquí estaré.

—Bien. —Moretti se dio la vuelta para irse. Dio dos pasos, luego se detuvo y miró hacia atrás—. ¿Y Callahan?

—¿Sí?

—La próxima vez que te grabes patinando hacia atrás, a lo mejor deberías comprobar tu entorno primero.

¿Eso había sido una broma? Sonaba sospechosamente como una broma.

Me quedé mirando la espalda de Moretti mientras se alejaba. Observé la postura de sus hombros y la forma deliberada en que se movía por el gimnasio. Mi corazón traicionero dio un estúpido y agitado vuelco en mi pecho.

Esta iba a ser una temporada muy larga.

Esa noche, me tumbé en mi nuevo apartamento y me quedé mirando el techo a oscuras.

El lugar apenas estaba amueblado. Las cajas de cartón seguían apiladas contra las paredes, proyectando largas sombras con las farolas de la calle que se filtraban por las persianas. Mi teléfono vibró en el colchón a mi lado. Llegaban mensajes de mi familia y amigos de casa, todos queriendo saber cómo había ido el primer día.

Los ignoré por el momento. Todavía no me sentía capaz de hablarles de Moretti.

No podía explicar la forma en que la voz del capitán había envuelto mi nombre como una advertencia. No podía describir la fracción de segundo en que nuestras manos se habían tocado y todo mi sistema nervioso se había iluminado como un marcador.

Sabía que era bisexual desde los dieciséis años. Había salido del armario con mi familia y amigos sin mucho drama. En general, había hecho las paces con el hecho de que el hockey profesional no era exactamente el espacio más acogedor para los chicos como yo.

Pero también me había prometido a mí mismo que no me escondería. No me haría pequeño. No fingiría ser algo que no era solo para hacer que otras personas se sintieran cómodas.

Incluso si una de esas personas era mi increíblemente atractivo e increíblemente gruñón capitán de equipo.

Alargué la mano y puse una alarma a las 4:15 a.m.

Mañana, le demostraría a Luca Moretti que pertenecía a este lugar. Le demostraría que podía trabajar igual de duro, patinar igual de rápido y tomarme el hockey tan en serio como cualquier otro en la plantilla.

¿Y si mi corazón volvía a dar ese estúpido vuelco cuando Moretti me miraba?

Bueno. Ya lidiaría con ese problema cuando llegara el momento.

2

Luca

No dormí.

Me tumbé en mi dormitorio, donde el aire acondicionado zumbaba con un ritmo constante y artificial, y me quedé mirando el techo a oscuras. Mi mente se negaba a apagarse. Seguía reproduciendo el momento de ayer: la colisión, el café y la fracción de segundo en que mi mano enguantada había rozado la palma de Theo Callahan.

La piel del chico estaba cálida.

Ese era el problema. Era cálida y real, y durante el estúpido latido de un corazón, mi cerebro se había desconectado.

Me di la vuelta sobre un costado y le di un puñetazo a la almohada. Miré el teléfono. Las 2:47 a.m.

En poco más de dos horas, me reuniría con Callahan en la pista. El chico aparecería impaciente y obediente, probablemente aún con el subidón de haber entrado en la plantilla. Yo haría lo que mejor se me daba. Lo cortaría de raíz. Haría trabajar a Callahan lo suficientemente duro como para que no hubiera lugar a la conversación. Ni espacio para sonrisas fáciles. Ni oportunidad para que ese entusiasmo contagioso clavara sus ganchos más hondo.

Llevaba tres años siendo el capitán de los Storm. Antes de eso, me había abierto camino con uñas y dientes desde *grinder* de la cuarta

línea hasta centro de la primera a base de pura fuerza de voluntad y de una capacidad de compartimentar que rozaba lo patológico. Sabía cómo liderar sin acercarme.

Theo Callahan amenazaba todo eso.

Mi teléfono vibró en la mesita de noche. Un mensaje del entrenador Reeves: *No seas muy duro con el chico. Lo necesitamos de una pieza para la temporada.*

No respondí. Me quité las sábanas de encima, me dirigí a la ducha y abrí el agua fría hasta que dolió.

La pista a las 5 a.m. era mi catedral.

No había multitudes. Ni prensa. Ni compañeros de equipo observando para ver si la máscara del capitán se resbalaba. Solo estaba el zumbido grave de los compresores y el olor a hielo fresco: penetrante, químico y limpio.

Me estaba atando los patines cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Buenos días, capitán!

Theo entró dando saltos en el vestuario como si no fuera plena madrugada. Parecía irritantemente despierto. Tenía el pelo húmedo de la ducha, rizándose ligeramente en la nuca, y llevaba ropa de entrenamiento de los Storm que le sentaba lo suficientemente bien como para suponer un problema.

Gruñí. No levanté la vista de mis cordones.

—Gracias por hacer esto —continuó Theo, dejando caer su bolsa en el banco con un ruido sordo—. Sé que probablemente tienes cosas mejores que hacer que hacer de niñera de un novato, pero de verdad que lo agradezco. Prometo que trabajaré duro y...

—Callahan.

—¿Sí?

—Menos hablar. Más equiparse.

La sonrisa del chico no flaqueó. En todo caso, se ensanchó.

—Sí, señor.

No me llames así.

Las palabras se me atascaron en la garganta. Terminé de atarme los patines, apreté bien los cordones y me dirigí al hielo sin esperar.

Lo presioné.

No utilicé refuerzo positivo. No le ofrecí ánimos. Presioné a Theo como una marejada ciclónica presiona contra un dique: implacable, buscando los puntos débiles, buscando el punto de colapso.

—Otra vez —ladré.

Theo terminó su tercera serie de suicidios. Su pecho subía y bajaba, y tenía la cara enrojecida con un tono carmesí e irregular, pero no se quejó. Simplemente pivotó sobre sus cantos y se lanzó de nuevo a cruzar la línea azul.

Lo observé moverse. Theo era rápido y fluido, y poseía una gracia natural que la mayoría de los jugadores pasaban años intentando fabricar. Pero había lagunas. Dependía demasiado de su velocidad y no lo suficiente de sus cantos.

Cuando Theo terminó, se inclinó sobre las rodillas, jadeando en busca de aire. El vapor se elevaba de sus hombros en el aire frío del pabellón.

Patiné hacia él. El sonido de mis propias cuchillas cortando el hielo parecía imposiblemente fuerte en el edificio vacío.

—Tus cruces son un desastre.

Theo se enderezó. Se limpió el sudor de los ojos con el dorso del guante.

—Yo... vale. ¿Me enseñas?

Ese era el problema de Callahan. No estaba a la defensiva. No tenía ego. Ofrecía sus defectos con una buena disposición tan abierta que mis defensas parecían inútiles.

—Observa. —Demostré el movimiento. Exageré la transferencia de peso y la rotación de cadera—. ¿Ves cómo impulso a través del canto exterior? No te estás entregando. Dudas porque no confías en la cuchilla.

—Tengo miedo de perder el equilibrio —admitió Theo.

—Perderás el equilibrio. Así es como se aprende.

A Theo se le iluminaron los ojos.

—Vale. Déjame intentarlo.

Intentó el cruce. Hizo mal la transferencia de peso y tropezó.

Lo intentó de nuevo. Mejor, pero sus caderas seguían cerradas.

La tercera vez, me moví sin pensar.

Patiné justo detrás de Theo. Le puse las manos enguantadas en las caderas para cuadrarlo hacia las vallas.

—Aquí —dije. Mi voz salió más áspera de lo que pretendía, un sonido rasposo en la pista silenciosa—. Abre la zancada. Tienes que impulsar desde aquí.

El cuerpo de Theo se movió bajo mis manos.

Era puro músculo, cálido y receptivo. El contacto envió una onda expansiva directamente por mis brazos. Por un segundo, la lección de hockey se desvaneció, reemplazada por la abrumadora conciencia del hombre al que tenía agarrado. El olor del sudor de Theo, el rápido ascenso y descenso de sus costillas, el calor que irradiaba a través de su camiseta.

Theo se quedó muy quieto.

Giró la cabeza un poco. Lo justo para que pudiera ver su perfil: el rubor de sus pómulos, sus labios entreabiertos, el pulso latiéndole en la garganta.

—¿Así? —preguntó Theo. Su voz era baja.

El sonido me devolvió de golpe a la realidad.

Aparté las manos como si hubiera tocado una estufa ardiendo. Di un paso atrás, poniendo un metro de seguridad entre nosotros.

—Sí. Eso... practica eso. —Señalé vagamente hacia el otro extremo de la pista, a cualquier lugar que no estuviera cerca de mí—. Hemos terminado por hoy.

Theo parpadeó.

—Pero aún nos quedan veinte minutos.

—Hemos terminado, Callahan.

No esperé a que me discutiera. Patiné hacia la puerta, salí del hielo y me apresuré a completar mi rutina de estiramientos. Ya estaba en mi coche saliendo del aparcamiento antes de que Theo hubiera terminado siquiera de desatarse los patines.

Me temblaban las manos en el volante.

El entrenamiento del equipo a las 7:30 a.m. debería haber sido un respiro. No lo fue.

Ejecuté los ejercicios con mi intensidad habitual. Ladré jugadas, corregí posiciones y presioné el ritmo hasta que el cristal se empañó.

Pero mi atención estaba fracturada.

No dejaba de seguir a Theo con la mirada.

Vi al novato integrarse en la línea. Vi a Jamie Hayes, capitán alternativo y uno de nuestros extremos, darle a Theo una palmada en el hombro tras un pase preciso. Vi cómo se le iluminaba la cara a Theo cuando el entrenador gritó un «¡Buen trabajo, Callahan!» desde el banquillo.

—¡Moretti!

Mi cabeza giró bruscamente hacia el entrenador Reeves.

—¿Estás con nosotros, capitán? —Los ojos del entrenador eran perspicaces. Lo veía todo.

—Sí, entrenador.

—Entonces a lo mejor puedes explicarme por qué estás mirando a Callahan en lugar de dirigir el ejercicio de *forecheck* que he asignado.

Algunos de los chicos sonrieron con sorna. Apreté la mandíbula hasta que me dolieron los dientes.

—Solo me aseguro de que se está integrando correctamente —mentí.

—Ajá. —El entrenador no parecía convencido—. ¿Qué tal ha ido la sesión privada de esta mañana?

—Bien. Necesita trabajar en sus cantos y en el juego contra las vallas.

—¿Y planeas continuar con estas sesiones matutinas?

Debería decir que no. Debería pasarle a Theo a uno de los ayudantes. Debería mantener las distancias antes de que esta cosa que tenía dentro echara dientes.

—Sí —dije—. Tiene potencial. Necesita perfeccionarse.

El entrenador me estudió durante un largo e incómodo momento.

—No lo rompas, Luca. Necesitamos jugadores que amen el juego, no soldados que le tengan miedo a su capitán.

Después del entrenamiento, me retiré a mi asiento. Me quité metódicamente la equipación, pieza a pieza, intentando ahogar el ruido del vestuario.

—El capitán te está dando bastante caña, novato —dijo Jamie a tres asientos de distancia.

—No me importa. —La voz de Theo era alegre, despreocupada.

Mis manos se detuvieron sobre mis espinilleras.

—Esa es una forma de verlo —rio Jamie—. O a lo mejor es que es un cabrón estricto.

—No, lo digo en serio —dijo Theo. La alegría desapareció, reemplazada por una sincera tranquilidad—. Llevo años viendo vídeos suyos. Es increíble... cómo lee las jugadas, su visión de juego. Si cree que merezco la pena el tiempo extra, entonces voy a demostrarle que tiene razón.

Me quedé mirando el suelo.

No había resentimiento en la voz de Theo. Ni miedo. Solo confianza.

Terminé de cambiarme en silencio. Ignoré los planes del equipo para comer, cogí mi bolsa y me marché.

Mi piso era un reflejo de mi estado interno: controlado, aséptico y frío.

Los muebles eran minimalistas. Los colores, neutros. No había fotografías en las paredes, ni toques personales que pudieran revelar que un ser humano vivía allí.

Me hice un batido de proteínas que no quería y contesté a los correos electrónicos de mi agente sobre la extensión de mi contrato. Intenté no pensar en cómo se habían sentido las caderas de Theo bajo mis manos. Intenté no recordar el pequeño ahogo en la respiración del chico cuando había invadido su espacio.

Mi teléfono vibró. Kieran.

Kieran: *¿Estás libre para cenar? Hace tiempo que no nos ponemos al día.*

Me quedé mirando la pantalla. Kieran era mi mejor amigo, la única persona que había visto atisbos del hombre detrás de la capitanía. Pero ni siquiera Kieran lo sabía todo. No sabía de los polvos discretos a dos pueblos de distancia, de los acuerdos de confidencialidad, de cómo borraba las aplicaciones de citas en el mismo segundo en que empezaba la pretemporada.

Escribí: *Ocupado. Lo dejamos para otro día.*

Otra vibración. El entrenador Reeves.

Entrenador Reeves: *Callahan dice que os volvéis a reunir mañana a las 5 a.m. Recuerda lo que te he dicho.*

Borré el mensaje.

Debería cancelar. Debería mandarle un mensaje a Theo ahora mismo y decirle que se suspendían las sesiones.

En lugar de eso, puse mi alarma a las 4:15 a.m.

Esa noche, me tumbé en la oscuridad e intenté catalogar todas las razones por las que aquello era un desastre.

Theo era un compañero de equipo. Un novato. Había salido del armario de forma abierta y sin remordimientos en una liga que todavía estaba averiguando cómo tratar a los jugadores *queer*. Yo había leído las entrevistas. Theo hablaba de representación y visibilidad con la natural confianza que daba el no haber tenido que esconderse nunca.

Yo llevaba diez años escondiéndome.

Había construido mi reputación sobre la base de ser intocable. A la directiva de los Storm le encantaba porque era fiable. Mis compañeros de equipo me respetaban porque era una máquina. Si alguien supiera la verdad, la máquina se rompería.

Mi capitanía. Mi contrato. Mi vida.

Y Theo Callahan —con sus ojos dorados, sus cruces espantosos y su estúpida fe en mí— era una bola de demolición apuntando directamente a la casa de cristal que yo había construido.

Me di la vuelta y hundí la cara en la almohada.

Mañana sería más duro con el chico. Sería más frío. Me aseguraría de que no hubiera más momentos en los que estuviéramos demasiado cerca, en los que el silencio se tensara demasiado.

3

Theo

Sentía las piernas como si estuvieran llenas de plomo, y mi estómago hacía unos ruidos que amenazaban con asustar al personal de cocina.

Cogí una bandeja y eché un vistazo a la cafetería del equipo. Busqué un sitio que no gritara «novato desesperado comiendo solo», pero sobre todo busqué carbohidratos.

Había sobrevivido a tres días de las sesiones de tortura personal de Luca Moretti. Tres días de hielo a las 5:00 a.m. donde el capitán me había presionado hasta que me ardían los pulmones y mis cantos flaqueaban. Tres días de sentir los ojos de Luca sobre mí durante los entrenamientos normales; un peso físico y táctil que me ponía los pelos de punta.

—¡Callahan! ¡Por aquí!

Me di la vuelta. Jamie Hayes, el capitán alternativo, agitaba un tenedor desde una mesa redonda cerca de la ventana.

No lo dudé. Me dejé caer en la silla vacía e inmediatamente me encontré con un batido de proteínas empujado contra mi pecho por Kieran Walsh, el portero titular.

—Bébete eso —ordenó—. Tienes pinta de estar muerto.

—El capitán lo está reventando —dijo Bishop. Era un defensa con brazos del tamaño de troncos de árbol—. Vi esa sesión ayer por la mañana. Brutal.

—El Capi siempre es brutal con los nuevos —dijo Hayes, pinchando sus huevos revueltos—. Significa que cree que mereces el esfuerzo.

Quería creer eso. Quería creer que las sesiones de madrugada significaban que Luca veía potencial, en lugar de solo un novato al que necesitaba quebrar. Sin embargo, no terminaba de encajar con la forma en que Luca me miraba. El capitán me miraba de la misma manera que un técnico de desactivación de explosivos mira un paquete sospechoso.

—Hablando de esfuerzo —dijo Walsh, sonriendo—. ¿Vienes a la Noche de los Novatos mañana?

—¿Qué es la Noche de los Novatos?

La mesa estalló en carcajadas. Sentí que el calor me subía a las mejillas.

—Oh, esto va a ser bueno —dijo Bishop—. El chaval no lo sabe.

Hayes se apiadó de mí.

—Es una tradición. Todos los novatos compran la cena y las copas para los veteranos. Vamos al Moretti's —el restaurante italiano del centro, que no tiene nada que ver con nuestro capitán a pesar del nombre— y vosotros pagáis la cuenta.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunté. Calculé mentalmente el saldo de mi cuenta corriente.

—Lo suficiente para que duela —dijo Walsh alegremente—. Pero no lo suficiente para llevarte a la bancarrota. No somos unos gilipollas integrales.

—Solo gilipollas a medias —añadió Bishop.

La conversación volvió al hockey y me relajé. Sabía cómo desenvolverme en ese ritmo. Podía manejar los vaciles sobre el partido de pretemporada de anoche y el debate sobre las combinaciones de las líneas.

No fue hasta que Hayes sacó el tema de los planes para el fin de semana cuando el terreno cambió.

—Van a abrir un bar nuevo en River North —dijo Hayes—. Se supone que es de lujo. Bueno para conocer... —Movió las cejas de arriba abajo.

—¿Conocer inversores? —pregunté con inocencia.

Walsh resopló en su café.

—Sí. Claro. Inversores.

—Yo estoy saliendo con alguien —dijo Bishop—. Así que me quedo fuera. Pero los solteros deberíais ir.

—Callahan va seguro —decidió Hayes—. Estás soltero, ¿verdad?

Me encogí de hombros. Le di un buen trago al batido de proteínas.

—Sí. Rompí con mi ex unos meses antes del *draft*.

No pensé en las palabras que había usado. No tuve en cuenta que decir «mi ex» sin especificar género iba a levantar una bandera.

Walsh lo captó de inmediato.

—¿Exnovio o exnovia?

La mesa se quedó en silencio. No era hostil, pero la presión del aire cambió. Estaban esperando.

Había vivido ese momento cien veces. La pausa. La evaluación. La fracción de segundo en la que los demás hombres decidían si yo era uno más de los chicos o un problema que había que gestionar.

Sostuve la mirada de Walsh con firmeza.

—Novio. Se llamaba Eric. Buen chico, pero la larga distancia no iba a funcionar conmigo siendo seleccionado en el *draft*.

El silencio se prolongó durante otro latido.

—A River North entonces —dijo Hayes, rompiendo la tensión sin esfuerzo—. Walsh, tú pagas la primera ronda ya que estás tan interesado en la vida amorosa de Callahan.

La tensión se evaporó. La conversación siguió adelante. Nadie lo hizo raro.

Mis hombros se relajaron. Sabía que el equipo había hecho sus deberes —había artículos sobre mí habiendo salido del armario, y nunca lo había ocultado en la liga júnior—, pero saber que la gente ha leído un artículo era diferente a sentarse en una mesa y decir las palabras en voz alta.

Bishop me dio un golpe con el hombro.

—Por si te sirve de algo, la mitad de mi familia perdió la cabeza cuando empecé a salir con mi novia. Es negra, y al parecer eso le importa a alguna gente. Pero al equipo le da igual con quién estés. Solo preséntate y juega.

—Exacto —coincidió Walsh—. O sea, te vacilaremos por absolutamente todo lo demás, pero a nadie aquí le importa una mierda con quién te acuestes.

—A menos que te acuestes con la hermana de alguien —añadió Hayes—. Entonces sí nos importa. Te miro a ti, Martinez.

La mesa volvió a reír. Me uní a ellos, sintiendo que el nudo apretado de mi pecho por fin se aflojaba.

La Noche de los Novatos fue exactamente tan cara como me habían prometido.

Me senté en una larga mesa cubierta con mantelería blanca, viendo llorar a mi cuenta bancaria mientras los veteranos pedían aperitivos, platos principales y botellas de vino que ni siquiera sabía pronunciar. Pero valió la pena. La camaradería era embriagadora.

Luca estaba sentado en el otro extremo de la mesa. Daba sorbitos a una sola cerveza y observaba el caos con unos ojos oscuros e indescifrables. Apenas había hablado desde que llegamos, pero aquello no era inusual.

Lo que sí era inusual era la forma en que no dejaba de mirarme.

No era evidente. Pero me estaba convirtiendo en un experto en las microexpresiones de Luca Moretti. El capitán parecía tenso. Tenía los hombros encogidos casi a la altura de las orejas, y su mano no dejaba de flexionarse alrededor del vaso de cerveza.

—Así que, Callahan —dijo Jake Martinez. Era otro novato, un extremo de Minnesota—. ¿De verdad rompiste con tu novio justo antes del *draft*? Qué frialdad.

Negué con la cabeza.

—Fue mutuo. Ambos sabíamos que no iba a funcionar. Era mejor terminar de forma limpia que alargarlo.

—Práctico —observó Hayes desde el otro lado de la mesa—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Alrededor de un año. Nos conocimos en un evento benéfico de hockey. —Sonreí al recordarlo—. Era genial. Solo que... no era el momento adecuado.

Al fondo de la mesa, Luca se levantó bruscamente. Su silla chirrió de forma fuerte y áspera contra el suelo.

—Necesito tomar el aire —murmuró el capitán.

Se dirigió a la salida antes de que nadie pudiera responder. Caminaba rápido, como si la habitación estuviera en llamas.

Lo vi irse.

—No te preocupes por eso —dijo Walsh en voz baja, inclinándose hacia mí—. El Capi se pone raro a veces con las cosas personales. Es intensamente reservado.

Reservado. Esa era una palabra para describirlo.

Me había dado cuenta de que Luca nunca participaba en las charlas de vestuario sobre citas. Nunca mencionaba a una pareja. Nunca hablaba de sus planes para el fin de semana más allá de respuestas genéricas. Era como si Luca Moretti dejara de existir en el momento en que salía de la pista.

Pero la expresión en la cara de Luca hace un momento no había sido de reserva. No había sido aburrimiento.

Había sido miedo.

La comprensión me golpeó con fuerza. Luca Moretti —el hombre que bloqueaba los disparos con su cuerpo y se peleaba con tipos diez centímetros más altos que él— tenía miedo.

Y estaba bastante seguro de saber por qué.

Lo encontré fuera.

Luca estaba apoyado contra la pared de ladrillo del callejón junto a la entrada del restaurante. Tenía el teléfono en la mano, pero la pantalla estaba apagada. Estaba mirando a la nada.

—Hola —dije suavemente.

La cabeza de Luca se levantó de golpe. Durante un segundo, su expresión estuvo completamente libre de defensas. Era cruda, vulnerable y aterrorizada.

Luego, la máscara volvió a colocarse en su sitio de golpe.

—Deberías volver dentro —dijo Luca. Su voz sonaba tensa—. Es tu noche.

—Los novatos pueden sobrevivir sin mí unos minutos. —Me acerqué más. Tuve cuidado de no agobiarle, pero me negué a mantenerme alejado—. ¿Estás bien?

—Bien.

—Te has ido bastante rápido.

La mandíbula de Luca se apretó.

—Necesitaba tomar el aire.

—Eso ya lo has dicho.

Nos quedamos en silencio. Los sonidos amortiguados del restaurante se derramaban por las ventanas, mezclándose con el zumbido distante del tráfico de Chicago.

—¿He dicho algo malo? —pregunté—. ¿Allá adentro?

—No.

—Entonces, ¿por qué...?

—Déjalo, Callahan.

La orden fue cortante, pero carecía de verdadera dureza. Sonaba desesperada.

Sabía que debía hacerle caso. Debía volver adentro y dejar a mi capitán en paz. Apenas nos conocíamos. Luca no me debía nada.

Pero nunca se me había dado bien dejar las cosas en paz.

—Al equipo no le importa —dige en voz baja—. Que sea bisexual. Sé que algunas organizaciones todavía tienen problemas con eso, pero los chicos de los Storm parecen bastante legales.

Los nudillos de Luca se volvieron blancos alrededor de su teléfono.

—Me alegro. Por ti.

Había muchísimo peso en esas dos últimas palabras. *Por ti.*

Las piezas encajaron en su sitio.

—Luca...

—No lo hagas. —La voz del capitán era áspera, como si hubiera tragado cristal—. Estés pensando lo que estés pensando, no lo hagas.

—No estoy pensando nada —mentí—. Solo... si alguna vez quisieras hablar...

—No quiero.

—Vale.

Luca por fin me miró. La expresión de sus ojos era un desastre: recelosa pero hambrienta, asustada pero deseosa. Parecía un hombre parado en una cornisa, intentando decidir si saltar o huir.

—Deberías tener cuidado —dijo Luca en voz baja—. Puede que la liga sea mejor que hace diez años, pero no es perfecta. La gente habla. Los periodistas hurgan. Haces un movimiento en falso, y te persigue para siempre.

—No voy a esconder quién soy —dije—. Ya lo hice en la liga júnior, y fue una mierda. No voy a volver al armario por nadie.

Algo parpadeó en el rostro de Luca. Parecía envidia.

—Bien por ti —dijo el capitán. Esta vez, sonó genuino—. Aférrate a eso.

Se separó de la pared y se dirigió a la puerta, pero alargué la mano y agarré a Luca por el brazo.

El contacto fue eléctrico. Me envió una sacudida por la muñeca.

Luca se quedó congelado. No se apartó, pero todo su cuerpo se puso tenso.

—Por si te sirve de algo —dije—, creo que eres valiente. ¿La forma en que reconstruiste este equipo? ¿La forma en que lideras? Eso requiere agallas.

A Luca se le movió la garganta al tragar saliva. Miró hacia abajo, a mi mano en su brazo, y luego levantó la vista hacia mis ojos.

—Eso es diferente.

—¿Lo es?

Por un momento, simplemente nos quedamos allí. Apenas había treinta centímetros de espacio entre nosotros. Podía sentir el calor que irradiaba Luca. Podía ver el pánico luchando contra el deseo en sus ojos oscuros.

Entonces Luca liberó su brazo de un tirón. Dio un paso atrás, poniendo espacio entre nosotros.

—Vuelve adentro, Callahan —dijo—. Es una orden.

Luca abrió la puerta. Pero antes de desaparecer en el interior, miró hacia atrás. Solo por un segundo, la máscara volvió a resbalar. El deseo en sus ojos era inconfundible.

Y luego desapareció.

Me quedé de pie en el callejón, con el corazón acelerado y la cabeza dándome vueltas.

Tenía razón. Algo estaba pasando entre nosotros.

La pregunta era si Luca Moretti era lo suficientemente valiente para sobrevivir a ello.

El resto de la cena fue un borrón.

Me reí en los momentos adecuados. Contribuí a las conversaciones. Desempeñé mi papel de novato agradecido. Pero mi atención seguía desviándose hacia el final de la mesa donde estaba sentado Luca: callado, controlado y tan cuidadosamente separado de todos los demás.

Nunca había pensado realmente en cómo sería estar en el armario en la NHL. Había salido del armario muy joven. Tenía una familia que me apoyaba. Para cuando llegué al *draft*, mi orientación era solo un dato en mi página de Wikipedia.

Pero Luca era diferente. Llevaba una década en la liga. Era un capitán que había construido su reputación siendo un guerrero estoico e inquebrantable.

Y, por lo visto, estaba tan metido en el armario que ni siquiera podía aguantar una conversación sobre citas durante una cena sin que le entrara el pánico.

Cuando llegó la cuenta, la pagué a medias con los demás novatos sin rechistar. Salimos del restaurante a la fresca noche de septiembre.

Luca ya se había ido.

—¿Te vienes a River North con nosotros? —preguntó Hayes, haciendo sonar las llaves de su coche.

Negué con la cabeza.

—Creo que me voy a retirar por hoy. Mañana tengo entrenamiento temprano.

—¿El Capi te ha vuelto a citar a las cinco?

—Sí.

Hayes me dio una palmada en el hombro.

—Estás sobreviviendo mejor que la mayoría. Sea lo que sea lo que ve en ti, va en serio.

Asentí, pero no dije nada.

Cogí el tren de la línea L de vuelta a mi apartamento. Entré en el silencioso salón, apenas amueblado, y me desplomé en el sofá de segunda mano.

Me quedé mirando al techo y repasé la noche en mi cabeza.

La liga no es perfecta. Los periodistas hurgan.

Cerré los ojos.

Luca Moretti era complicado. Estaba en el armario, en conflicto consigo mismo y probablemente era la peor persona posible de la que un novato pudiera enamorarse. Lo más inteligente sería retroceder. Mantener las cosas en un plano profesional. Centrarme en el hockey.

Pero nunca se me había dado especialmente bien el instinto de supervivencia.

Y algo en la forma en que Luca me había mirado en el callejón —esa terrible mezcla de hambre y terror— me daba ganas de demostrarle que se equivocaba. Quería demostrarle que no tenía por qué dar miedo. Que ser uno mismo valía el riesgo.

Saqué el teléfono y puse la alarma a las 4:30 a.m.

Otra sesión de madrugada. Otros noventa minutos de Luca intentando quebrarme mientras intentaba desesperadamente no desearme.

Sonreí en la oscuridad.

Había sobrevivido a tres días de la intensidad de Luca Moretti. Podía sobrevivir a lo que viniera a continuación.

4

Luca

El pabellón rugió como un ser vivo. Diecisiete mil voces comprimidas en un único muro de sonido que me golpeó en el instante en que las cuchillas de mis patines tocaron el hielo.

Noche de apertura. Las luces del estadio brillaban en lo alto, reflejándose en la pista de hielo recién alisada. Todas las cámaras de Chicago me apuntaban.

Había hecho esto trescientas veces. Quizá cuatrocientas.

Nunca pasaba de moda.

Tomé mi posición para el saque inicial. Me agaché, con el palo listo. Frente a mí, el capitán de Detroit —un muro de ladrillos humano llamado Kozlov— sonreía como si tuviera un secreto. El árbitro sostenía el disco suspendido entre nosotros.

—He oído que tienes un cachorrito al que entrenar, Moretti.

Apreté la mandíbula. No miré hacia el banquillo donde estaba sentado Theo con el resto de los últimos seis delanteros. No me hacía falta. Había sido hiperconsciente de dónde estaba Theo exactamente desde el calentamiento, cuando había patinado a mi lado y me había dedicado esa maldita sonrisa deslumbrante.

El disco cayó.

Gané el saque. Se lo pasé hacia atrás a nuestro defensa y avancé hacia territorio de Detroit. Mi línea se movía como una máquina; años de química significaban que sabía dónde iba a estar Hayes antes de que el propio Hayes lo supiera. Una rápida rotación detrás de la red, un pase al punto de defensa, y me lancé hacia el área buscando el rebote.

El disparo se fue desviado. El portero de Detroit lo asfixió.

Silbato. Cambio de línea.

Patiné hacia el banquillo. Ya estaba analizando la jugada en mi cabeza. Debería haber presionado más fuerte hacia la red. Debería haber anticipado que Hayes aguantaría el disco un segundo más. Cogí mi botella de agua y me rocié un chorro en la boca sin quitarme el casco.

La cuarta línea de Detroit saltó al hielo.

Y también Theo.

El pecho se me contrajo; instantáneo y nada bienvenido. Me obligué a apartar la mirada. Me concentré en las rápidas instrucciones que el entrenador Reeves estaba dando para el siguiente turno. Pero mi visión periférica me traicionó. Seguí el destello del número de Theo mientras el novato se preparaba para el saque.

Profesional. Mantenlo profesional.

Theo perdió el saque. Detroit irrumpió en la zona de los Storm, y observé al novato hacer el repliegue defensivo. Su posicionamiento era de manual. Buena velocidad. Buen manejo del palo. El fallo defensivo vino de nuestro centro, no de Theo, y cuando Theo interceptó el pase y sacó el disco de la zona, el chaval hizo que pareciera fácil.

El orgullo ardió en mi pecho. *Ese es mi...*

No. Mi nada. Solo un novato del que era mentor. Eso era todo.

—¡Moretti, te toca!

Salté por encima de la valla en plena jugada. Mis patines tocaron el hielo justo cuando Detroit metía el disco al fondo. Patiné hacia atrás para recuperarlo, asimilando los ángulos sin pensar. Un defensa se cerró hacia mí; amagué a la izquierda, recorté a la

derecha y le envié un pase de salida a Hayes que le llegó en plena zancada.

Los tres minutos siguientes se desdibujaron en puro hockey. Turno tras turno, el partido iba y venía sin que ningún equipo consiguiera ventaja. Jugué mi partido habitual: controlado, calculado, con todos los movimientos precisos. Preparé dos oportunidades de gol que no se materializaron, bloqueé un tiro que me dejó palpitando la espinilla y gané tres saques consecutivos en la zona defensiva que mataron el impulso de Detroit.

El marcador se mantuvo 0-0 en el segundo periodo.

Me quedé de pie en el banquillo durante un tiempo muerto de televisión. Mi pecho subía y bajaba, y el sudor me corría por la espalda bajo las protecciones. Theo estaba en el hielo de nuevo. Me sorprendí observando el posicionamiento del novato durante el saque en zona defensiva.

Perfecto. El chico aprendía rápido. Ya estaba implementando los ajustes en los que habíamos trabajado durante aquellas brutales sesiones matutinas.

Deja de mirarle.

El tiempo muerto terminó. El juego se reanudó.

Acababa de pasar la pierna por encima de la valla para mi siguiente turno cuando vi lo que iba a pasar.

El *enforcer* de Detroit —un paquete llamado Morrison que se había pasado todo el partido buscando cabezas— se alineó frente a Theo en el círculo de saque. Pero no estaba mirando la mano del árbitro. No estaba mirando a Theo.

Me estaba mirando fijamente a mí.

El estómago se me encogió. El palo de Morrison ni siquiera tocaba el hielo. Estaba en tensión, con el peso en la pierna de atrás y el hombro bajo. El ángulo era completamente erróneo para un saque neutral. Era perfecto para una carga.

—¡Callahan!

Mi voz rasgó el hielo, pero el ruido del público se la tragó por completo.

El disco cayó.

Morrison ni siquiera parpadeó al verlo. Salió disparado hacia delante, ignorando el punto de saque por completo, ignorando la jugada para lanzarse directamente hacia donde yo estaba patinando.

Me preparé para el impacto.

Entonces, un borrón de camiseta azul cruzó mi campo de visión.

Theo no fue a por el disco. No intentó bloquear a Morrison. Simplemente dio un paso lateral; directamente hacia el hueco entre el *enforcer* y yo.

No tuvo tiempo de prepararse. Simplemente interpuso su cuerpo.

Morrison se estrelló contra Theo con toda la fuerza de sus cien kilos.

El tiempo se fracturó en mil pedazos de cristal.

Vi cómo los ojos de Theo se abrían de par en par. Vi cómo Theo intentaba prepararse para el impacto mientras el hombro de Morrison se alzaba hacia su mandíbula en un golpe que habría supuesto una suspensión si hubiera conectado de lleno.

Theo se tiró hacia un lado.

El golpe le atrapó el pecho y las costillas en lugar de la cabeza, pero la fuerza lo levantó de los patines. Se estrelló contra las vallas con un sonido que atravesó el ruido del pabellón como un disparo.

Theo se desplomó.

Todo en mi mundo se redujo a un único punto: el cuerpo sin vida de mi novato sobre el hielo.

No recuerdo haber cruzado la distancia. No recuerdo haberme quitado los guantes. Un segundo estaba saltando a la pista, al siguiente mis puños estaban enredados en la camiseta de Morrison y estaba estampando al *enforcer* contra el cristal con la fuerza suficiente para hacer temblar los soportes.

—Hijo de...

Morrison intentó soltar un puñetazo. Lo esquivé. Le clavé el puño en las costillas. Luego en la mandíbula. Una vez. Dos veces. Los árbitros gritaban, las manos nos agarraban a los dos, pero no podía parar. No quería parar. Morrison había golpeado a Theo.

Alguien tiró de mí hacia atrás. Hayes.

—¡Capi, está en el suelo! ¡Moretti, mira!

La neblina roja se disipó lo suficiente para que pudiera ver a la entrenadora de los Storm arrodillada junto a Theo en el hielo, revisándole los ojos con una linterna médica. Theo estaba consciente —gracias a Dios, estaba consciente—, pero tenía la cara pálida y una expresión vidriosa por el *shock*.

Dejé de pelear. Dejé que los árbitros me arrastraran hacia el banquillo de penalizaciones mientras Morrison patinaba hacia el suyo, escupiendo sangre sobre el hielo. El pabellón estaba gritando, la mitad del público en pie, pero lo único que yo podía oír era mi propio pulso tronando en mis oídos.

¿Qué demonios acabo de hacer?

Nunca me peleaba. Ni una sola vez en diez años. Nunca perdía el control. Nunca dejaba que la emoción anulara la disciplina. Los capitanes no se peleaban. Los capitanes mantenían la cabeza fría y lideraban con el ejemplo. Desde luego, no tiraban los guantes para darle una paliza a un jugador rival como unos matones.

La entrenadora estaba ayudando a Theo a ponerse en pie. Lentamente. Las piernas de Theo parecían temblorosas, pero estaba de pie. Se estaba moviendo hacia el banquillo por sus propios medios.

La banda apretada que me asfixiaba el pecho se aflojó una fracción.

Me senté en el banquillo de penalizaciones y vi cómo se reanudaba el partido sin mí. Cinco minutos por pelear. A Morrison le cayeron cinco, más la expulsión del partido por la carga.

Me quedé allí sentado, sin guantes y con los nudillos doliéndome, intentando comprender qué demonios acababa de pasar.

Lo había perdido. Había perdido por completo los papeles. La máscara que había llevado durante diez años se había hecho añicos en el segundo en que vi a Theo caer al hielo.

El entrenador ayudante captó mi mirada a través del cristal del banquillo de castigo y se tocó la sien dos veces. *Céntrate.*

Asentí mecánicamente.

Los cinco minutos pasaron arrastrándose. Cuando la penalización expiró, volví a saltar al hielo para mi turno. Me hiperconcentré en

hacer mi juego. Hice unos repliegues brutales. Gané mis saques. Hice la jugada segura en cada ocasión.

Para cuando terminó el segundo periodo, los Storm ganaban 1-0 gracias a un gol en superioridad numérica con el que yo no tuve nada que ver.

Me dirigí al vestuario y tuve mucho cuidado de no mirar hacia el sitio donde estaba sentado Theo. El novato seguía con toda la equipación. Seguía vestido. Eso significaba que la entrenadora no le había retirado del partido por completo, sino que solo lo mantenía fuera por precaución.

Está bien. Está bien. Deja de preocuparte por él.

El segundo descanso pasó en un borrón de ajustes de estrategia e hidratación. El entrenador Reeves dijo algo sobre mantener la disciplina, sobre no buscar venganza. Sus ojos se detuvieron en mí un segundo de más. Asentí, bebí mi agua e ignoré las miradas curiosas de mis compañeros.

En el tercer periodo, Theo volvió al hielo.

Lo vi saltar por encima de la valla para su turno y sentí que algo en mi pecho se desbloqueaba. El patinaje del novato parecía normal. Su posicionamiento era agudo. Fuera cual fuera el daño que había hecho el golpe, no había sido suficiente para mantener a Callahan en el suelo.

El partido terminó 2-1. Victoria para los Storm.

El pabellón estalló. Hice los movimientos rutinarios del ritual de después del partido: la fila para dar la mano, levantar los palos para saludar al público, salir patinando de la pista. Debería haberme sentido bien. Victoria en la noche de apertura, un sólido juego en ambas zonas, buena conexión en el equipo.

En lugar de eso, en lo único que podía pensar era en el sonido de Theo golpeando las vallas.

En el vestuario, la energía estaba por las nubes. La música a todo volumen. Los chicos se vacilaban unos a otros. Hayes hizo una recreación exagerada de mi pelea que hizo que medio equipo se partiera de risa. Me quité el equipo mecánicamente, respondiendo a las preguntas con gruñidos y frases a medias.

—Menuda pelea, Capi —dijo Hayes, dejándose caer en el asiento de al lado del mío—. No te había visto tirar los guantes desde... bueno, nunca.

—Estaba yendo a por un novato. —Me desaté los patines sin levantar la vista—. Alguien tenía que enviar un mensaje.

El tono de Hayes sugirió que no se tragaba esa explicación ni por un segundo.

—¿No tiene nada que ver con el hecho de que te has pasado todo el partido vigilando a Callahan como un halcón?

Mis manos se detuvieron. Mi pulso se aceleró, inundando mis venas de adrenalina.

Cuidado. Mucho cuidado.

—Soy su mentor. Es mi trabajo vigilarle.

—Claro. Tu trabajo. —Hayes se levantó y agarró su toalla—. ¿Por si te sirve de algo? Morrison se lo tenía merecido. El chaval se llevó ese golpe para protegerte... Lo vi todo. Se interpuso cuando Morrison iba a por ti.

Mi visión se volvió de túnel. Repasé el golpe en mi cabeza: el ángulo de Morrison, la posición de Theo, la forma en que el novato se había lanzado hacia un lado.

No para evitar el golpe. Sino para interceptarlo.

Me empezaron a temblar las manos.

—¿Dónde está? —Mi voz salió áspera.

—En la sala médica, la última vez que lo vi. La entrenadora quería hacerle el protocolo completo de conmociones cerebrales. —Hayes hizo una pausa—. ¿Estás bien, Capi?

—Bien.

Terminé de desvestirme en piloto automático. Me duché en un tiempo récord y me puse el traje sin darme cuenta de nada. El vestuario ya se había vaciado en su mayor parte cuando cogí mi bolsa y me dirigí por el pasillo hacia las instalaciones médicas.

La puerta de la enfermería estaba entreabierta. Llamé una vez y entré.

Theo estaba sentado en la camilla de exploración con su camiseta térmica de compresión y los pantalones de hockey, sujetándose una bolsa de hielo contra las costillas. La jefa médica de los Storm —una

mujer llamada Vicki que lo había visto todo en sus veinte años con la organización— estaba tomando notas en una tableta.

—Capitán. —Vicki levantó la vista—. Está limpio. No hay conmoción, solo unas contusiones óseas profundas en las costillas. Mañana le dejaré fuera del entrenamiento por precaución. Le dolerá como el infierno, pero nada grave.

—Te lo agradezco.

Vicki me dirigió una mirada que sugería que sabía exactamente por qué estaba yo allí, pero se marchó sin hacer comentarios. La puerta se cerró tras ella con un clic.

El silencio inundó la habitación.

Theo me miró con aquellos ojos brillantes que veían demasiado. Su expresión era recelosa.

—No tenías que haber hecho eso.

—¿Hacer el qué? —Mi voz salió demasiado cortante.

—Pelear con Morrison. Tirar los guantes. Arriesgarte a una suspensión. —Theo se movió la bolsa de hielo, haciendo una leve mueca de dolor—. No estoy hecho de cristal, Moretti. Puedo aguantar un golpe.

—Iba a por ti.

—Iba a por ti. —Theo dejó la bolsa de hielo con cuidado—. Vi cómo se alineaba hacia ti. Vi lo que se avecinaba. Así que... intervine.

El temblor de mis manos empeoró. Me las metí en los bolsillos antes de que Theo pudiera verlo.

—Te tiraste frente a un *enforcer* de cien kilos. —Oí que mi voz subía de tono pero no pude evitarlo—. ¿Tienes idea de lo mal que podría haber salido? Si te hubiera pillado en la cabeza en vez de en el pecho, ahora mismo estarías en el hospital. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Estaba pensando en que eres el capitán y el mejor jugador de este equipo, y te necesitamos. —Theo se bajó de la camilla, moviéndose con rigidez—. Y en que Morrison ha estado cazando cabezas todo el partido, y que si te hubiera sacado de la pista, habríamos perdido.

—Así que decidiste jugar a ser el héroe.

—Decidí hacer mi trabajo. —Theo se acercó—. Tú proteges al equipo. Yo te protejo a ti. Así es como funciona, ¿verdad?

No. Así no es como funciona. Eso no es...

Sentí que el pecho se me partía en dos. Las cuidadosas barreras que había levantado, la distancia que había mantenido... todo se desmoronó bajo el peso de ver a Theo allí de pie, magullado, desafiante y tan malditamente valiente que se me cerró la garganta.

—No vuelvas a hacerlo. —Las palabras salieron ahogadas.

—No puedo prometerte eso.

—Callahan...

—Tú harías lo mismo por cualquiera de nosotros. —La voz de Theo se suavizó—. Tú *hiciste* lo mismo. Te vi tirar los guantes. Te vi perder los papeles cuando Morrison me golpeó.

Para. Deja de ver. Deja de darte cuenta.

—Habría hecho eso por cualquier novato de este equipo.

—¿Ah, sí? —Theo ladeó la cabeza. Algo en su expresión se afiló—. ¿Por eso te tiemblan las manos?

La respiración se me detuvo.

Miré hacia abajo. Mis manos estaban fuera de los bolsillos, colgando a mis costados. Estaban temblando. Visiblemente. No podía recordar la última vez que mi cuerpo me había traicionado de esta manera.

Theo dio otro paso adelante. Lo suficientemente cerca como para tocarme. Lo suficientemente cerca como para que yo pudiera sentir el calor que irradiaba.

—Está bien preocuparse por la gente —dijo Theo en voz baja—. No te hace débil.

—Yo no... —Mi voz se quebró—. Esto no es...

—Sé que tienes miedo. —La mano de Theo se levantó, flotando en el espacio entre nosotros. Sin llegar a tocarme, pero la intención era clara—. Sé lo que estás arriesgando. ¿Pero fingir que no sientes nada? Eso no es sostenible, Luca. Con el tiempo algo se va a romper.

Ya lo ha hecho.

La realidad me golpeó como un cubo de agua fría. Cualquier control que creyera tener, cualquier distancia que hubiera intentado mantener... había desaparecido. Había desaparecido desde el

momento en que vi a Theo desplomado sobre el hielo y todo mi mundo se redujo a un único y desesperado imperativo. Protegerle.

No al equipo. No al novato. *A él.*

Mis manos seguían temblando. Me quedé mirándolas, mirando la prueba de mi pérdida de control, y sentí que algo cambiaba en mi pecho.

—Deberías irte a casa —dijo, con un hilo de voz—. Descansar un poco.

La mano de Theo cayó. Su expresión parpadeó con decepción, pero asintió.

—Sí. Vale.

Pasó por mi lado hacia la puerta. Todos los instintos que poseía me gritaban que alargara la mano, que dijera algo, que...

—Callahan.

Theo se detuvo. Se dio la vuelta.

Tragué saliva con dificultad.

—Buen golpe. Tú... lo has hecho bien esta noche.

La sonrisa que iluminó el rostro de Theo fue luz del sol después de una tormenta.

—Gracias, Capi.

Y entonces se fue.

Me quedé solo en la enfermería, con las manos temblorosas y mi mundo, cuidadosamente construido, en ruinas a mi alrededor.

Saqué el teléfono. Me quedé mirando la pantalla durante un largo momento. Luego abrí un nuevo mensaje para Theo y escribí antes de que pudiera detenerme.

Luca: ¿Estás bien? Una respuesta de verdad, no la versión del tipo duro.

Le di a enviar antes de poder borrarlo.

Me quedé allí esperando la respuesta como un idiota, con el corazón martilleándome en el pecho.

La respuesta llegó sesenta segundos después.

Theo: Costillas magulladas, ego magullado. Nada que el hielo y el ibuprofeno no puedan arreglar. ¿Estás bien tú?

Me quedé mirando la pregunta, mirando la preocupación implícita en esas dos palabras.

5

Theo

El apartamento estaba demasiado silencioso.

Había intentado tumbarme. Había intentado hacer *scroll* en el teléfono. Había intentado los ejercicios de respiración que me enseñó mi antiguo psicólogo deportivo. Nada funcionaba.

Cada vez que cerraba los ojos, volvía a sentir el impacto: la colisión, las vallas, la forma en que mis costillas se comprimían como si estuvieran hechas de madera de balsa.

Y la forma en que Luca había tirado los guantes.

La forma en que le temblaban las manos en la enfermería.

Me dolía el pecho, pero no eran las contusiones lo que me mantenía despierto. Era la expresión de su cara cuando salió de allí. El mensaje que llegó después de que yo cruzara la puerta: *¿Estás bien?*

Dos palabras que lo significaban todo y nada.

Me di por vencido con lo de dormir alrededor de la una de la madrugada. Me puse un chándal y una sudadera con capucha, cogí mi bolsa de deporte y salí. Las instalaciones de entrenamiento estarían vacías. Tal vez patinar me ayudaría. Tal vez agotarme haría que mi cerebro por fin se callara.

La pista estaba a oscuras cuando llegué, iluminada solo por las luces de emergencia. El edificio estaba en silencio de la misma manera que lo están los recintos deportivos vacíos: inmenso y resonante. Usé mi nueva tarjeta de acceso para entrar, medio esperando que no funcionara, pero la cerradura parpadeó en verde.

Encendí las luces sobre el hielo. Los fluorescentes cobraron vida con un zumbido, bañándolo todo en un resplandor plano e institucional. Las pistas de hielo vacías siempre me habían parecido iglesias. Eran espacios sagrados donde dejabas todo lo demás en la puerta.

Me até los patines. Cada tirón de los cordones me enviaba un dolor sordo a las costillas. La doctora había recetado reposo. Pero el reposo no iba a ser posible esta noche, así que pensé que al menos podría ser productivo con mi insomnio.

El hielo estaba fresco, sin marcas. Mi primera zancada me provocó un dolor agudo en el pecho, pero lo ignoré. Segunda zancada. Tercera. Fui cogiendo velocidad. El aire frío me golpeó la cara y, por fin —por fin—, mi mente se quedó en silencio.

Patiné dando vueltas con fuerza. Aceleré hasta alcanzar la máxima velocidad, poniendo a prueba los límites de mi cuerpo. Las magulladuras protestaron, pero había jugado en peores condiciones. Y probablemente volvería a jugar en peores condiciones.

Después de veinte minutos, cogí un cubo de discos. Empecé a hacer ejercicios de tiro. Tiros de muñeca desde el *slot*. Tiros rápidos desde los círculos. Tiros de primera desde las medias vallas. El rítmico crujido del caucho sobre el material compuesto, el golpe seco de los discos golpeando el fondo de la red... era meditativo.

Llevaba unos cuarenta minutos cuando oí patines sobre el hielo.

El corazón me dio un vuelco contra las costillas magulladas.

Luca salió por el túnel. Ya llevaba la equipación puesta y el casco bajo el brazo. Se detuvo al verme. Durante un largo momento, simplemente nos quedamos mirándonos desde lados opuestos de la pista. Incluso desde veinte metros de distancia, podía ver la tensión en sus hombros.

—¿Tampoco podías dormir? —le grité.

No respondió de inmediato. Dejó el casco en el banquillo y pisó el hielo. Empezó a dar vueltas patinando a lo largo de las vallas; zancadas largas y suaves, sin mirarme.

Volví a mis tiros, hiperconsciente de él dando círculos por la pista. El susurro de sus cuchillas sobre el hielo. La potencia controlada en cada zancada. Patinaba igual que hacía todo lo demás: con absoluta precisión. Sin desperdiciar nada.

Orbitamos el uno alrededor del otro durante diez minutos. Quizá quince. Él dando vueltas, yo haciendo ejercicios. Los únicos sonidos eran los patines, los discos y el zumbido de las luces en lo alto.

Finalmente, se deslizó hasta el centro de la pista y se detuvo. Me observó.

Preparé otro tiro y lo colé por la escuadra. Cogí otro disco.

—Tu distribución de peso es incorrecta —dijo.

Lo miré.

—¿Qué?

—En tu tiro de primera. Estás cargando demasiado peso en la pierna de atrás. Te está costando potencia.

Algo se aflojó en mi pecho. Esto podía hacerlo. Esto era territorio seguro.

—Enséñame —dije.

Patinó hacia mí. Mi pulso se aceleró con cada zancada que lo acercaba. Se había quitado el traje y se había puesto la ropa de entrenamiento: una camiseta térmica de compresión que marcaba cada línea de músculo, y una camiseta de entrenamiento de los Storm por encima. Aún tenía el pelo húmedo, rizándose ligeramente en las sienes.

Se colocó en posición de tiro.

—Distribución de peso sesenta-cuarenta. La pierna delantera cargada para la transferencia. La pierna trasera solo para estabilidad y empuje.

Asentí. Intenté copiar la posición.

—No. —Patinó hasta colocarse detrás de mí—. ¿Me permites?

La pregunta fue cautelosa. Era tan diferente a lo de antes, cuando simplemente me había agarrado durante los ejercicios. Esto era diferente. Los dos sabíamos que era diferente.

—Sí —dije.

Sus manos se posaron en mis caderas para ajustar mi postura.

Incluso a través de las capas de la equipación, sentí su calor. Sentí el cuidadoso control en su forma de tocarme, como si tuviera miedo de romper algo. O miedo de no querer soltarme.

—Aquí. —Me dio un toquecito en la cadera izquierda—. ¿Sientes ese cambio de peso?

Intenté centrarme en el ajuste técnico. Fracasé por completo. Estaba justo detrás de mí, con el pecho casi rozando mi espalda y su respiración cálida contra mi cuello.

—Pruébalo —dijo, dando un paso atrás.

Hice el tiro. El disco salió disparado hacia la red con mucha más velocidad.

—Mejor —dijo. Su voz se había vuelto áspera.

Me di la vuelta.

—Otra vez.

Lo repetimos cinco veces más. En cada repetición, sus manos sobre mí ajustaban, guiaban, corregían. Cada vez, el espacio entre nosotros parecía más pequeño. El aire se sentía más denso.

En la sexta repetición, no hice el tiro. Simplemente me quedé en la posición, con sus manos en mis caderas.

—¿Por qué te has peleado esta noche? —pregunté.

Sus manos se apretaron contra mi camiseta.

—Ya sabes por qué.

—Dilo.

—Theo...

—Tiraste los guantes por mí. —Me giré en su agarre para mirarle a la cara. Ahora estábamos a centímetros de distancia—. No te habías peleado ni una sola vez en diez años. Perdiste el control. ¿Por qué?

Apretó la mandíbula. Bajo la plana iluminación de la pista, podía ver las finas líneas en las comisuras de sus ojos, los cortes en sus nudillos por la pelea. El pulso saltando en su garganta.

—Porque te hizo daño —dijo Luca finalmente—. Y yo... yo no podía... —Se interrumpió, apartando la mirada.

—¿No podías qué?

—Esto es una mala idea.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que vas a conseguir.

Me reí. Fue una risa cortante y sin humor, que hizo eco en la pista vacía.

—¿Sabes lo que creo? Creo que estás aterrorizado. Creo que llevas aterrorizado tanto tiempo que has olvidado cómo se siente cualquier otra cosa.

Sus ojos volvieron a clavarse en los míos.

—No sabes nada de mí.

—Sé que te has construido un armario tan perfecto que ni siquiera tus compañeros de equipo lo cuestionan. Sé que llevas escondiéndote diez años. Sé que... —Di un paso más cerca. Lo suficientemente cerca como para que nuestros pechos casi se tocaran—. Sé que tú también sientes esto. Sea lo que sea este esto.

—Theo. —Mi nombre salió como una advertencia. Como una súplica.

—¿Vas a seguir fingiendo que no sientes esto?

La pregunta flotó entre nosotros, afilada y peligrosa. Lo vi luchar con ella. Vi cómo las emociones parpadeaban en su rostro demasiado rápido para nombrarlas. Miedo. Deseo. Resignación.

Y entonces se movió.

Levantó las manos para enmarcar mi rostro. Me besó, acorralándome contra las vallas con toda su fuerza.

Fue brusco. Desesperado. No hubo nada de controlado en ello. Fueron diez años de negación ardiendo en el espacio de un latido.

Hice un sonido contra su boca y le devolví el beso con la misma fuerza. Mis manos encontraron su camiseta, cerrando los puños en la tela, tirando de él para acercarlo. Su boca era ardiente y exigente, como si estuviera intentando memorizar mi sabor. Como si supiera que esta podría ser la única vez.

Las vallas se clavaron en mi espalda a través de las protecciones. Su cuerpo presionaba contra el mío desde el pecho hasta los muslos, sólido y fuerte y, por fin, por fin, ahí. Podía sentir su corazón acelerado contra mis costillas magulladas. Podía sentir el temblor de sus manos donde acunaban mi mandíbula.

Esto. Hacia esto era hacia lo que se había estado construyendo toda la tensión. Cada mirada demasiado larga, cada roce cargado de electricidad, cada momento en que su férreo control se resquebrajaba. Este beso fue como caer al vacío y prenderse fuego. Y como volver a casa.

Sus dientes atraparon mi labio inferior. Gemí, arqueándome hacia él. Una de sus manos se deslizó por mi pelo, inclinando mi cabeza para tener mejor acceso, y dejé que tomara todo lo que quisiera. Dejé que me besara como si yo fuera oxígeno y él se hubiera estado ahogando.

Y entonces se apartó de un tirón como si le hubiera quemado.

Nos quedamos allí, con los pechos subiendo y bajando, a escasos centímetros el uno del otro. Tenía las pupilas dilatadas, los labios hinchados por los besos y la expresión de su cara era de puro pánico.

—No —dijo—. No, no podemos... No puedo...

—Luca...

—Esto ha sido un error. —Patinó hacia atrás, poniendo distancia entre nosotros. Le temblaban las manos mientras se las pasaba por el pelo—. Joder. Esto ha sido un error tremendo.

El latigazo fue brutal. Hacía treinta segundos me estaba besando como si el mundo se fuera a acabar. Ahora parecía que quería salir corriendo.

Me quedé contra las vallas. Le di espacio, a pesar de que todo mi ser quería volver a acortar la distancia.

—No pareció un error.

—No lo entiendes. —Se le quebró la voz—. No puedes... La gente no puede saberlo. Ni los compañeros de equipo, ni la prensa, ni nadie.

—No te estoy pidiendo que salgas del armario —dije con cuidado —. Solo te estoy pidiendo que dejes de huir de esto.

—Esto no puede pasar. —Pero no me estaba mirando a mí. Estaba mirando el hielo, las gradas vacías, a cualquier sitio menos a mí—. He trabajado demasiado duro. He construido demasiado. Un rumor, una foto, y todo se viene abajo.

—O tal vez —dije en voz baja—, te haga libre.

Se echó a reír, con amargura y dureza.

—Tienes veintidós años. Saliste del armario a los dieciséis y el mundo te quiso por ello. No sabes lo que es que todo dependa de mantenerte oculto.

—Entonces cuéntamelo.

—No puedo. —Cogió su casco del banquillo—. Esto no volverá a pasar. Somos compañeros de equipo. Capitán y novato. Eso es todo.

—Luca...

—Lo siento. —Se negó a mirarme—. Siento haberte besado. Siento haberte hecho creer... —Se interrumpió—. No volverá a ocurrir.

Salió del hielo antes de que pudiera responder. Antes de que pudiera encontrar palabras que le hicieran cambiar de opinión. Oí el portazo de la puerta del vestuario; el eco retumbó por toda la pista vacía.

Me quedé contra las vallas. Saboreé su gusto en mis labios. Sentí el fantasma de sus manos en mi cara. El corazón me seguía yendo a mil por hora. Me dolían las costillas. Me dolía todo.

Me había besado como si estuviera muerto de hambre por hacerlo. Como si yo fuera la única cosa en el mundo que quería. Y luego me había mirado como si yo fuera la mayor amenaza a la que se había enfrentado jamás.

Me apreté los ojos con las manos enguantadas. Intenté respirar a través de la maraña de emociones: frustración, deseo, comprensión, obstinada determinación.

Porque ahora lo entendía. Lo entendía de verdad. Esto no iba de que no me deseara. Esto iba de estar tan metido en el armario que el propio deseo se sentía como una sentencia de muerte.

Me quedé allí durante mucho tiempo. Al final, patiné hasta el banquillo y me desaté los patines. El teléfono vibró en mi bolsa.

Moretti: No puedo hacerlo público. Aún no. Quizá nunca. Pero no puedo dejar de pensar en ti.

Me quedé mirando el mensaje. Lo leí tres veces. Sentí que el corazón me daba un fuerte vuelco contra las costillas magulladas.

Esa era la elección, entonces. La encrucijada. Podía dar media vuelta, respetar sus límites y mantenerlo en el terreno profesional. O

podía saltar por este precipicio con él, sabiendo que el aterrizaje podría destruirnos a los dos.

Nunca se me había dado bien jugar sobre seguro.

Tecleé la respuesta: *Entonces no lo hagas. No dejes de pensar en mí.*

La respuesta llegó casi al instante.

Moretti: Theo.

Solo mi nombre. Pero lo escuché de la misma forma en que lo había dicho contra las vallas: advertencia y rendición, y todo lo que había entre medias.

Theo: No pido un para siempre. Solo pido sinceridad. Sea lo que sea esto, dure lo que dure. No huyas más.

Los tres puntos suspensivos aparecieron y desaparecieron dos veces.

Moretti: En mi casa. Mañana por la noche. Después del entrenamiento.

Theo: Allí estaré.

Me quedé sentado en el banquillo, todavía con toda la equipación puesta, mirando el teléfono. Me dolían las costillas. Los labios aún me hormigueaban. Y no tenía ni la más remota idea de dónde me estaba metiendo.

Pero no iba a dar media vuelta.

No de él. No de la forma en que me había besado, como si yo fuera la respuesta a una pregunta que él había tenido demasiado miedo de formular. No de la posibilidad de que tal vez —solo tal vez — pudiera ayudarle a ver que el armario que había construido con tanto cuidado no era más que una prisión.

Me quité los patines, me volví a poner las zapatillas y me fui a casa. La ciudad aún estaba a oscuras, no del todo lista para el amanecer. Pero en el horizonte había ya ese resplandor previo a la salida del sol, esa promesa de luz en camino.

Ya en mi apartamento, por fin me metí en la cama y cerré los ojos. Esta vez, el sueño llegó con facilidad.

Porque mañana por la noche, entraría en su espacio. En su mundo. Y tal vez —si era cuidadoso, si era paciente, si de alguna

manera podía demostrarle que el riesgo valía la pena— tal vez podría ayudarle a salir de las sombras.

O tal vez los dos ardiéramos en llamas.

De cualquier forma, iba con todo.

6

Luca

Le envié un mensaje con la dirección una hora antes de que terminara el entrenamiento. Me pasé los siguientes sesenta minutos arrepintiéndome.

Para cuando llegué a casa, ya había reorganizado el salón dos veces en mi cabeza. Había considerado cancelar hasta en cuatro ocasiones distintas. Mi apartamento estaba demasiado vacío: solo muebles funcionales y ni un solo toque personal porque nunca había dejado que nadie se acercara lo suficiente como para necesitarlos. La cocina estaba limpia porque apenas la usaba. El dormitorio era peor: cama *king size*, sábanas grises, nada en las paredes.

Parecía exactamente lo que era. Un lugar donde dormir entre partido y partido. Una celda de retención.

Me quedé de pie en medio del salón con el teléfono en la mano. Mi pulgar flotaba sobre su contacto. Aún podía escribirle. Podía decirle que había cometido un error. Que esto era demasiado arriesgado, demasiado complicado, demasiado...

Sonó el telefonillo.

El corazón me dio un vuelco brutal. Crucé hasta el interfono y pulsé el botón.

—¿Sí?

—Soy yo. —La voz de Theo sonó un poco metálica a través del altavoz. Pero seguía siendo cálida. Seguía siendo él.

Le abrí sin responder. Abrí la puerta de mi casa y esperé en el pasillo. Escuché cómo subía el ascensor. Oí cómo se abrían las puertas correderas.

Y entonces ahí estaba. Caminó hacia mí en vaqueros y con una sudadera de los Storm, con el pelo aún húmedo por la ducha, viéndose como todo lo peligroso que había deseado en mi vida.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola.

Di un paso atrás para dejarle entrar. Cerré la puerta tras nosotros y le eché la llave. El sonido del cerrojo encajando en su sitio pareció demasiado fuerte en el silencio.

Theo miró a su alrededor. Observó el espacio. Esperé a que me juzgara. Esperé a que me preguntara por qué estaba tan vacío.

Simplemente asintió.

—Bonito lugar.

—No es gran cosa.

—Es tuyo. —Se giró para mirarme. La distancia entre nosotros se sentía eléctrica—. Eso ya es algo.

No supe qué responder a eso. No sabía cómo explicar que nada en mi vida se sentía mío. Ni mi apartamento. Ni mi carrera. Ni siquiera mi cuerpo cuando pisaba el hielo. Todo era una actuación. Todo estaba calculado.

Menos esto. Menos él.

—¿Quieres beber algo? —pregunté, porque necesitaba hacer algo con las manos.

—Claro.

Fui a la cocina y saqué dos cervezas de la nevera. Cuando me di la vuelta, Theo estaba de pie justo allí, más cerca de lo que esperaba.

Le entregué una botella. Nuestros dedos se rozaron.

—Luca. —Pronunció mi nombre como una pregunta.

—No sé cómo hacer esto —admití. Las palabras salieron ásperas —. Nunca he... con nadie...

—Lo sé. —Theo dejó su cerveza en la encimera sin abrirla. Dio un paso más cerca—. No tenemos que hacer nada. Podemos solo

hablar. O no hablar. Lo que necesites.

Lo que necesitaba era imposible. Necesitaba rebobinar diez años. Necesitaba salir del armario cuando tenía veinte en lugar de construir esta elaborada jaula a mi alrededor. Necesitaba ser alguien que pudiera cogerle de la mano en público, que pudiera besarle después de una victoria, que pudiera presentarlo como... ¿Como qué? ¿Mi novio? Mi...

—Deja de pensar tanto. —La mano de Theo se levantó. Sus dedos fueron suaves contra mi mandíbula—. Puedo oírte entrar en espiral desde aquí.

—Lo estoy arriesgando todo. —La confesión se me escapó antes de poder detenerla—. Mi capitanía. Mi contrato. Mi carrera. Si alguien se entera...

—Entonces nos aseguraremos de que nadie se entere. —Su pulgar acarició mi pómulo—. Decía en serio lo que dije. No te estoy pidiendo un para siempre. Solo te pido sinceridad. Y ahora mismo, sinceramente... quiero volver a besarte.

Dejé mi cerveza junto a la suya y acorté la distancia entre nosotros.

Lo besé como me moría por hacer desde el momento en que cruzó mi puerta. Esta vez fue más lento. Menos desesperado. Más intencionado. Su boca se abrió bajo la mía y supe a pasta de dientes de menta y a algo dulce. Sus manos se deslizaron por debajo de mi camiseta, con las palmas cálidas contra mis costillas, y dejé escapar un sonido que no reconocí.

—¿Dormitorio? —preguntó contra mis labios.

—Sí. Vale.

Apenas conseguimos avanzar por el pasillo. No paraba de detenerme para besarle. Para apretarle contra la pared. Para sentir cómo se le aceleraba el pulso bajo mi boca cuando le besaba el cuello. Él se reía sin aliento y tiraba de mí hacia delante.

Llegamos a mi habitación. Cerré la puerta a pesar de que estábamos solos. A pesar de que no había nadie de quien esconderse aquí.

Viejas costumbres.

Theo se quitó la sudadera en un movimiento suave, y luego la camiseta. Me quedé allí mirándolo, mirando los moratones que se extendían por sus costillas: morados, amarillos y con aspecto furioso.

Culpa mía. Se había llevado ese golpe por mí.

—No lo hagas. —Me agarró de la muñeca cuando alargué la mano hacia la lesión—. Estoy bien.

—Estás herido.

—Estoy bien —repitió, con más firmeza. Luego tiró de mi camiseta hacia arriba para sacármela por la cabeza y la tiró a un lado. Sus manos trazaron el mapa de mi pecho, mis hombros, mi estómago—. Eres precioso.

Nadie me había llamado eso nunca. *Sexy*, tal vez. Intenso. Fuerte. Pero nunca precioso.

Volví a besarle porque no sabía qué más hacer con el sentimiento que me crecía en el pecho. Quería aprenderme su cuerpo. El tatuaje de su cadera. La cicatriz de su hombro. La forma en que se estremecía cuando le besaba detrás de la oreja.

Todo él era piel dorada y músculo magro, con esos ojos brillantes mirándome como si valiera la pena mirarme.

—Eres tan bueno en esto —dije sin pensar. Mi voz salió baja, casi reverente—. Tan bueno para mí.

Theo emitió un sonido —mitad jadeo, mitad gemido— y se arqueó hacia mi toque. Su reacción fue inmediata. Visceral.

Le gustaba que se lo dijeran, le gustaban los halagos.

—¿Sí? —Lo puse a prueba, con los labios contra su clavícula—. ¿Te gusta eso? ¿Ser bueno para mí?

—Luca... —Mi nombre se rompió en su boca—. Dime lo que quieres.

Alargó la mano hacia mi cinturón, con los dedos firmes a pesar del fuego de sus ojos. El tintineo del metal me hizo contener la respiración.

—Espera.

Cubrí su mano con la mía, deteniendo sus movimientos. No le detenía porque no le deseara, sino porque le deseaba demasiado.

—Theo. —Su nombre salió rasposo—. Necesito... necesito ir despacio.

Sus ojos se encontraron con los míos, con las pupilas dilatadas. No se apartó, pero su mano se quedó completamente quieta.

—Vale. Podemos parar. No tenemos que...

—No parar —le corregí, rozando con mi pulgar el pulso de su muñeca—. Solo... todavía no.

Theo escrutó mi rostro, y su expresión se suavizó en algo devastadoramente tierno.

—Vale.

Nos subimos a la cama. No retiré las sábanas; simplemente nos tumbamos sobre la ropa de cama gris, a medio vestir y enredados el uno con el otro. Era hiperconsciente de cada punto de contacto: su pecho desnudo contra mi brazo, su rodilla rozando mi muslo, el constante subir y bajar de su respiración.

Era aterrador. El sexo era una distracción. Esto —estar aquí tumbado sin nada más que hacer que existir en el mismo espacio— era crudo.

Deslicé la mano por su brazo, viendo cómo se le ponía la piel de gallina a mi paso.

—¿Está bien así?

—Sí. —Theo se movió, hundiendo la cara en el hueco de mi cuello. Dejó escapar un largo y tembloroso suspiro—. Más que bien.

Lo abracé. Memoricé su peso a mi lado, su olor, el hecho de que, por primera vez en años, no estaba solo en aquel apartamento.

—Eres bueno —susurré contra su pelo, necesitando que lo supiera —. Lo estás haciendo muy bien, Theo.

Se estremeció contra mí, apretándose más cerca, confiándome su descanso.

Más tarde, las luces de la ciudad que se filtraban por las persianas proyectaban rayas sobre nosotros. Las tracé sobre su piel con un dedo, con el sueño pesando en mis propios párpados.

—Esto se queda entre nosotros —murmuré; el viejo miedo volvía a asomar incluso cuando mi cuerpo se relajaba—. Nadie puede saberlo.

—Lo sé. —Su voz sonaba pastosa por el sueño.

—Lo digo en serio, Theo. Ni tus amigos, ni tu familia, ni...

—He dicho que lo sé. —No se apartó, pero sentí que una sutil tensión invadía su cuerpo—. Te he oído la primera vez. Somos un secreto. Lo capto.

La apatía en su voz hizo que me doliera el pecho. Pero no sabía cómo arreglarlo. No sabía cómo explicarle que la alternativa era perder todo lo que había pasado años construyendo. Así que simplemente lo abracé más fuerte, cerré los ojos y me permití tener esta sola noche.

El secreto empezó poco a poco.

Un roce de dedos en la sala de material cuando nadie miraba. Un mensaje de texto durante la sesión de vídeo: solo una palabra, tal vez dos, nada incriminatorio. Su mano en la parte baja de mi espalda en el túnel antes de un partido, tan breve que podía fingir que había sido accidental.

Desarrollamos un idioma. Un código. *Buen entrenamiento* significaba *quiero verte esta noche*. *Necesito sesión de vídeo extra* significaba *ven a mi casa*. Nunca antes había sido creativo, nunca había tenido la necesidad de serlo, pero la necesidad me convirtió en un mentiroso. Se me dio bien. Demasiado bien.

A las tres semanas, habíamos robado más momentos de los que podía contar. Besos rápidos en la sala de vídeo cuando todos los demás se habían ido. Su boca sobre la mía en mi coche en el garaje, con las ventanillas empañadas y los dos sin aliento. Una vez —de forma imprudente, peligrosa—, lo había metido en el cuarto del material entre los periodos y lo había besado hasta que ambos tuvimos que reprimir sonidos que nos habrían delatado.

La emoción de aquello era embriagadora. Cada roce secreto se sentía eléctrico. Cada texto en código hacía que se me acelerara el pulso. Había pasado diez años bajo un cuidadoso control, y ahora estaba drogado por el riesgo.

Pero tenía un coste.

No podía sentarme a su lado en las cenas de equipo. No podía reírme demasiado de sus chistes. No podía dejar que mis ojos se detuvieran en él cuando salía de la ducha. En público, tenía que ser

el capitán Moretti: distante, profesional, tal vez un poco más duro con él de lo necesario para demostrar que no había nada entre nosotros.

Y Theo le seguía el juego. Sonreía, asentía y me llamaba «Capi» como si no le doliera. Como si solo fuéramos mentor y novato, nada más. Como si no hubiera estado en mi cama la noche anterior, aprendiendo qué era lo que me hacía perder los papeles.

Me decía a mí mismo que él lo entendía. Que había accedido a ello. Que sabía en lo que se estaba metiendo.

Me decía a mí mismo muchas cosas.

El punto de quiebre llegó después de que ganáramos a Dallas 4-2, asegurando nuestro puesto en lo más alto de la división.

El equipo volaba alto, la energía crepitaba por el vestuario. Alguien sugirió ir a Rush Street, y de repente todo el mundo se apuntó: copas, baile, celebrándolo como si hubiéramos ganado la Copa en lugar de un partido más de la temporada regular.

Debería haber dicho que no. Debería haber puesto una excusa, haberme ido a casa y haber mantenido las distancias.

Pero no lo hice.

El bar estaba lleno de fans de los Storm que vitorearon cuando entramos. Mis compañeros se dispersaron, invitando a rondas, haciéndose *selfies* y absorbiendo la atención. Encontré un reservado en una esquina y me tomé una cerveza a sorbos lentos, observando a Theo al otro lado del local.

Estaba en su salsa. Estaba riéndose con los novatos, tomándose chupitos con Martinez, completamente cómodo en su propia piel.

Resplandecía. Esa era la única palabra para describirlo. La gente gravitaba hacia él como si fuera el sol y estuvieran desesperados por recibir calor.

Una chica se le acercó. Guapa, segura de sí misma, con la mano en su brazo. Le dijo algo y él se rio, negó con la cabeza y señaló hacia la barra. No le interesaba, pero era amable al respecto. Ella insistió. Él se mantuvo educado.

Me dolía la mandíbula de tanto apretarla.

—¿Estás bien, Capi? —Hayes se deslizó en el reservado frente a mí, con una copa en la mano.

—Bien.

—Parece que quieras pegarle a algo.

—Solo estoy cansado. —Di un sorbo a mi cerveza y me obligué a relajar los hombros—. Ha sido una semana larga.

—Ya. —Jamie siguió mi mirada a través del local—. El novato encaja bien.

—Está haciendo su trabajo.

—Está haciendo más que eso. El chico tiene corazón. —Jamie sonrió de lado—. Y tiene a medio bar intentando llevárselo a casa. Bien por él.

Algo desagradable se retorció en mi pecho. Me puse de pie bruscamente.

—Me marcho.

—¿Ya? Acabamos de llegar.

—Entrenamiento temprano mañana.

No esperé respuesta. Me dirigí a la puerta. Fuera, el aire de octubre era frío. Inspiré hondo, intentando calmar la ira irracional que me ardía en las venas.

No tenía derecho a estar celoso. No tenía ningún derecho sobre él en público. Este era el trato que habíamos hecho.

Pero verle sonreír a extraños, ver a la gente tocarle libremente cuando yo no podía —cuando tenía que fingir que solo era un novato más, una responsabilidad más—, era como tragar cristal.

Iba a medio camino de mi coche cuando oí pasos detrás de mí.

—Luca. Espera.

Me detuve. No me di la vuelta.

—Vuelve adentro, Theo.

—No. —Me rodeó hasta ponerse frente a mí, con los ojos brillantes bajo las farolas del aparcamiento—. ¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido el qué?

—Te has ido sin decir nada. Parecías... —Gesticuló con impotencia —. No sé. ¿Enfadado? ¿Molesto?

—Estoy cansado.

—Y una mierda. —Dio un paso más cerca, y bajó la voz—. Habla conmigo.

—Aquí no. —Miré hacia la entrada del bar. Cualquiera podía salir. Cualquiera podía vernos demasiado cerca, teniendo una conversación que a todas luces no era profesional—. Este no es el sitio.

—¿Entonces dónde? —La frustración se asomó a sus palabras—. ¿En tu casa? ¿En la mía? ¿En la sala de material? ¿Dónde se me permite existir de verdad contigo, Luca?

Abrí la boca y luego la cerré. No tenía ninguna respuesta que no sonara a excusa.

—Eso pensaba. —La risa de Theo sonó vacía—. Sabía en lo que me estaba metiendo. De verdad. Pero verte mirar a través de mí ahí dentro... fingiendo que no soy nada para ti... —Negó con la cabeza —. Es más duro de lo que esperaba.

La culpa se estrelló contra mí, fría y afilada.

—Lo siento.

—No quiero que lo sientas. —Su voz se quebró—. Quiero que me mires como lo haces cuando estamos solos. Solo una vez. Solo para saber que es real y no solo... —Se detuvo y tragó saliva con dificultad—. Me voy a casa. Tú deberías hacer lo mismo.

Se dio la vuelta y caminó hacia su coche.

Le vi alejarse. Me quedé congelado, con todos mis instintos gritándome que le siguiera. Que gritara su nombre. Que acortara la distancia y le besara allí mismo bajo las farolas, donde cualquiera pudiera vernos.

Pero no pude moverme.

El capitán Moretti no perseguía a los novatos por los aparcamientos. No lo arriesgaba todo por un sentimiento. No se rompía.

Me subí al coche y conduje a casa solo.

Me senté en mi apartamento vacío, con todas las luces apagadas. Me quedé mirando el teléfono y el hilo de mensajes con Theo: docenas de mensajes en código, invitaciones cuidadosamente redactadas, nada que pudiera usarse como prueba.

Nada que fuera honesto.

Había construido este armario con tanto cuidado. Había reforzado cada pared. Lo había hecho cómodo, incluso. Seguro.

Pero, sentado allí en la oscuridad, me di cuenta de lo que había construido en realidad.

Una tumba.

Y estaba arrastrando a Theo hacia ella conmigo.

El teléfono vibró con un mensaje de Theo.

Theo: Ya estoy en casa. Estoy bien. Solo necesitaba espacio.

Escribí la respuesta: *Siento haberte hecho daño.*

Su respuesta llegó tras una larga pausa.

Theo: Sé que lo sientes. Solo desearía que dejaras de hacerlo.

Me quedé mirando esas palabras hasta que me ardieron los ojos. Tenía razón. Lamentarlo no era suficiente. Las disculpas no arreglaban nada cuando yo seguía tomando las mismas decisiones. Cuando seguía pidiéndole que fuera invisible. Cuando seguía tratándolo como una vergüenza secreta en lugar de...

En lugar de lo que realmente era. Lo mejor que me había pasado en años. Tal vez en toda la vida.

Necesitaba hacerlo mejor. Ser mejor. Encontrar la manera de darle algo real, incluso si no podía dárselo todo.

Solo que no tenía la menor idea de cómo.

7

Theo

Llamaron a la puerta de mi apartamento a las once y media, mucho después de que hubiera perdido la esperanza de tener noticias de Luca.

Me había pasado las dos últimas horas mirando el teléfono. Escribía y borraba mensajes. *¿Estás bien?* Demasiado desesperado. *Tenemos que hablar.* Demasiado formal. *Que te jodan por tratarme como si no fuera nada.* Demasiado sincero.

Me decanté por el silencio e intenté convencerme a mí mismo de que me parecía bien.

Llamaron de nuevo. Más bajo esta vez. Casi con vacilación.

Sabía quién era antes de abrir la puerta. Algo en mi pecho se tensó; la misma fuerza magnética que llevaba arrastrándome hacia Luca Moretti desde el día en que choqué contra él con un café.

Estaba en mi pasillo con aspecto de estar destrozado. Aún llevaba los vaqueros oscuros y la sudadera de los Storm de antes, y el pelo alborotado, como si llevara horas pasándose las manos por él. Tenía los ojos enrojecidos y la cara pálida.

—Lo siento —dijo antes de que yo pudiera hablar—. Lo siento muchísimo, joder, Theo.

Mis costillas se estaban curando, pero aún me dolían cuando respiraba demasiado hondo. Mi corazón era un tipo de magulladura completamente distinta.

—Pasa. —Di un paso atrás, odiando lo fácil que cedía. Odiando lo mucho que le quería aquí a pesar de todo.

Luca pasó por mi lado y entró en mi apartamento apenas amueblado. Había estado aquí tres veces en tres semanas; siempre de noche, siempre con cuidado. Se quedó de pie en medio de mi salón, como si no supiera qué hacer con las manos.

Cerré la puerta y me apoyé en ella con los brazos cruzados. Esperando.

—Lo de esta noche ha sido... —Se detuvo, apretando la mandíbula —. La forma en que te he tratado en el bar. En el aparcamiento. Ha estado mal.

—Sí. Lo ha estado.

Cerró los ojos brevemente. Cuando los volvió a abrir, estaban devastados.

—Te mereces algo mejor que ser el secreto de alguien.

—Sabía en lo que me metía. —Las palabras salieron sin emoción —. Lo dejaste claro desde el principio. Nada público. Estuve de acuerdo.

—Eso no lo hace correcto. —Luca dio un paso hacia mí y luego se contuvo—. Te he visto esta noche. Riendo con Santos y Reid. Siendo tú mismo. Y yo ni siquiera podía estar a tu lado. No podía tocarte. No podía... —Su voz se quebró—. Me he ido porque estaba a punto de romperme delante de todo el mundo.

Algo en mi pecho se aflojó una fracción.

—Podrías haberme enviado un mensaje. Habérmelo dicho.

—Tenía miedo de que, si te escribía, diría cosas de las que no me podría retractar. —Se pasó una mano por el pelo, empeorando el desastre—. Cosas que harían esto más difícil para los dos.

—¿Más difícil que qué? —Me separé de la puerta, acortando la mitad de la distancia entre nosotros—. ¿Más difícil que estar de pie en un aparcamiento escuchándote decirme que esto no significa nada?

—Yo nunca he dicho eso. —Su voz se volvió áspera—. Nunca he dicho eso.

—No te hace falta. Me lo demuestras cada vez que pasas por mi lado en el pasillo como si fuera un extraño. Cada vez que pones tres asientos entre nosotros en el vestuario. Cada vez que...

—Estoy aterrorizado. —Las palabras estallaron fuera de él—. Cada puto día estoy aterrorizado de que alguien vea la forma en que te miro y lo sepa. De que nuestros compañeros de equipo se den cuenta. De que la directiva decida que ya no tengo madera de capitán. De perder todo lo que he pasado una década construyendo.

Sabía que tenía miedo. Pero escucharlo expuesto de aquella manera —el miedo crudo en su voz— impactaba de otra forma.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté en voz baja—. ¿Cuánto tiempo llevas cargando con esto?

Me miró durante un largo momento. Luego se acercó a mi raído sofá y se dejó caer en él, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos.

Le seguí. Me senté a su lado, lo bastante cerca para sentir su calor, pero sin tocarle.

—Tenía catorce años. —Su voz era apenas un susurro—. Mi primer año jugando al hockey de élite. Había un chico. Sam. Éramos... —Tragó saliva con dificultad—. Nos gustábamos.

El corazón se me encogió. Sabía a dónde iba a parar aquello.

—Alguien nos vio enrollándonos. A la mañana siguiente, todo el mundo lo sabía.

—Dios, Luca.

—Aprendí rápido. Mantener la cabeza gacha. No mirar a nadie demasiado tiempo. No dejar que nadie se acerque lo suficiente como para darse cuenta. Para cuando llegué a la liga júnior, había perfeccionado la máscara. Intenso. Concentrado. Casado con el juego. Sin distracciones. Sin complicaciones. Sin riesgos.

Levantó la cabeza. La expresión de sus ojos me destrozó.

—Llevo siendo esa persona dieciséis años, Theo. Ya no sé cómo ser nadie más.

Quería tocarle. Quería atraerle hacia mí y prometerle que todo iría bien. Pero necesitaba que él terminara esto primero.

—Y entonces aparecí yo —dije suavemente.

—Y entonces apareciste tú. —El fantasma de una sonrisa cruzó su rostro—. Con tu sonrisa y tu total incapacidad para fingir que eres alguien que no eres. Y desde el primer día, me has estado abriendo en canal.

—¿Por eso me presionaste tanto en los entrenamientos?

—Intentaba hacer que me odiaras. —Negó con la cabeza—. Pensé que, si era lo bastante gilipollas, mantendrías las distancias. Pero tú te limitaste a sonreírme y a preguntarme si eso era todo lo que tenía.

Sentí que mi boca se curvaba.

—Vas a tener que esforzarte más si quieres que te odie.

—Lo sé. —Se giró hacia mí en el sofá. La distancia entre nosotros se sentía como si fueran kilómetros—. El caso es que no quiero que me odies. Quiero... —Se detuvo, y algo se desmoronó en su expresión—. Quiero cosas que no puedo tener.

—¿Como qué?

—Como tocarte en público. Como llevarte a cenar donde la gente pueda vernos. Como presentarte como... —Se apagó, con aspecto de estar perdido—. Ni siquiera sé qué palabra usar. ¿Qué somos?

Era la primera vez que alguno de los dos hacía la pregunta en voz alta.

—No lo sé —admití—. Pero somos algo, ¿no?

—Sí. —Su voz volvió a sonar áspera—. Somos algo.

El apartamento estaba en silencio, salvo por el sonido distante del tráfico a través de las finas paredes. Mi edificio no era gran cosa: pintura descascarillada, calefacción poco fiable, vecinos que ponían la música demasiado alta. Pero era mío. Y, lo que es más importante, era privado.

—Yo salí del armario a los dieciséis —dije—. Llegué al hockey universitario porque era lo suficientemente bueno como para que los ojeadores pasaran por alto el hecho de que era abiertamente bisexual. Pero perdí amigos. Tuve compañeros de equipo que se negaron a compartir vestuario conmigo. Me sentaron en el banquillo entrenadores que no querían lidiar con la «distracción». —Le miré a los ojos—. Cuando Chicago me eligió en el *draft*, me prometí a mí

mismo que no me escondería más. Que me había ganado el derecho a ser yo mismo.

—Lo hiciste. —La mano de Luca se movió como si quisiera alcanzarme, pero se detuvo a medio camino—. Eres todo lo que yo he tenido demasiado miedo de ser.

—No soy intrépido, Luca. Solo estoy cansado de tener miedo.

—No sé cómo haces lo que haces. Cómo eres tan valiente.

—Tú te peleaste por mí. —El recuerdo de él tirando los guantes cruzó por mi mente: la cara de Luca transformada por la rabia, los puños volando, la sangre manando de su nudillo partido—. Perdiste el control delante de veinte mil personas y de todas las cámaras del pabellón. Eso fue valiente.

—Eso fue pánico. —Pero algo cambió en su expresión—. Cuando vi que te golpeaba, cuando oí que caías... dejé de pensar. Solo necesitaba hacerle daño por haberte tocado.

—Quiero esto —dije en voz baja—. Sea lo que sea esto. Pero necesito saber que es real para ti. Que no soy solo...

—No eres solo nada. —Luca por fin acortó la distancia. Levantó la mano para acunar mi mandíbula. Su pulgar acarició mi pómulo con una devastadora suavidad—. Eres todo lo que me ha aterrorizado desear.

Sus ojos escrutaron los míos. Lo vi todo ahí: el miedo, el anhelo y la guerra que había estado librando consigo mismo desde el día que nos conocimos.

—Bésame —dije.

Lo hizo. Fue más lento. Más profundo. Luca me besó como si estuviera memorizando la forma de mi boca, mi sabor, la forma en que respiré su nombre contra sus labios. Su mano se deslizó por mi pelo, sosteniéndome firme mientras su lengua barría contra la mía.

El calor se acumuló en la parte baja de mi vientre. Mis manos encontraron su cintura, tirando de él para acercarle hasta que estuvimos apretados el uno contra el otro en mi sofá barato.

—Theo. —Rompió el beso, respirando con dificultad—. Si hacemos esto... necesito que sepas que me estoy enamorando de ti. Lo he estado haciendo desde que me miraste como si valiera algo más que la C de capitán.

El corazón se me abrió de par en par.

—Dilo otra vez.

—Me estoy enamorando de ti. —Apretó su frente contra la mía—. Y es aterrador porque no sé cómo darte lo que te mereces. Pero no puedo parar. No puedo alejarme de esto. De ti.

Volví a besarle, con más fuerza esta vez. Vertí todo lo que no podía decir en el deslizamiento de labios, lengua y respiración. Él respondió con un sonido grave que vibró a través de su pecho hacia el mío.

—Dormitorio —logré articular entre besos.

Apenas llegamos. Nos quedamos de pie en el marco de la puerta, quitándonos la ropa entre roces desesperados. Me temblaban los dedos en su cremallera. Sus manos temblaban mientras me sacaba la camiseta por la cabeza, teniendo cuidado con mis costillas aún en proceso de curación.

—Estás... —Se detuvo, mirando los moratones que se desvanecían en mi costado. Ahora eran de color morado y amarillo en lugar de negro. Su expresión se volvió desolada—. ¿Aún te duele?

—Ya no mucho. Y me da igual. —Le cogí la mano y la coloqué directamente sobre la peor parte de las magulladuras—. Quiero que me toques.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Estás seguro?

—Luca. He estado seguro desde la primera mañana que corregiste mi postura y sentí tus manos sobre mí. —Le empujé hacia atrás, hacia la cama—. Estoy muy, muy seguro.

Caímos juntos sobre el colchón, en una maraña de extremidades. La boca de Luca encontró mi cuello, mi clavícula, ese punto sensible justo debajo de la oreja que me hizo jadear. Sus manos trazaron el mapa de mi cuerpo: bajando por mis costados, cruzando mi estómago, más abajo.

Cuando sus dedos se cerraron alrededor de mí, casi me deshago.

—Perfecto —respiró contra mi garganta—. Eres perfecto, Theo.

—No... —La palabra se rompió en un gemido cuando su agarre se apretó, acariciándome—. No soy perfecto.

—Lo eres. —Levantó la cabeza para mirarme. La intensidad de sus ojos me robó el aliento—. Tu sonrisa. Tu risa. La forma en que nunca te rindes. La forma en que chocaste contra mi vida y te negaste a irte incluso cuando intenté apartarte. Perfecto.

El calor ardió detrás de mis ojos.

—Luca.

—Déjame. —Su boca encontró la mía de nuevo mientras su mano marcaba un ritmo constante—. Déjame decírtelo. Eres precioso. Inteligente. Valiente. Haces que desee cosas que me había convencido de que eran imposibles. Me haces sentir...

Su voz se quebró. Tiré de él para darle un beso.

Nos tomamos nuestro tiempo para conocernos. Cada roce era una revelación: la forma en que se estremecía cuando le besaba la garganta, el sonido que hacía cuando mis dientes rozaban su hombro, la total pérdida de control cuando cerré la mano a su alrededor e igualé su ritmo.

—Quiero... —No tenía palabras para lo que quería. Solo la necesidad desesperada de estar más cerca, de sentirle en todas partes.

—Dímelo. —Sus labios se movieron contra mi mandíbula—. Dime lo que necesitas.

—A ti. Te necesito a ti.

Buscamos a tientas los preparativos, riendo sin aliento cuando tiré la mitad del contenido de mi mesita de noche al suelo. Pero entonces las manos de Luca volvieron a posarse sobre mí, preparándome con una paciencia enloquecedora, y la risa se disolvió en algo más crudo.

—¿Bien? —Se colocó encima de mí, con una mano apoyada junto a mi cabeza, y con la otra guiándose a sí mismo hasta su sitio.

—Más que bien. —Tiré de él hacia abajo para darle un beso mientras empujaba hacia delante.

La sensación de él llenándome, estirándome, fue abrumadora. Se movía despacio, con cuidado, observándome en busca de cualquier señal de incomodidad.

—Te sientes... —Se detuvo, con la mandíbula apretada por el esfuerzo de mantenerse quieto—. Dios, Theo.

—Muévete. —Moví las caderas, haciéndole entrar más profundo—. Por favor.

Lo hizo. Empezó lento y profundo, cada embestida deliberada y devastadora. Sus ojos nunca se apartaron de los míos, ni siquiera cuando pude ver que estaba luchando por mantener el control.

—Qué bueno. —Su voz estaba destrozada—. Eres tan bueno. Perfecto. Mírate.

Los halagos deshicieron algo en mi interior. Me hicieron desear más: más palabras, más caricias, más de esa sensación de que yo era algo precioso para él.

—Luca. Más fuerte.

Me complació. Cambió el ángulo hasta que vi las estrellas. Una mano se cerró alrededor de mí, acariciándome al compás de sus embestidas. La combinación fue demasiado y no lo suficiente, todo a la vez.

—¿Estás cerca? —Jadeó las palabras contra mi garganta.

—Sí. No pares. No...

—No voy a parar nunca. —Su ritmo se volvió desesperado—. No puedo parar. No puedo alejarme de esto. De ti. Eres... joder... lo eres todo.

Me corrí con su nombre en los labios, y todo mi cuerpo se bloqueó por la fuerza de ello. Vagamente, sentí que él me seguía: le oí gemir mi nombre, le sentí estremecerse y latir dentro de mí.

Nos derrumbamos juntos, respirando con dificultad. El corazón me martilleaba contra las costillas; el tipo de dolor que es bueno.

Durante mucho tiempo, ninguno de los dos se movió. Luego Luca se movió. Alcanzó la toalla de la mesita de noche —había venido preparado— y nos limpió a los dos con una sorprendente delicadeza.

Cuando terminó, no se apartó. En lugar de eso, me abrazó, teniendo cuidado con mis costillas en proceso de curación, y me sostuvo como si yo fuera algo que no soportaba dejar ir.

—Gracias —susurró contra mi pelo.

Me giré en sus brazos para mirarle.

—¿Por qué?

—Por ser paciente conmigo. Por no rendirte cuando fui un gilipollas. Por hacerme sentir que a lo mejor podía ser algo más que

la máscara.

—Eres más. —Le toqué la cara, trazando la línea de su mandíbula —. Siempre lo has sido.

Cerró los ojos, inclinándose hacia mi toque. Cuando volvió a abrirlos, brillaban con lágrimas.

—Me estoy enamorando de ti —volvió a decir. Más bajo esta vez, como si las palabras salieran de algún lugar profundo—. Sé que no puedo darte todo lo que te mereces. No puedo llevarte a cenar. No puedo cogerte de la mano donde la gente pueda vernos. Pero me estoy enamorando de ti de todos modos y yo...

Le sonó el teléfono.

El sonido estridente cortó el momento como una cuchilla. Luca se tensó y, por instinto, alargó la mano hacia sus vaqueros, arrugados en el suelo.

—No lo hagas —dije—. Deja que salte el buzón de voz.

Parecía dividido. Luego miró la pantalla y se puso pálido.

—Es mi agente.

—¿A medianoche?

—Está en Tokio. Distinta zona horaria. —Luca se sentó—. Llama por la reunión de la extensión del contrato. Está programada para la semana que viene.

La realidad volvió a golpear como agua fría.

La extensión del contrato. La capitanía. Todo lo que Luca había pasado diez años construyendo. Todo lo que corría el riesgo de perder si la persona equivocada se enteraba de lo nuestro.

—Deberías contestar —dije en voz baja.

Me miró durante un largo momento; dividido entre el teléfono que seguía sonando en su mano y yo.

—Lo siento —dijo.

—Lo sé. —Me subí la sábana, de repente consciente del sudor enfriándose en mi piel, de la vulnerabilidad de estar tumbado desnudo mientras él atendía llamadas sobre su carrera—. Está bien. Contesta.

Luca me dio un beso en la frente —breve y doloroso—, luego se levantó y caminó hacia el salón, con el teléfono apretado contra la oreja.

—Mark. Sí, estoy despierto. ¿Qué pasa?

Su voz se fue desvaneciendo a medida que se alejaba. Me quedé allí tumbado en la oscuridad, mirando al techo, sintiendo cómo se disipaba lentamente el calor de donde él había estado.

La intimidad de hacía unos momentos parecía muy lejana.

A través de las finas paredes, podía oír la voz de Luca. Profesional. La máscara volviendo a su sitio.

Cerré los ojos, preguntándome cuánto tiempo podríamos seguir haciendo esto. Cuántas veces podríamos buscarnos el uno al otro en privado solo para fingir que no éramos nada cuando el mundo nos miraba.

Me pregunté si el amor —porque en eso se estaba convirtiendo esto, estuviera yo preparado para ello o no— podría sobrevivir estando encerrado en la oscuridad.

Desde el salón, Luca se rio de algo que le dijo su agente. Era su risa pública. La que usaba en las entrevistas y en las reuniones de equipo. Nada que ver con el sonido que había hecho cuando me había susurrado el nombre en el pelo.

Me envolví más fuerte con la sábana, intentando no pensar en la reunión programada para la semana que viene. La extensión del contrato que ataría a Luca a Chicago durante otros cinco años. La capitanía que lo significaba todo para él.

Intenté no pensar en lo que él elegiría si la cosa se redujera a su carrera o a mí.

8

Luca

La llamada de mi padre llegó a las 7:00 a.m., tres días antes de la reunión del contrato.

Llevaba despierto desde las cinco. Estaba sentado en la encimera de la cocina con un café frío y la propuesta de contrato que me había enviado Mark. Los mismos números que habíamos hablado. La misma duración. Todo por lo que había trabajado durante diez años, impreso en ocho páginas de denso texto legal.

Mi teléfono vibró. *Papá* parpadeó en la pantalla.

Dejé que sonara dos veces antes de contestar.

—Hola.

—Luca. Menos mal, estás despierto. —La voz de mi padre tenía esa cualidad particular que siempre tenía: aprobación medida en incrementos, nunca del todo plena—. Quería pillarte antes del entrenamiento. Tu madre ha estado preguntando por el contrato.

—Aún estamos en negociaciones. —Dejé la taza de café con demasiada fuerza. El líquido negro se derramó por el borde.

—Mark dice que tiene buena pinta. Cinco años. La capitanía asegurada. —Hizo una pausa—. Estamos orgullosos de ti, hijo. Has hecho todo bien. Has mantenido la cabeza gacha, te has mantenido

centrado. Nunca has dejado que las distracciones se interpongan en el camino.

Eso aterrizó como un puñetazo en el plexo solar.

Distracciones.

Pensé en Theo hacía tres noches. Con las sábanas enredadas alrededor de la cintura, mirándome como si yo hubiera colgado la luna en el cielo. La forma en que había dicho mi nombre cuando le dije que me estaba enamorando de él.

Y la forma en que la calidez de sus ojos se había vuelto fría cuando la llamada telefónica hizo añicos el momento.

—Sí —dijo. Mi voz sonó plana—. Cero distracciones.

—Eso es lo que hace falta a este nivel. Tú lo sabes mejor que nadie. —El orgullo de mi padre sonaba claro a través del teléfono—. La organización quiere a un capitán que represente la estabilidad. El liderazgo. Alguien en quien los fans y los patrocinadores puedan confiar.

Alguien seguro. Alguien aburrido. Alguien que encajara perfectamente en la caja que ellos habían construido.

Alguien que definitivamente no andaba a escondidas con un novato veintidós minutos después de que terminaran las celebraciones del equipo.

—Sé lo que quieren —dije.

—Bien. No lo estropees ahora. Estás demasiado cerca. —Se aclaró la garganta—. Tu madre quiere que te pases a cenar después de firmar. Tráete esa concentración contigo.

La llamada terminó.

Me quedé allí sentado, mirando la propuesta de contrato. La voz de mi padre resonaba en mi cráneo. *Nunca dejes que las distracciones se interpongan en el camino.*

Mi teléfono vibró de nuevo. Un mensaje de Theo.

Theo: Buenos días. ¿Has dormido bien?

Me había ido de su apartamento a la 1:30 a.m., después de que otra llamada de Mark me recordara exactamente lo que tenía que perder. Theo me había observado vestirme con preguntas en los ojos que no había llegado a formular. Me había despedido de él con un beso y había saboreado la duda en nuestras lenguas.

Me quedé mirando su mensaje durante treinta segundos.

Luca: Día ajetreado. Nos vemos en el entrenamiento.

Profesional. Distante. Seguro.

Me odié a mí mismo por ello.

La reunión con Mark tuvo lugar en su oficina del centro: todo paredes de cristal, vigas de acero y sillas de cuero caras. Desplegó el contrato sobre su escritorio.

—Ofrecen un sueldo de capitán del *top cinco* —dijo—. Cinco años. Cláusula total de no traspaso. Esto es para lo que hemos estado trabajando.

Eché un vistazo a los números. Eran buenos. Más que buenos.

—¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa. —Mark se reclinó, uniendo las yemas de los dedos—. Te adoran, Luca. Eres exactamente lo que esta franquicia necesita. Constante. Fiable. Sin escándalos, sin polémicas. Mantienes tu vida privada en privado y tu imagen pública limpia. —Sus ojos se encontraron con los míos con un significado que sentí en los huesos —. Eso vale mucho en el mercado actual.

Mantienes tu vida privada en privado.

—¿Qué pasaría si saliera algo a la luz? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera evitarlo—. Hipotéticamente.

La expresión de Mark se afiló.

—¿Qué tipo de algo?

—No sé. Cualquier cosa que pudiera considerarse polémica.

—Luca. —Pronunció mi nombre como una advertencia—. ¿Hay algo que deba saber?

Sí. Estoy enamorado de mi novato y me está destrozando.

—No —dije—. Solo preguntaba.

—Bien. Porque si hubiera algo —cualquier cosa que pudiera dañar tu imagen o distraer de tu liderazgo—, ahora sería el momento de solucionarlo. —Dio unos golpecitos al contrato—. Antes de que firmemos. Antes de que se convierta en un problema.

Solucionarlo. Como si Theo fuera un problema que había que resolver. Como si lo que teníamos fuera un desastre que había que limpiar.

Sentía el pecho demasiado apretado.

—La organización está invirtiendo en tu futuro aquí —continuó Mark—. Capitán durante los próximos cinco años como mínimo. El rostro de la franquicia. Eso conlleva expectativas. Necesitan saber que vas con todo. Que nada va a desviar tu concentración ni a crear dolores de cabeza a nivel de relaciones públicas.

Pensé en Theo en el aparcamiento hacía tres semanas. *¿Cuánto tiempo podemos seguir haciendo esto?*

Pensé en su cara cuando me había apartado en el bar, tratándole como a un extraño mientras deseaba atraerle hacia mí delante de todo el mundo.

—Voy con todo —me oí decir.

El entrenamiento de aquella tarde fue una tortura.

Theo me sonrió durante los calentamientos; brillante, genuino y completamente sin defensas. Yo aparté la mirada.

Durante los ejercicios, mantuve las distancias. Cuando necesitó que le corrigiera, utilicé palabras en lugar de contacto físico. Mantuve la voz en un tono neutro y profesional. El capitán del equipo entrenando a su novato. Nada más.

Vi cómo la confusión se colaba en los ojos de Theo como el agua cuando sube la marea.

En el vestuario después del entrenamiento, me agarró del brazo cuando me dirigía a las duchas.

—Hola. ¿Estás bien?

Sus dedos estaban cálidos a través de mi camiseta térmica. Di un paso atrás, rompiendo el contacto.

—Bien. ¿Por qué?

—Has estado raro todo el día. —La voz de Theo bajó de tono—. ¿Ha pasado algo?

Sí. Estoy eligiendo mi carrera por encima de ti y me odio a mí mismo por ello.

—Estoy ocupado —dije—. Cosas del contrato. Es mucho.

—Oh. —Asintió, pero algo se apagó detrás de sus ojos—. Sí. Claro. Es importante.

—Sí.

Nos quedamos allí de pie, en el vestuario demasiado iluminado, con los compañeros moviéndose a nuestro alrededor. Theo parecía que quería decir algo más. Yo quería estar en cualquier otro sitio.

—¿Te escribo luego? —ofreció.

Debería haber dicho que sí. Debería haber encontrado la manera de explicarle que la distancia no tenía que ver con él, que no tenía que ver con nosotros. Que simplemente estaba asustado y atrapado, y que no sabía cómo elegir entre todo lo que había construido y todo lo que deseaba.

En lugar de eso, dije:

—Probablemente esté hasta arriba toda la semana. Preparando la reunión del contrato.

—Claro. —La sonrisa de Theo no le llegó a los ojos—. Por supuesto. Buena suerte con eso.

Se dio la vuelta y se dirigió a las duchas. Le vi marcharse.

Garrett apareció a mi lado.

—Eres un idiota.

—¿Perdona?

—Sea lo que sea lo que estás haciendo —retroceder, alejarle—, lo lleváis escrito los dos en la cara. —Garrett mantuvo la voz baja—. Y es un error.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Sé que has estado diferente en las últimas semanas. Más ligero. Como si por fin te hubieras permitido respirar. —Los ojos de Garrett no contenían juicios de valor, solo una verdad inquebrantable—. Y sé que estás cagado de miedo por la reunión del contrato.

Apreté la mandíbula.

—Es complicado.

—Solo es complicado porque tú lo estás haciendo complicado. —Me dio una palmada en el hombro—. No jodas lo mejor que te ha pasado solo porque tienes miedo de lo que piensen los demás.

Se marchó antes de que yo pudiera responder.

Me quedé allí solo, rodeado de los sonidos del equipo: las risas, los vaciles y el siseo de las duchas. Todo aquello me resultaba familiar. Seguro.

Y, de repente, todo aquello parecía una jaula.

Theo no me escribió esa noche.

Me tumbé en la cama mirando al techo. Mis últimas palabras hacia él me atormentaban. *Probablemente esté hasta arriba toda la semana.*

Traducción: *No esperes saber de mí. No esperes nada.*

Dios, era un cobarde.

Mi teléfono vibró con un mensaje nuevo, pero no era de Theo. Era de Mark.

Mark: Reunión confirmada para el viernes a las 10 a.m. El director general, el entrenador principal y los propietarios estarán allí. Vístete elegante. Es el momento.

Es el momento.

Cinco años. Capitanía. Todo por lo que me había sacrificado. Todo lo que había definido mi vida adulta.

Redacté un mensaje para Theo tres veces.

Lo siento. Borrar.

Esto no tiene que ver contigo. Borrar.

Me estoy enamorando de ti y me aterroriza. Borrar.

Dejé el teléfono a un lado y me apreté las palmas de las manos contra los ojos hasta que vi las estrellas.

La peor parte era saber que Theo se merecía algo mejor. Se merecía a alguien que pudiera estar orgulloso de quererle en público. Alguien que no le tratara como un secreto. Alguien lo bastante valiente como para elegirle a él incluso si le costaba todo.

Yo no era esa persona.

Aún no. Y puede que nunca.

El entrenamiento del jueves fue peor.

Theo mantuvo las distancias. Igualó mi energía. Cuando le di indicaciones, asintió profesionalmente y se fue patinando. Nada de miradas prolongadas. Nada de pequeñas sonrisas. Solo una distancia educada que se sentía como un cuchillo entre las costillas.

En el partido de práctica, vi cómo se llevaba un golpe en la esquina y el corazón se me paró; puro instinto de asegurarme de que estaba bien. Pero cuando se levantó y nuestras miradas se cruzaron desde los dos lados del hielo, él apartó la vista primero.

Eso me dolió más de lo que jamás podría doler el golpe.

Después del entrenamiento, me encontré en el cuarto del material. Fingía revisar mi equipación, pero en realidad solo me estaba escondiendo para no tener que darle la cara en el vestuario. El espacio olía a cinta adhesiva, a goma y a sudor rancio. Normalmente me resultaba reconfortante. Hoy me asfixiaba.

La puerta se abrió.

Theo.

Se detuvo al verme, con la mano aún en el pomo.

—Perdona. No sabía que hubiera nadie aquí.

—No pasa nada.

El silencio se extendió entre nosotros. Pesado. Doloroso.

—¿Estamos...? —empezó a decir Theo, y luego se detuvo. Tragó saliva—. ¿Así es como van a ser las cosas ahora?

—Theo...

—Porque si has cambiado de opinión sobre nosotros, dímelo y ya está. —Su voz se mantuvo firme, pero pude escuchar el dolor que había debajo—. Si esto ha sido solo físico y lo he interpretado mal, puedo soportarlo. Ya soy mayorcito. Pero no me hagas el vacío y finjas que no ha pasado nada.

—No es así.

—¿Entonces cómo es? —Dio un paso hacia mí. Pude ver en sus ojos la duda que yo mismo había puesto ahí—. Porque desde mi punto de vista, me dijiste que te estabas enamorando de mí, tuvimos sexo y luego apenas me has mirado a la cara en tres días. Así que ayúdame a entender qué demonios está pasando.

Quería contárselo todo. Quería explicarle lo del contrato, las advertencias de Mark, el orgullo de mi padre y el peso de diez años pasados construyendo una reputación que no me podía permitir perder.

Quería decirle que estaba eligiendo la seguridad por encima de él y que me odiaba por ello.

En lugar de eso, dije:

—La reunión del contrato es mañana. Es mucha presión. Necesito concentrarme.

—Concentrarte. —La risa de Theo fue amarga—. Claro. Porque soy una distracción.

Oí la voz de mi padre resonando en mi cráneo.

—No quería decir eso...

—¿Ah, no? —Sus ojos escrutaron los míos, buscando algo que yo no podía darle—. Sé sincero, Luca. ¿Esto va a alguna parte, o solo soy alguien con quien te acuestas en privado mientras finges que no existo en público?

Podía sentir que las paredes se cerraban. El cuarto de material se había vuelto de repente demasiado pequeño.

—No lo sé —dije.

Era la verdad. Y también era lo peor que podría haber dicho.

Algo se desmoronó en la expresión de Theo.

—Vale. Bueno. Al menos eso es sincero.

Se dio la vuelta para irse.

—Theo, espera...

—Buena suerte con tu reunión de mañana. —Se detuvo en la puerta sin mirar atrás—. Espero que consigas todo lo que quieres.

La puerta se cerró tras él con un suave clic.

Me quedé allí solo, rodeado de las herramientas del deporte en torno al cual había construido mi vida, y me pregunté por qué ganar se sentía de repente tanto como perder.

Esa noche, busqué el contacto de Theo en mi teléfono una docena de veces.

Cada vez, oía la voz de Mark. *Soluciónalo antes de que se convierta en un problema.*

Cada vez, oía a mi padre. *Nunca dejes que las distracciones se interpongan en el camino.*

Cada vez, veía la cara de Theo hacía tres noches, cuando me había mirado como si yo fuera algo precioso. Como si valiera el riesgo.

Pensé en las palabras de Garrett. *No jodas lo mejor que te ha pasado.*

Pero a lo mejor ya lo había hecho.

A medianoche, por fin escribí: *Lo siento. Sé que no es suficiente. Pero lo siento.*

Me quedé mirando el mensaje sin enviar durante cinco minutos.

Luego lo borré y apagué el teléfono.

Mañana firmaría el contrato. Me ataría a cinco años más de esta vida cuidadosamente controlada. Me convertiría en el capitán que querían que fuera: estable, concentrado y libre de polémicas.

Sería el hombre que había elegido el miedo por encima del amor.

Cerré los ojos. Intenté no pensar en la expresión de la cara de Theo cuando me había preguntado si solo era un polvo. Intenté no pensar en la distancia que había creado entre nosotros, fría y cada vez más ancha, como una grieta en el hielo.

Intenté no pensar en lo mucho más fácil que habría sido todo si, para empezar, no me hubiera permitido enamorarme de él.

Pero para eso ya era demasiado tarde.

Ya había caído.

Solo que no tenía el valor de dejar que me atrapara.

9

Theo

La sala de material olía a sudor rancio, lo bastante penetrante como para quemarme la garganta.

Me quedé en el umbral. Observé a Luca desatarse los patines metódicamente, como si no hubiera pasado nada. Como si los últimos tres días no hubieran sido un silencio absoluto interrumpido por instrucciones cortantes durante los ejercicios.

Como si no me hubiera dicho que se estaba enamorando de mí para luego desaparecer.

—Tenemos que hablar. —Mi voz salió más firme de lo que me sentía.

Las manos de Luca se detuvieron en los cordones.

—Callahan. Aquí no.

—¿Dónde, entonces? ¿En tu casa? Oh, espera... no contestas a mis mensajes. —Di un paso hacia el interior y dejé que la puerta se cerrara tras de mí. El clic del pestillo se sintió definitivo—. Tres días, Luca. Tres días de la nada más absoluta.

Se quitó el patín con más fuerza de la necesaria.

—He estado ocupado.

—Y una mierda.

Eso captó su atención. Levantó la cabeza de golpe. Esos ojos oscuros se encontraron con los míos por primera vez desde la mañana siguiente. La mañana después de haberme tocado como si yo le importara, de haberme besado como si lo sintiera de verdad, de haberme dicho cosas que habían abierto su armadura de par en par.

Y entonces llamó su agente y todo cambió.

—Vigila tu tono. —La voz de capitán. Fría y distante.

—¿O qué? ¿Me sentarás en el banquillo? ¿Me ignorarás con más fuerza? —Me acerqué, dejando que mi bolsa de deporte cayera al suelo con un ruido sordo—. Se me ha acabado la paciencia. He terminado de fingir que todo va bien cuando miras a través de mí durante los entrenamientos.

La mandíbula de Luca se tensó. Dejó el patín en el suelo con cuidado, como si tuviera miedo de lo que podría pasar si no se mantenía perfectamente controlado.

—No es el momento.

—¿Entonces cuándo? —Mis manos se cerraron en puños a mis costados—. ¿Después de otra visita a medianoche cuando estés lo bastante desesperado? ¿Después de que te hayas convencido de que solo soy... cómo lo llamaste... una distracción?

Algo parpadeó en su rostro. Dolor. Culpa. Pero desapareció tan rápido que bien podría habérmelo imaginado.

—Llamó tu padre. —Las palabras se derramaron antes de que pudiera detenerlas—. De eso se trata, ¿verdad? De él, de tu agente y de esa reunión para el contrato de mañana.

Luca se puso de pie bruscamente.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿No lo sé? —Acorté la distancia entre nosotros, deteniéndome justo antes de tocarle. Lo bastante cerca como para ver las sombras bajo sus ojos, la tensión en sus hombros, la forma en que le temblaban las manos antes de meterlas en los bolsillos—. Me hablaste de cuando tenías catorce años. De lo que pasó cuando saliste del armario. De cómo construiste muros tan altos que nadie podía ver a tu verdadero yo.

—Para. —La palabra se quebró.

—De que te estabas enamorando de mí. —Bajé la voz—. ¿Fue mentira?

—Theo...

—Solo dime la verdad. —Me dolía el pecho—. ¿Te avergüenzas de mí?

La pregunta flotó en el aire entre nosotros, pesada y afilada. La expresión de Luca se cerró por completo. Sus rasgos se quedaron en blanco de esa manera que significaba que se estaba retirando detrás de cada defensa que había construido.

—No se trata de vergüenza. —Su voz era plana. Sin emoción—. Se trata de la realidad.

—La realidad. —Sentí sabor a cobre. Me había mordido el interior de la mejilla sin darme cuenta—. La realidad es que me dices que te estás enamorando de mí, y luego me haces el vacío en el momento en que tu carrera está en juego.

—Esta es mi vida, Callahan. —La formalidad de mi apellido se sintió como una bofetada—. Diez años he trabajado para esto. Diez años de control perfecto, imagen perfecta, carrera perfecta. Y entonces tú... —Se interrumpió, respirando con fuerza por la nariz.

—¿Entonces yo qué? —Di un paso más cerca—. ¿Te hice sentir algo? ¿Te hice recordar lo que es ser real en lugar de esa versión vacía de ti mismo que le presentas al mundo?

—Me hiciste perder la concentración. —Las palabras salieron duras. Brutales—. Me hiciste olvidar lo que importa.

El suelo pareció inclinarse bajo mis patines.

—Lo que importa. Te refieres al contrato.

—Me refiero a todo lo que he construido. —Sacó las manos de los bolsillos, gesticulando bruscamente—. La capitanía. El respeto. La carrera. Cosas que no entenderías porque acabas de llegar.

—O sea que soy demasiado joven. Demasiado nuevo. Demasiado... qué... ¿ingenuo para entender que esconder quién eres te está matando?

—No me estoy escondiendo. —Pero su voz vaciló—. Estoy protegiendo lo que me he ganado.

—Fingiendo. —Me ardía la garganta—. Mintiéndoles a todos, incluyéndote a ti mismo.

La expresión de Luca se endureció.

—¿Te crees que porque saliste del armario en la universidad y todo el mundo aplaudió es así de fácil? ¿Que el mundo cambió de la noche a la mañana? —Pasó por mi lado hacia la puerta, deteniéndose con la mano en el pomo—. Esta liga todavía tiene cien reglas no escritas sobre lo que es aceptable. Este equipo... esta ciudad... me ven como un líder porque estoy concentrado. Dedicado. Intocable.

—Cerrado al mundo. —Me giré para mirarle—. Ven una máscara y tienes tanto miedo de lo que pueda pasar si se resbala que prefieres estar solo antes que arriesgarte.

—Prefiero tener una carrera antes que... —Se detuvo.

—¿Antes que qué? —El dolor de mi pecho se extendió hacia fuera, entumeciendo mis dedos—. ¿Antes que estar conmigo?

Silencio. Pesado y asfixiante.

—Esto ha sido un error. —La voz de Luca bajó tanto de tono que casi no la oí—. Nosotros. Todo ello. Nunca debí... en la pista, en mi casa... —Exhaló con brusquedad—. Fue solo físico. El calor del momento. Nos dejamos llevar.

El mundo se redujo a esas palabras. *Solo físico.*

Como si la forma en que me había mirado no significara nada. Como si su confesión no significara nada. Como si yo no significara nada.

—No te crees eso.

—No importa lo que yo crea. —Seguía sin mirarme—. Lo que importa es la realidad. Y la realidad es que tengo una reunión para el contrato dentro de... —Miró su reloj— ...quince horas. Tengo a un equipo que depende de mí. Un legado que proteger.

—Y yo soy una amenaza para todo eso.

—Eres un novato que debería centrarse en su propia carrera. —Por fin se giró, pero sus ojos estaban vacíos. El hombre que me había abrazado hacía tres noches había desaparecido, reemplazado por el capitán Moretti: pulido, perfecto, inalcanzable—. Esto termina ahora. Volvemos a ser capitán y novato. Mentor y alumno. Eso es todo lo que podemos ser.

A mis pulmones se les olvidó cómo funcionar.

—¿Todo lo que podemos ser? ¿O todo lo que estás dispuesto a arriesgar?

—Es lo mismo.

—No. —La palabra salió ahogada—. No lo es. Y lo sabes.

Luca abrió la puerta. El ruido del pasillo se coló en la sala: voces, risas, los sonidos normales de un equipo relajándose después de un entrenamiento. El mundo normal al que creía pertenecer, justo hasta que el hombre del que me estaba enamorando decidió que yo no valía el riesgo.

—Hemos terminado, Callahan. Ve a centrarte en tu juego. Olvida que esto pasó. —Salió al pasillo.

—Luca...

—Capitán Moretti. —Lo dijo sin mirar atrás—. Así es como me llamarás a partir de ahora.

Y entonces desapareció.

Me quedé allí solo, rodeado por el fantasma de todo lo que habíamos sido hacía tres días. Me temblaban las manos. Se me cerró la garganta. Las luces zumbaban en lo alto, demasiado brillantes, demasiado duras, exponiendo cada borde afilado de lo que acababa de ocurrir.

Solo físico.

Un error.

Terminado.

Sabía que era una posibilidad. Sabía desde aquel primer beso en la pista que el miedo de Luca podría ganar. Pero saberlo y experimentarlo eran cosas distintas. El espacio detrás de mis costillas se sentía ahuecado, raspado, doliendo con cada respiración.

Había elegido el contrato. El armario. La mentira.

Lo había elegido todo excepto a mí.

Agarré mi bolsa de deporte con dedos entumecidos. El pasillo estaba casi vacío ahora, solo unos pocos chicos entreteniéndose junto a la sala de los entrenadores. Nadie me miró dos veces. ¿Por qué iban a hacerlo? Para ellos no había cambiado nada. El mundo seguía girando, los entrenamientos seguían su curso, los partidos seguían llegando.

Solo yo era diferente. Solo yo sabía lo que se sentía al ser deseado en un momento y desechado al siguiente.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo saqué con unas manos que se negaban a estar quietas.

Mamá: ¿Cómo está mi superestrella? ¡Papá dice que lideras a los novatos en anotación!

Me quedé mirando el mensaje. Intenté imaginarme respondiendo con algo coherente. Intenté imaginarme explicándole que sí, que el hockey iba bien, que el equipo era genial, que estaba viviendo mi sueño... y que también el hombre del que me estaba enamorando acababa de decirme que yo era un error y que prefería estar solo antes que arriesgarse a ser visto conmigo.

Mis dedos flotaron sobre el teclado. Borré tres respuestas diferentes. Finalmente escribí:

Yo: Todo va genial. ¿Hablamos mañana?

La mentira ya me resultaba familiar. Amarga pero fácil. Tal vez Luca tenía razón después de todo: solo tienes que seguir mintiendo hasta que la verdad ya no importe.

Me colgué la bolsa al hombro y me dirigí al aparcamiento. El aire de noviembre me golpeó como un muro, lo bastante frío como para robarme el aliento. O tal vez era solo esa sensación de vacío en el pecho, la que seguía expandiéndose con cada paso que me alejaba del pabellón.

Mi camioneta estaba aparcada en la esquina trasera del aparcamiento, lejos de los grupos de coches caros que conducían los veteranos. Una vez me había sentido orgulloso de esa distancia. Orgulloso de ser el novato que no se tomaba confianzas, que se mantenía humilde.

Ahora solo me hacía sentir aislado.

Tiré mi bolsa en la parte de atrás y me subí al asiento del conductor. Me quedé allí sentado con las manos en el volante, con el motor apagado, respirando vaho en el aire frío. Mi teléfono se iluminó de nuevo.

Jamie: ¿Bar esta noche? Va toda la línea.

Yo: No puedo. Mañana patino temprano.

Otra mentira. No iba a patinar temprano. Pero la idea de sentarme en un bar abarrotado, fingiendo reírme de los chistes, era imposible.

El teléfono vibró tres veces más. Lo puse boca abajo sin mirar.

A través del parabrisas, vi cómo el coche de Luca salía de su plaza reservada cerca de la entrada. El elegante sedán negro gritaba capitán, líder, éxito. Se detuvo en la salida del aparcamiento. Por un segundo, pensé que tal vez daría la vuelta y volvería. Que me diría que le había entrado el pánico, que no lo decía en serio.

El coche giró a la izquierda y desapareció en el tráfico.

Arranqué mi camioneta y conduje a casa.

Mi apartamento estaba exactamente igual que cuando me había ido esa mañana: aún apenas amueblado, aún sin cortinas, aún sintiéndose temporal a pesar de llevar viviendo aquí dos meses. Dejé caer mi bolsa junto a la puerta y me quedé en medio del salón, repentinamente exhausto hasta los huesos.

El sofá me llamaba. Lo ignoré y me dirigí a la ducha.

El agua salió lo bastante caliente como para quemar. Me quedé bajo el chorro con la frente apoyada contra los azulejos, dejando que el calor golpeara mis hombros, mi cuello, la base de mi cráneo donde la tensión se había anudado en un dolor permanente.

Solo físico.

Las palabras resonaban en mi cabeza, mezclándose con el sonido del agua golpeando los azulejos. Sabía que Luca tenía miedo. Sabía que había pasado diez años construyendo muros.

Pero había pensado... Dios, de verdad había pensado... que lo que teníamos valía el miedo. Que tres semanas de momentos robados, mensajes en código y besos desesperados en cuartos de material vacíos habían significado algo. Que cuando me había abrazado hacía tres noches y me había dicho que se estaba enamorando, lo decía en serio.

Tal vez sí lo decía en serio. Tal vez esa era la peor parte: saber que era real y que aun así no había sido suficiente.

Cerré el grifo. Me sequé mecánicamente. Me puse unos pantalones de chándal y me quedé mirando mi reflejo en el espejo, catalogando los daños: sombras bajo los ojos, la mandíbula lo bastante apretada

como para partirme los dientes, los hombros encorvados hacia dentro como si estuviera protegiendo algo vital.

Mi teléfono vibró desde el dormitorio. Lo ignoré.

Vibró de nuevo. Y otra vez.

Finalmente me acerqué y lo cogí.

Jamie: ¿Estás bien? Te vi raro después del entrenamiento.

Jordan: He oído que te saltas la noche de bar. ¿Estás malo?

Entrenador Wilson: Sesión de vídeo mañana a las 9 a.m. No llegues tarde.

Nada de Luca. Por supuesto que nada de Luca. Habíamos terminado. Capitán y novato. Eso era todo.

Escribí y borré cinco respuestas diferentes para Jamie antes de decidirme por:

Yo: Solo estoy cansado. Nos vemos mañana.

Luego apagué el teléfono por completo.

El silencio en mi apartamento se sentía opresivo. Había crecido en una casa llena de ruido: tres hermanos, dos perros, unos padres que nunca conocieron un nivel de volumen que no pudieran superar. Incluso en la universidad, había tenido compañeros de piso, de equipo, movimiento y sonido constantes.

Este silencio era diferente. Pesado por la ausencia.

Me tumbé en el sofá porque ir a la cama me parecía admitir la derrota. Miré al techo e intenté no pensar en las manos temblorosas de Luca cuando se había desatado los patines. En la forma en que se le había quebrado la voz al decir «para». En el vacío de sus ojos cuando lo había llamado un error.

Intenté no pensar en cómo se sentía ser deseado y luego desechado en el espacio de setenta y dos horas.

Me ardían los ojos.

No iba a llorar. No iba a desmoronarme. No le daría a Luca la razón sobre ser una distracción.

Mañana iría al entrenamiento. Ejecutaría los ejercicios. Sonreiría ante las bromas. Sería el compañero de equipo que todos esperaban.

Y si la luz se apagaba... si la alegría que me había acompañado en cada entrenamiento y partido desde que tenía seis años de repente

se sentía como una actuación... bueno. Eso era lo que pasaba cuando aprendías que ser tú mismo no era suficiente.

Que amar a alguien que no podía amarse a sí mismo solo te dejaba vacío.

Cerré los ojos y esperé un sueño que no iba a llegar.

10

Luca

Tres semanas en los *playoffs*, y nos movíamos como extraños.

Me quedé en el centro de la pista de entrenamiento, viendo cómo el ejercicio de *power play* se desmoronaba por tercera vez. Jamie perdió el disco en la entrada. El pase de Tyler se fue desviado.

Theo...

Theo ejecutaba su posición. Con los ángulos correctos. El espaciado adecuado. Un posicionamiento de manual.

Cero instinto. Cero alegría.

Parecía un jugador distinto. Seguía teniendo talento, seguía siendo rápido, pero la chispa que le había hecho peligroso —la creatividad, la asunción de riesgos, la energía contagiosa— había desaparecido. Jugaba como alguien que actuaba por inercia. Como alguien que había aprendido que brillar demasiado te quemaba.

Se me contrajo el pecho. Hice sonar el silbato.

—Otra vez. Tyler, cierra esa línea de pase. Jamie, estás telegrafiando. Theo... —Su nombre se me atascó en la garganta—. Más arriba en la zona.

Asintió sin mirarme a los ojos. Patinó hacia su posición.

Habíamos jugado cuatro partidos de *playoffs*. Habíamos ganado tres. Deberíamos haber barrido. Habríamos barrido si nuestra

química no se hubiera hecho añicos.

La serie de primera ronda contra Detroit debería haber sido un dominio total. En cambio, había sido un hockey feo y desgastador. Habíamos ganado el cuarto partido por un solo gol, y solo porque Kieran había sido un auténtico muro durante sesenta minutos.

El entrenador Reeves apareció a mi lado, con los brazos cruzados.

—¿Qué le ha pasado a Callahan?

—Nada. —La mentira ya era familiar. Llevaba tres semanas contándola.

—Juega con miedo. Ese no es el chaval que se llevó un golpe por ti en la noche de apertura.

—Se está adaptando a la intensidad de los *playoffs*.

—Y una mierda. —La voz de Reeves bajó de tono—. Y tú también estás distinto. Distante. Sea lo que sea que haya pasado entre vosotros dos, arréglalo. Lo necesitamos afilado para las semifinales de conferencia.

Se fue patinando antes de que pudiera negar que hubiera pasado nada.

No había pasado nada. Me había asegurado de ello. Lo había terminado antes de que pudiera volverse real, antes de que pudiera amenazar todo lo que había construido.

La extensión del contrato estaba en mi apartamento, firmada y ante notario. Cinco años. Cláusula de no traspaso. Seguridad financiera. Capitanía garantizada.

Todo lo que había querido.

Vi a Theo recibir un pase y tirar a puerta. Forma perfecta. Cero pasión.

El disco golpeó el poste con un sonido metálico y hueco que resonó en el pabellón vacío.

El vestuario después del entrenamiento se sentía extraño.

Por lo general, la energía de los *playoffs* llenaba cada rincón: música, vaciles, el filo afilado de la concentración competitiva mezclado con la camaradería.

Hoy, el silencio se acumulaba en los espacios entre las conversaciones. Los chicos se agrupaban en sus corros habituales,

pero las conexiones se sentían deshilachadas.

Me senté en mi asiento, centrado en desatarme los patines. Si me centraba en la tarea física, no tenía que mirar a Theo, tres asientos más allá. No tenía que verle ducharse y vestirse con el mismo vacío que ahora llevaba al hielo.

—Capi. —Kieran se dejó caer en el banco a mi lado. Aún llevaba puesta toda la equipación de portero, empapado en sudor y con mirada intensa—. Tenemos que hablar.

—Sobre la cobertura defensiva en...

—Sobre lo que le has hecho a Callahan.

Mis manos se detuvieron en los cordones.

—No sé de qué me hablas.

—Luca. —La voz de Kieran conllevaba una década de amistad. Nos habían elegido en el *draft* el mismo año. Habíamos sufrido juntos temporadas de reconstrucción. Habíamos luchado para volver a ser relevantes. Me conocía mejor que nadie en este equipo—. Apareció en el campamento como si fuera un rayo de sol, y ahora parece que alguien le ha matado al perro. Y tú andas por ahí como un fantasma. Así que, o me cuentas qué ha pasado, o admites que estás lleno de mierda.

Terminé de desatarme los cordones. Dejé los patines a un lado.

—Está solucionado.

—Solucionado. Claro. —Kieran se quitó el guante bloqueador; el velcro sonó fuerte en aquel rincón silencioso—. ¿Así es como llamamos al hecho de que nuestro novato pierda su chispa y nuestro capitán olvide cómo liderar?

—Estoy liderando bien.

—Estás gestionando. Hay una diferencia. —Se acercó más, bajando la voz—. Te he visto construir muros durante diez años, y nunca te he presionado porque supuse que tendrías tus razones. ¿Pero sea lo que sea que le hayas hecho a ese chaval? Nos está costando caro. Y a ti te está matando.

Apreté la mandíbula.

—He firmado la extensión.

—Enhorabuena. ¿Se supone que eso lo mejora?

—Es lo que importa. El equipo, el contrato, el...

—Luca. —La mano de Kieran aterrizó en mi hombro, con un agarre firme—. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste feliz?

La pregunta impactó como un *crosscheck* en el esternón. Me puse de pie, sacudiéndome su mano.

—Necesito ducharme.

—Eso pensaba.

Me alejé. Sentí sus ojos en mi espalda. Sentí el peso de tres semanas de distancia y desvíos presionando hacia abajo hasta que me dolieron los hombros por ello.

En la ducha, me quedé bajo un chorro de agua lo bastante caliente como para quemar. Intenté limpiar el recuerdo de la cara de Theo en la sala de material cuando le dije que había sido un error. La forma en que su luz simplemente... se apagó.

Intenté no pensar en los mensajes de madrugada que no enviaba. En el peso fantasma de él en mi cama. En cuántas veces había cogido el teléfono para contarle una estupidez, para luego recordar que había renunciado a ese derecho.

Primer partido de las semifinales de conferencia.

El pabellón vibraba con la intensidad de los *playoffs*. Se agitaban toallas. El público era ensordecedor. Cada golpe y cada arrancada se amplificaban.

Jugábamos contra Colorado: rápidos, hábiles, peligrosos. El tipo de equipo que exponía las debilidades.

Ahora yo era el centro de la segunda línea, para darle a la unidad de Jamie más despliegue ofensivo. Theo jugó doce minutos en los dos primeros periodos. Sólido. Sin destacar.

Exactamente lo que yo había querido, cuando me convencí a mí mismo de que apagar su luz nos mantendría a salvo a los dos.

Tercer periodo. Empate 2-2. El entrenador dobló turnos a nuestros mejores jugadores. Salté la valla para un saque en zona defensiva, con las piernas ardiéndome y los pulmones doliéndome.

Atrapé el disco tras el saque y lo saqué de la zona. Tyler lo recogió y condujo por la zona neutral. Empujé buscando un hueco, leyendo el ataque que se desarrollaba.

Theo subió a toda velocidad por el extremo más alejado. Rápido. Perfectamente posicionado. Con el palo preparado.

El pase de Tyler le llegó directo a la cinta del palo. Theo cortó hacia el medio y el defensa de Colorado se cerró con fuerza.

Vi cómo se desarrollaba. Vi al segundo defensa llegando desde el lado ciego, lanzándose para dar el golpe.

—¡THEO!

Demasiado tarde.

La colisión lanzó a Theo por los aires. Su cuerpo se retorció de mala manera. Su casco golpeó el hielo con un chasquido que cortó a través de dieciocho mil *fans* gritando.

No se levantó.

Me estaba moviendo antes de pensar, cruzando el hielo mientras sonaba el silbato. Los árbitros convergieron. Los jugadores de Colorado retrocedieron con las manos en alto; un golpe limpio, solo una sincronización brutal.

Caí de rodillas a su lado.

—Theo. Theo, mírame.

Tenía los ojos abiertos pero desenfocados. Un hilo de sangre manaba de un corte sobre su ceja, brillante contra su piel pálida.

—No te muevas. —Mi mano flotaba sobre su hombro. Queriendo tocarle. Sin atreverme a hacerlo—. Ya vienen los médicos.

Su mirada encontró la mía. Durante un segundo, todo lo demás desapareció: el ruido del público, los árbitros, el partido. Solo él, herido. Y yo, impotente.

—Estoy bien —arrastró las palabras—. Solo... dame un segundo.

—No estás bien. —Mi voz salió rasposa—. Quédate en el suelo.

El equipo médico llegó con una camilla. Me aparté para dejarles espacio, con las manos cerradas en puños. Vi cómo le revisaban las pupilas, le hacían preguntas, le sujetaban el cuello con cuidado.

Vi cómo le ayudaban a salir del hielo ante una ovación de pie que probablemente no podía oír.

Vi cómo el túnel se lo tragaba, y algo se rompió en mi pecho que no tenía nada que ver con el hockey.

Jamie patinó hasta ponerse a mi lado.

—Estará bien. El chaval es duro.

Asintí. No podía hablar.

El partido se reinició. Jugué los ocho minutos restantes en estado de fuga: el cuerpo ejecutando, la mente en otra parte. Ganamos 3-2 con un gol tardío que no recuerdo haber celebrado.

En la fila de los apretones de manos, el capitán de Colorado me murmuró sus condolencias por lo de Theo. Estreché manos, dije las cosas correctas. Y no sentí nada.

La celebración en el vestuario fue apagada. Los chicos se ducharon y se vistieron rápido, preguntando por Theo. El entrenador dijo que le estaban evaluando. Probablemente entraría en protocolo de conmociones. Habría novedades al día siguiente.

Me quedé sentado en mi asiento hasta que todos se fueron. Kieran se entretuvo, observándome con unos ojos que veían demasiado.

—¿Vas a ir a ver cómo está? —preguntó en voz baja.

—Los médicos del equipo lo tienen controlado.

—Luca.

—¿Qué? —Levanté la vista, repentinamente furioso—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que estoy preocupado? ¿Que ver cómo le golpeaban ha sido como recibir el golpe yo mismo? Que yo... —Me detuve. Respiré—. Da igual lo que yo sienta.

—¿Por qué no iba a importar?

—Porque he firmado el contrato. He tomado mi decisión. Y él estará mejor sin...

—¿Sin qué? ¿Alguien a quien le importa una mierda? —Kieran se colgó la bolsa de deporte al hombro—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? Yo salí del armario hace tres años. Perdí un patrocinio, gané una docena más. Y sí, hubo gilipollas en las redes sociales y en algunos pabellones. ¿Pero sabes lo que no perdí?

Esperé.

—A mí mismo. —Se dirigió a la puerta, y luego se detuvo—. Ese chaval te hacía feliz. Te hacía mejor. Y lo tiraste todo a la basura porque tienes más miedo de vivir que de morir.

La puerta se cerró tras él con un suave clic.

Me quedé solo en el vestuario vacío, rodeado del olor a cinta adhesiva y sudor, y de una victoria que se sentía hueca.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de Mark.

Mark: El contrato es oficial. La directiva está encantada. Mantén la cabeza gacha durante los playoffs: mantente centrado, mantente limpio. Este es tu momento para hacer legado.

Legado.

Pensé en los legados. En lo que la gente recordaba. La carrera de mi padre, digna del Salón de la Fama, estuvo marcada por puntos y premios, no por la familia que había descuidado ni por el hijo al que había enseñado a esconderse.

¿Cuál sería el mío? ¿Una extensión de cinco años y una capitanía ganada a base de ir a lo seguro?

Otro mensaje, este de mi padre.

Papá: Enhorabuena por el contrato. Cenaremos después de los playoffs para celebrarlo. Orgulloso de ti por mantenerte concentrado.

Mantenerse concentrado. Código para quedarse en el armario, evitar distracciones y ser el hijo que él podía presentar en su club de viejos amigos.

Debería haberme sentido validado. Debería haber sentido la satisfacción de su aprobación después de pasar años persiguiéndola.

En lugar de eso, me sentí vacío.

Me puse ropa de calle y salí del pabellón por la salida de jugadores. El aparcamiento estaba casi desierto, solo unos pocos coches bajo las luces parpadeantes.

Me senté en mi camioneta con el motor en marcha, la calefacción a tope y sin ir a ninguna parte.

Abrí mis mensajes con Theo. Tres semanas de la nada. Antes de eso, semanas de mensajes en código y momentos robados que habían sido la mejor parte de mis días.

El último mensaje era mío. *No puedo seguir haciendo esto. Lo siento.*

Su respuesta, una hora después. *Yo también.*

Dos palabras que lo decían todo.

Escribí: *¿Estás bien?*

Me quedé mirándolo. Lo borré. ¿Qué derecho tenía a preguntar? Lo había terminado. Había tomado mi decisión. Le había dicho que era un error.

Pero verle recibir ese golpe, verle tendido inmóvil sobre el hielo...

Me di cuenta de algo que había estado evitando durante tres semanas.

Theo Callahan no solo me importaba. No solo le deseaba.

Le amaba.

Y lo había tirado a la basura por un contrato que se sentía como una condena de prisión.

Mi teléfono volvió a vibrar. Mensaje del entrenador Reeves.

Entrenador Reeves: Theo tiene una conmoción. Baja mínimo 7 días. Los playoffs no son lo mismo sin él. Sea lo que sea que tuvierais entre manos vosotros dos, lo necesitábamos.

Sea lo que sea que tuvierais entre manos.

En tiempo pasado.

Apoyé la frente contra el volante, y el aliento empañó el cristal en la camioneta fría. Había ganado el partido. Había ganado el contrato. Había ganado todo lo que creía querer.

Y había perdido la única cosa que importaba.

Una semana después. Finales de conferencia.

Avanzamos sin Theo, sacando los partidos adelante a base de defensa y portería. Kieran estaba jugando poseído. Jamie había elevado su nivel de juego. Tyler había asumido más responsabilidades.

Estábamos ganando. A tres victorias de las Finales de la Copa Stanley.

Y no tenía sentido ninguno.

A Theo le habían dado el alta para entrenar, pero no para jugar; seguía en el protocolo, otros tres días como mínimo. Venía a los partidos, se sentaba en el palco de prensa y vestía traje en lugar de equipación.

A veces le veía en el videomarcador, cuando yo estaba en el banquillo. Aplaudía en los momentos adecuados. Se ponía de pie para los goles. Parecía estar metido en el partido.

Pero la luz seguía sin estar ahí.

Tercer partido. Serie empatada 1-1. Hockey físico y desesperado. Me llevé un golpe con un palo alto que me abrió un corte sobre el

ojo, en el mismo sitio donde había estado el de Theo. El preparador médico me lo parcheó rápido y me mandó de vuelta a la pista.

La sangre me caía por la sien, caliente y pegajosa. Jugué a pesar de ello. Repartí golpes. Bloqueé tiros. Hice todo lo que un capitán debía hacer.

Cuando sonó la bocina final —victoria por 3-2, recuperábamos el liderato de la serie—, no sentí nada.

En el vestuario, los médicos del equipo me revisaron los puntos. Kieran se dejó caer a mi lado, aún con las guardas puestas.

—Cuatro puntos —dijo el médico—. Mantenlo limpio, no habrá complicaciones.

Se marchó. Kieran se quedó.

—Has jugado genial —dijo.

—Hemos ganado.

—No es eso lo que he dicho. —Me estudió—. ¿Cuándo fue la última vez que te miraste a un espejo?

—Qué clase de pregunta...

—Mírate, Luca. Mírate de verdad.

Me levanté. Caminé hacia el espejo montado junto a los lavabos. Vi lo que Kieran veía.

Ojos hundidos. Pómulos afilados. Los puntos sobre mi ceja estaban limpios. La expresión que había debajo estaba muerta.

Me parecía a mi padre: exitoso, controlado, vacío.

—¿Este es el aspecto que tiene ganar? —preguntó Kieran en voz baja—. Porque desde aquí, parece que te estás muriendo poco a poco.

Me toqué los puntos e hice una mueca.

—Tomé mi decisión.

—Entonces deshazla.

—No es así de simple.

—¿Por qué no? —Se puso de pie, aún con toda la equipación, imponente y honesto—. El contrato está firmado. El equipo está ganando. Tienes todo lo que dijiste que necesitabas. Así que, ¿qué te impide ser feliz?

—No puedo... —Mi voz se quebró. Me agarré al borde del lavabo —. No puedo ser lo que él necesita. No puedo darle lo que se

merece.

—¿Qué es lo que se merece?

—Alguien que no tenga miedo. Alguien que pueda estar a su lado en público. Alguien que...

—¿Alguien que le ame? —El reflejo de Kieran se cruzó con el mío en el espejo—. Porque tú lo amas. Lo llevas escrito en la cara cada vez que le miras. Y eres un desgraciado sin él. Así que, o el armario es más importante que tu felicidad, o...

—¿O qué?

—O simplemente estás asustado. —Se quitó la camiseta y las hombreras—. Y lo entiendo. Salir del armario es aterrador. ¿Pero sabes qué es más aterrador? Vivir una mentira durante tanto tiempo que se te olvida cómo se siente la verdad.

Se alejó, dejándome solo con mi reflejo.

Me quedé mirando al extraño del espejo. Capitán. Jugador franquicia. Contrato de cinco años.

Desgraciado.

La puerta del vestuario se abrió.

Theo.

Aún llevaba traje, probablemente buscando al entrenador. Se quedó helado al verme.

Nos miramos fijamente a lo largo de cinco metros que se sintieron como kilómetros.

Parecía más delgado. Cansado. El corte sobre su ceja estaba cicatrizando y ya se estaba formando una leve marca.

Imagen especular.

—Perdona —dijo en voz baja—. No sabía que seguías aquí.

—Theo.

—Enhorabuena por la victoria. —Se dio la vuelta para irse.

—Espera. —La palabra se me escapó desgarrada—. Por favor.

Se detuvo. No se dio la vuelta.

—Yo... —Todo lo que necesitaba decir se me atascó en la garganta —. Cometí un error.

Sus hombros se tensaron.

—Tomaste tu decisión.

—Me equivoqué.

—Luca. —Por fin se dio la vuelta. En sus ojos no había nada; ni esperanza, ni enfado, solo agotamiento—. Conseguiste lo que querías. El contrato, la capitanía, la vida perfecta dentro del armario. No... no juegues con mi cabeza solo porque te sientas culpable.

—No es culpa. —Di un paso más cerca—. Es...

—¿Qué? ¿Qué es? —Su voz se quebró—. Porque, desde mi punto de vista, dejaste bastante claro que yo era una distracción. Un error. Algo que no te podías permitir.

—Estaba asustado.

—¿Y ahora no lo estás?

Respuesta sincera.

—Estoy aterrorizado.

Se rio, con amargura.

—Genial. Es genial, Luca. Estás aterrorizado, así que lo terminaste. Y ahora sigues aterrorizado, así que... ¿qué? ¿Volvemos juntos y me escondes mejor? No me interesa volver a ser tu secreto.

—No quiero que seas un secreto.

Silencio.

Theo me miró como si hubiera hablado en un idioma que no entendía.

—He firmado el contrato —continué. Las palabras salían más deprisa ahora, desesperadas—. He conseguido todo lo que creía querer. Y está... está vacío. No tiene sentido. Porque tú no estás... —Me detuve—. Porque te amo.

Pude oír cómo se le cortaba la respiración.

—Te amo —repetí, y decirlo de nuevo se sintió como romper el hielo—. Y me he estado muriendo durante semanas sin ti. Viendo cómo te apagabas. Sabiendo que fui yo quien hizo eso. Y luego viéndote recibir el golpe, y pensando... —Se me quebró la voz—. Lo único que podía pensar era que había desperdiciado semanas teniendo miedo cuando podría haber estado contigo.

Los ojos de Theo brillaron con unas lágrimas que se negaba a dejar caer.

—No puedes simplemente... no puedes decir eso ahora. Después de todo.

—Lo sé.

—Me llamaste un error.

—Me equivoqué.

—Elegiste el contrato.

—Elegí mal. —Acorté la distancia entre nosotros—. Theo, no sé cómo hacer esto. No sé cómo hacerlo público, cómo salir del armario, cómo... pero quiero intentarlo. Si me dejas. Si no he...

—Para. —Levantó una mano, con la respiración entrecortada—. No puedes romperme el corazón y luego esperar que yo simplemente... Necesito tiempo. Necesito... —Retrocedió hacia la puerta—. No puedo hacer esto ahora mismo.

Se fue.

Me quedé solo en el vestuario, y mi confesión se evaporó en el aire como humo.

Pero por primera vez en semanas, sentí que el vacío en mi pecho podría acabar curándose.

Porque había dicho la verdad.

Y la verdad era donde empezaba la libertad.

11

Theo

La serie estaba empatada 2-2. El quinto partido se sentía como si pudiera abrir el cielo en dos.

Semifinales de conferencia. Los Storm contra Minnesota. El pabellón rugió con quince mil voces que se desdibujaron en un único sonido animal: hambriento, exigente, eléctrico. Mis patines cortaban el hielo con una precisión nacida de la memoria muscular y la repetición.

Tres semanas de hockey mecánico. Tres semanas de presentarme, hacer mi trabajo y mantener la boca cerrada.

Tres semanas desde que Luca me había mirado a los ojos y me había llamado un error.

Empujé con más fuerza en el giro, persiguiendo el disco hacia la esquina. El hombro me gritaba —llevaba molestándome desde el segundo periodo, un dolor sordo que se agudizaba con cada golpe —, pero lo ignoré. El dolor era fácil. El dolor era simple. El dolor no hacía preguntas que yo no pudiera responder.

El rugido del público cambió de tono.

Levanté la vista el tiempo justo para ver al defensa de Minnesota abalanzándose sobre mí. Demasiado rápido. Demasiado alto. Ya estaba levantando el palo.

Me preparé para el impacto.

El golpe llegó por detrás: un despiadado *crosscheck* directamente entre los omóplatos que me estampó de cara contra las vallas.

Algo en mi hombro crujió. No fue la suave liberación de una articulación acomodándose, sino algo incorrecto que irradió por todo mi cuerpo como el impacto de un rayo.

Las rodillas me fallaron. El hielo subió a mi encuentro. Mi palo salió despedido haciendo ruido. El sonido se volvió amortiguado y distante, filtrado a través de una neblina de dolor al rojo vivo que se originaba en mi hombro y se extendía como un reguero de pólvora.

No podía respirar. No podía pensar. Solo podía procesar el hecho de que mi brazo derecho colgaba en un ángulo incorrecto, completamente inútil, y mi visión se estaba volviendo gris por los bordes.

En algún lugar por encima de mí, el público gritaba.

En algún lugar cercano, unos patines rasparon el hielo con violencia.

—¡...quites de encima, joder!

La voz de Luca. Las manos de Luca agarrando la tela de una camiseta. Luca tirando los guantes y lanzándose contra el defensa de Minnesota con una furia que solo había visto una vez antes: la noche que me llevé un golpe dirigido a él.

Pero esto era diferente. Esto no era agresividad controlada. Esto era rabia, pura y absoluta.

Intenté empujarme hacia arriba con el brazo izquierdo. El derecho colgaba inútil y gritando de dolor. Me las arreglé para rodar sobre mi costado justo a tiempo de ver a Luca asestar un puñetazo que envió al jugador de Minnesota al suelo. Los árbitros ya se estaban moviendo, pero Luca no se detuvo. Agarró al tipo por la camiseta y le volvió a golpear. Y otra vez.

—Luca... —Mi voz salió como un silbido. Nadie me oyó por encima del caos.

Hicieron falta tres árbitros para apartar a Luca. Luchó contra ellos, con los ojos desorbitados y la boca formando palabras que yo no podía oír por encima del zumbido de mis oídos. La sangre manchaba

sus nudillos. Su pecho subía y bajaba como si hubiera corrido una maratón.

Nuestras miradas se cruzaron desde el otro lado del hielo.

La expresión de Luca se resquebrajó —solo por un segundo—, revelando algo crudo y desesperado por debajo.

Y entonces los árbitros lo arrastraron hacia el túnel. El equipo médico de los Storm me estaba rodeando. El momento se hizo añicos.

—No intentes moverte —dijo alguien. Creo que era Kieran. Unas manos presionaron suavemente contra mi hombro bueno—. Los médicos están en camino. Solo respira.

Cerré los ojos e intenté hacer exactamente eso.

La habitación del hospital era demasiado blanca. Demasiado silenciosa. Olía a antiséptico y a cera para el suelo.

Estaba tumbado en la camilla de exploración mientras un médico de manos firmes y voz calmada me manipulaba el hombro. Cada movimiento enviaba nuevas oleadas de agonía que irradiaban por mi brazo. Me mordí el interior de la mejilla con la fuerza suficiente para saborear a cobre.

—Separación del hombro —anunció el médico, dando un paso atrás—. Grado dos, posiblemente tres. Necesitaremos una resonancia magnética para confirmarlo, pero tienes para un mínimo de seis semanas. Posiblemente cirugía, dependiendo de lo que muestre el escáner.

Seis semanas. Las finales de conferencia empezaban en cuatro días.

—¿Puedo jugar? —pregunté, a pesar de que ya sabía la respuesta.

La expresión del médico lo dijo todo.

—Ni de broma. Si intentas recibir un golpe con este hombro, te enfrentarás a daños permanentes. Potencialmente, el fin de tu carrera.

El fin de tu carrera. Las palabras resonaron en el silencio.

Asentí una vez, mecánicamente. Por supuesto. Por supuesto que así era como terminaba todo. No con una Copa Stanley, no con vindicación o gloria, sino con mi brazo en un cabestrillo y mi capitán

—ex lo que fuera— expulsado del partido por intentar matar a alguien en mi nombre.

—Te pondremos un cabestrillo y te daremos medicación para el dolor —continuó el médico—. Alguien del equipo organizará las citas de seguimiento. ¿Tienes a alguien aquí contigo?

—El equipo sigue jugando —dijo. Mi voz sonó plana incluso para mis propios oídos.

El médico asintió con compasión y se fue para preparar el papeleo.

Me quedé sentado a solas en la habitación demasiado blanca y me quedé mirando mi inútil brazo derecho. El agudo dolor inmediato se había atenuado hasta convertirse en una palpitación persistente que irradiaba desde el hombro hasta las yemas de los dedos. Mi carrera en el hockey —todo por lo que había trabajado desde que tenía seis años— acababa de ser puesta en pausa.

Debería llamar a mis padres. Debería escribir al chat de grupo del equipo. Debería hacer algo que no fuera estar aquí sentado sintiéndome vacío.

En lugar de eso, cerré los ojos y vi la cara de Luca: esa fracción de segundo en la que nuestras miradas se cruzaron a través del hielo. La forma en que su máscara, cuidadosamente construida, se había hecho añicos por completo, revelando algo que se parecía terriblemente a la angustia.

Y entonces recordé la voz de Luca en la sala de material hacía tres semanas. *Ha sido un error. Todo ello.*

Mi hombro palpitaba al compás de mi pulso.

La puerta se abrió de golpe.

Luca se quedó en el umbral. Aún llevaba la equipación, a excepción de los patines y los guantes. Tenía el pelo alborotado, los nudillos sangrantes y llevaba cuatro puntos de sutura sobre la ceja derecha a causa de un puñetazo que ni siquiera había visto aterrizar. Su pecho subía y bajaba como si hubiera venido corriendo desde el pabellón.

—Se supone que tienes que estar jugando —dijo.

—Me han expulsado. —La voz de Luca sonaba áspera, desgarrada —. Falta descalificante. Da igual. ¿Estás bien?

—Separación del hombro. Baja durante seis semanas mínimo, posiblemente cirugía. —Mantuve mi voz neutral—. No tenías por qué venir.

—No tenía por qué... —Luca dio tres pasos dentro de la habitación y se detuvo. Sus manos se flexionaron a sus costados como si no supiera qué hacer con ellas—. Theo, yo...

—Deberías volver —le interrumpí—. El equipo te necesita.

—El equipo está bien. Yo necesito... Tenía que asegurarme de que estabas... —La voz de Luca se quebró. Se apretó las palmas de las manos contra los ojos—. Joder. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Lo observé con un extraño desapego. Luca parecía destrozado —verdadera y completamente destrozado— y, hacía tres semanas, eso podría haber significado algo. Hacía tres semanas, podría haber alargado mi brazo bueno y haberle atraído hacia mí. Podría haberle dicho que *no pasa nada* o que *estoy bien* o cualquier otro consuelo fácil que me saliera de forma natural.

Pero hacía tres semanas, Luca me había mirado a los ojos y había elegido el miedo.

—No es culpa tuya que me hayan golpeado —dijo.

—No es por eso por lo que me disculpo. —Luca bajó las manos. Tenía los ojos enrojecidos, desesperados—. Me disculpo por ser un cobarde. Por apartarte de mí. Por... Cristo, Theo, por todo.

La sensación de vacío en mi pecho se expandió.

—Luca...

—Firmé el contrato —dijo Luca atropelladamente—. Cinco años, cláusula de no traspaso. Me reuní con mi padre después y él me habló de mantener limpia mi imagen y de evitar distracciones, y yo solo... Asentí. Le di la razón. Fui al entrenamiento al día siguiente, te miré y me convencí de que terminar las cosas era la decisión correcta. La decisión inteligente.

Me palpitaba el hombro. Sentía la cabeza como si estuviera rellena de algodón.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Porque vi cómo te daban ese golpe y yo... —La voz de Luca se quebró por completo—. No podía respirar. No podía pensar. Lo único

que veía era a ti sobre el hielo y yo solo... perdí el control. Lo perdí por completo.

—Me di cuenta. —Tenía la boca seca—. Has mandado a un tío al hospital.

—Se merecía algo peor. —No había remordimiento en la voz de Luca, solo una plana certeza. Entonces su expresión se desmoronó —. Pero no es eso... Theo, cuando te vi caer, nada más importaba. Ni el contrato, ni mi carrera, ni mi padre, ni el armario, ni nada. Solo tú.

Las palabras quedaron flotando en el aire aséptico.

Quería creerle. Dios, quería creerle con tantas ganas que me dolía físicamente. Pero ya había bailado este baile; ya me había abierto y me habían dado con la puerta en las narices. Ya me había permitido tener esperanza.

—Tienes miedo —dijo en voz baja—. Lo entiendo. Pero tener miedo no te da derecho a destrozarme cada vez que te entra el pánico.

Luca se encogió como si le hubieran golpeado.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. He sido... soy un desastre, Theo. Llevo en el armario desde que tenía catorce años y no sé cómo... No sé cómo ser ninguna otra cosa.

—Entonces tal vez deberías averiguarlo antes de arrastrar a otra persona a ello.

—No quiero averiguarlo solo. —Luca cruzó la distancia que nos separaba y se dejó caer de rodillas junto a la camilla de exploración. De cerca, pude ver que el corte sobre su ceja aún supuraba un poco. Pude ver los capilares reventados en sus nudillos, la salvaje desesperación en sus ojos—. Llevo dieciséis años solo y estoy muy cansado, Theo. Estoy tan jodidamente cansado de fingir.

Se me oprimió el pecho. Mi mano buena tembló con el impulso de extenderse, de tocar, de consolar. Me obligué a quedarme quieto.

—¿Qué pasó? —pregunté en lugar de eso.

Luca cerró los ojos.

—Te hablé de Sam. Fuimos estúpidos con aquello: nos cogíamos de la mano por el pasillo, nos besábamos detrás de las gradas. Alguien nos vio. Publicaron fotos en internet. En menos de

veinticuatro horas, todo el mundo lo sabía. Mis compañeros de equipo. Mis entrenadores. Mis padres.

—¿Qué hicieron?

—Mi padre me sentó y me explicó —con mucha calma, de forma muy racional— exactamente cómo ser gay destruiría cualquier oportunidad que tuviera de hacer carrera en el hockey. Cómo los ojeadores, los entrenadores y los directores generales nunca se arriesgarían con alguien así. Cómo yo sería un lastre en el vestuario. —La voz de Luca sonó hueca—. Luego me matriculó en un colegio nuevo, me cambió a un equipo diferente y me dijo que nunca más volveríamos a hablar del tema.

Se me revolvió el estómago.

—Luca...

—Sam salió de su casa esa noche y le dieron una paliza tres tíos de nuestro instituto. Le mandaron al hospital con la mandíbula rota y dos costillas fracturadas. —Luca abrió los ojos, y estaban desolados —. Tenía quince años. Y fue culpa mía por no tener el cuidado suficiente.

—No fue culpa tuya —dije de inmediato—. Fue de ellos. De los tíos que le atacaron, de la gente que te sacó del armario...

—Eso lo sé lógicamente. —La risa de Luca fue amarga—. Pero también aprendí que ser visible tiene consecuencias. Y he pasado diez años asegurándome de ser lo bastante invisible como para que nadie volviera a salir herido por mi culpa.

Las piezas encajaron en su sitio. El rígido control. El pánico. La forma en que Luca me había alejado en el momento en que las cosas se volvieron demasiado reales.

—Yo no soy Sam —dije con cuidado—. Y tú ya no tienes catorce años.

—Lo sé. Ya lo sé. Pero cuando mi agente empezó a hablar de imagen y mi padre empezó a hablar de evitar distracciones, lo único que podía pensar era... —Luca se apretó las palmas de las manos contra los muslos, clavando los dedos con la fuerza suficiente para dejar marcas—. Lo único que podía pensar era que, si alguien se enteraba de lo nuestro, tú serías el que saldría herido. Tu carrera no

ha hecho más que empezar. Yo tengo la capitanía, el contrato, la reputación. No podía dejar que te convirtieras en un daño colateral.

—Esa no era una decisión que debieras tomar por mí.

—Lo sé. —La voz de Luca se volvió a quebrar—. Lo sé, y lo siento. Pensé que te estaba protegiendo y simplemente... lo destrocé todo en su lugar.

Me palpitaba el hombro. Sentía la cabeza demasiado pesada. La medicación para el dolor estaba empezando a hacer que todo se volviera borroso por los bordes, y necesitaba pensar con claridad. Necesitaba averiguar si esto era real o si solo hablaban la culpa y el pánico.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —pregunté.

Luca me miró, con los ojos enrojecidos, desesperados y completamente despojados de la máscara bajo la que había intentado mirar durante semanas.

—Lo que haga falta —dijo—. Se lo diré al equipo. Se lo diré a mi padre. Daré una rueda de prensa si es lo que necesitas. Ya me da igual, Theo. No puedo... no puedo seguir viviendo así.

—Tienes miedo —dijo. No era una acusación. Solo una observación.

—Aterrorizado —admitió Luca—. Pero me da más miedo perderte a ti.

Cerré los ojos. El hombro me gritaba de dolor, la cabeza me daba vueltas, y Luca Moretti estaba de rodillas en la habitación de un hospital prometiendo hacer saltar por los aires toda su vida, cuidadosamente construida.

Debería haberse sentido como un triunfo. Debería haberse sentido como una vindicación.

—Necesito pensar —dije en voz baja—. Necesito... no puedo hacer esto ahora mismo, Luca. Estoy con analgésicos, acabo de enterarme de que mi temporada ha terminado y yo...

—Vale. —Luca se levantó de inmediato, teniendo cuidado de no tocar mi lado herido—. Vale. Tómate todo el tiempo que necesites.

Se dio la vuelta para irse.

—Luca.

Se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta.

—Te creo —dije—. Lo de que estás asustado. Lo de que quieres intentarlo. Solo... necesito creer que realmente seguirás adelante cuando la cosa se ponga difícil.

Los hombros de Luca se encogieron.

—Lo haré. Te prometo que lo haré.

Y entonces se fue, y me quedé solo en la habitación demasiado blanca, con mi hombro arruinado y el complicado peso de la esperanza.

12

Luca

Me quedé en el centro del vestuario, con el corazón intentando romperme las costillas, y me pregunté si morir se sentía así.

Cuatro días desde que Theo se había lesionado. Cuatro días desde que hice una promesa en la habitación de un hospital que pareció imposible en el momento en que crucé la puerta de salida. Cuatro días de mi teléfono iluminándose con mensajes que no me atrevía a contestar, y la voz de mi padre en mi cabeza, más alta que nunca.

Tienes una responsabilidad. Con el equipo. Con el apellido de la familia. Con todo lo que hemos construido.

Pero también tenía una responsabilidad conmigo mismo. Con Theo. Con la verdad que llevaba enterrando desde que tenía catorce años.

El equipo fue entrando poco a poco. Kieran primero, siempre temprano. Luego Hayes, Morrison y el resto. El sexto partido empezaba en dos horas. Semifinales de conferencia empatadas 2-2. Todo dependía de esta noche.

Deberían estar concentrándose en el plan de juego. En las tendencias del rival. En el millón de pequeños detalles que separaban ganar de perder a este nivel.

En lugar de eso, yo estaba a punto de volar por los aires toda su dinámica cuatro días antes de que pudiéramos llegar a las finales de conferencia.

—¿Capi? —Morrison se detuvo a medio camino de su asiento, con la bolsa de deporte aún colgada del hombro—. ¿Estás bien?

Me temblaban las manos. Me las metí en los bolsillos.

—¿Podéis sentaros todos un minuto? Antes de que empecemos a prepararnos.

El vestuario se quedó en silencio de esa manera tan particular. Todo el mundo sabía que algo iba mal. Los jugadores que estaban a mitad de una conversación se callaron. Hayes dejó su teléfono. Kieran, que le estaba poniendo cinta a su palo, se detuvo con el rollo aún entre las manos.

—¿Se trata de Callahan? —preguntó Clay Abbott. El portero suplente estaba callado la mayor parte del tiempo, pero era perspicaz cuando hablaba—. ¿El hombro del chaval?

—Se trata de mí —dijo. Mi voz salió más firme de lo que esperaba —. Y de Theo. Y... —Tragué saliva con dificultad—. Y del hecho de que os he estado mintiendo a todos durante diez años.

Nadie se movió. El único sonido era el sistema de ventilación, un zumbido mecánico y constante que de repente parecía demasiado fuerte.

Sentía el pecho como si alguien estuviera de pie sobre él. Me sudaban las palmas de las manos. Todos mis instintos me gritaban que dejara de hablar. Que desviara la atención. Que me volviera a poner la máscara y fingiera que esta conversación no estaba teniendo lugar.

Pero había mirado a los ojos de Theo en aquella habitación de hospital y había visto lo que había costado mi miedo. Había visto la cuidadosa distancia en la forma en que había dicho: *Necesito creer que realmente seguirás adelante cuando la cosa se ponga difícil.*

Se lo debía. Me lo debía a mí mismo.

—Soy gay —dije. Las palabras se sintieron como fragmentos de cristal en la garganta—. Llevo en el armario desde que tenía catorce años. Toda mi carrera, toda mi vida desde entonces... lo he estado escondiendo. A mi familia, a la prensa, a vosotros. A todos.

Silencio. La bolsa de Morrison cayó al suelo con un ruido sordo.

—Theo y yo... —Mi voz se quebró. Me aclaré la garganta y me obligué a seguir—. Estuvimos juntos. Durante unas semanas. Y yo lo terminé porque estaba aterrorizado. Porque pensé que, si alguien se enteraba, lo perdería todo. La capitanía, el contrato, vuestro respeto. Así que le alejé, firmé mi extensión y me dije a mí mismo que era la decisión correcta.

Mis manos temblaban con tanta fuerza ahora que meterlas en los bolsillos ya no lo ocultaba. Las saqué. Dejé que colgaran a mis costados. Dejé que todos lo vieran.

—Luego vi cómo se llevaba un golpe que podría haber acabado con su carrera, y me di cuenta de que he estado eligiendo el miedo por encima de todo lo que realmente importa. Por encima de ser honesto con la gente en la que más confío. Por encima de ser el tipo de líder que os merecéis. Por encima... —Se me cerró la garganta—. Por encima de alguien que me hizo sentir que a lo mejor no tengo que esconderme para siempre.

Kieran me miraba con una expresión que no pude descifrar. Hayes parecía estupefacto. Morrison tenía la boca abierta.

—Sé que es mucho que soltaros antes de un partido de *playoffs* —dije. Mi voz sonaba distante, como si viniera de algún lugar fuera de mi cuerpo—. Sé que el momento es una mierda. Pero estoy cansado de mentir. Estoy cansado de fingir que soy alguien que no soy. Y si eso significa que ya no me queréis como vuestro capitán, yo...

—Jesucristo, Moretti. —Kieran se puso de pie. Cruzó el vestuario en tres zancadas y me atrajo hacia un abrazo aplastante—. Cierra la puta boca.

Me quedé congelado por un segundo, con los brazos pegados a los costados y el cerebro luchando por procesar lo que estaba pasando.

—¿Te crees que no sabíamos que algo te estaba comiendo por dentro? —dijo Kieran contra mi hombro—. Llevas semanas más tenso que un puto tambor. Simplemente no sabíamos qué era.

—Vosotros... —Mi voz se rompió—. ¿Lo sabíais?

—No específicamente. —Kieran se apartó, con las manos aún agarrando mis hombros. Tenía los ojos húmedos—. Pero sabía que cargabas con algo pesado. Todos lo sabíamos. Y hemos estado

esperando a que confiaras lo suficiente en nosotros como para contárnoslo.

—Debería habéroslo dicho hace años —dijo. Me ardía la garganta.

—Probablemente. —La boca de Kieran se torció—. Pero nos lo has dicho ahora. Eso es lo que importa.

Morrison se levantó a continuación. Luego Hayes. Uno a uno, el resto del equipo se fue levantando de sus asientos y banquillos. Algunos se acercaron para darme una palmada en el hombro o atraerme hacia abrazos rápidos y fuertes. Otros simplemente se quedaron de pie en solidaridad.

—Mi primo salió del armario el año pasado —dijo Abbott en voz baja—. Tardó hasta los treinta. Dijo que la parte más difícil fue pensar que tenía que hacerlo solo.

—No estás solo, Capi —añadió Hayes. Su voz sonaba áspera—. Nunca lo estuviste.

—¿Qué pasa con Callahan? —preguntó Morrison—. ¿Sabe que estás haciendo esto?

Negué con la cabeza.

—Dijo que necesitaba creer que yo seguiría adelante. Esto es... esto soy yo intentando demostrárselo.

—El chaval ha sido un fantasma desde la lesión —dijo Kieran—. Apenas responde a los mensajes. Solo está sentado en casa con el hombro en un cabestrillo, probablemente subiéndose por las paredes.

—Le hice daño —dijo simplemente—. Elegí mi contrato por encima de él y le rompí el corazón. No sé si me perdonará, pero tengo que intentarlo.

—Te perdonará —dijo una voz tranquila desde la puerta.

Todos se giraron.

Theo estaba de pie en la entrada del vestuario. Llevaba el brazo en un cabestrillo. Vestía vaqueros y una sudadera de los Storm en lugar de su traje para los partidos. Tenía los ojos enrojecidos y brillantes por las lágrimas, y me miraba como si acabara de verme matar a un dragón.

—Theo... —Mi voz se quebró por completo—. ¿Qué haces aquí?

—Kieran me escribió. —La sonrisa de Theo fue temblorosa—. Me dijo que probablemente debería mover el culo y venir aquí. Algo de que mi novio necesitaba refuerzos.

La palabra *novio* me hizo parpadear. La esperanza ardió con tanta fuerza en mi pecho que dolió.

—Decía en serio lo que dije —continuó Theo, entrando en el vestuario—. Sobre necesitar creer que seguirías adelante. Esto... —La voz se le atascó—. Esto es lo más valiente que he visto hacer a nadie en mi vida.

—Es lo menos valiente —dijo—. Debería haberlo hecho hace meses. Hace años. Debería haber...

—Lo has hecho ahora —dijo Theo, haciéndose eco de las palabras de Kieran—. Eso es lo que importa.

El vestuario volvió a quedarse en silencio, pero esta vez se sentía diferente. No era el silencio pesado y expectante de antes. Este se sentía más ligero. Más claro.

—Así que... —dijo Hayes, rompiendo la tensión con su habitual franqueza—. ¿Estáis los dos, en plan, juntos de verdad ahora? ¿O esto sigue en la fase de averiguarlo?

Theo me miró. Esperando. Dándome a elegir.

—Si él me acepta —dije, sosteniendo la mirada de Theo—, quiero que estemos juntos. De verdad esta vez. Se acabó lo de esconderse. Se acabaron los secretos.

—¿Incluso si eso significa decírselo a tu padre? —preguntó Theo en voz baja—. ¿Decírselo a la prensa?

Se me cayó el estómago de solo pensarlo. La voz de mi padre en mi cabeza me gritaba advertencias, pintaba escenarios catastróficos y enumeraba todas las formas en que esto podría destruirlo todo.

Pero Theo estaba de pie frente a mí, con esperanza en los ojos. De repente, la voz de mi padre ya no importaba.

—Incluso entonces —dijo—. Lo que haga falta.

Theo cruzó el vestuario en cuatro zancadas y me besó.

Fue suave y cuidadoso por culpa del cabestrillo, pero también feroz y posesivo y absolutamente público. Delante de todo el equipo. Con veinte pares de ojos mirando.

Cuando nos separamos, alguien dejó escapar un silbido por lo bajo.

—Vale —dijo Kieran, dando una sola palmada—. Ahora que hemos dejado eso claro, ¿podemos por favor centrarnos en patearle el culo a Dallas esta noche? Porque si Moretti acaba de salir del armario ante todo el equipo antes de un partido de *playoffs* y perdemos, me voy a cabrear.

Las risas ondularon por la sala, rompiendo lo que quedaba de tensión.

—Ya habéis oído al hombre —dijo, volviendo a entrar automáticamente en modo capitán, incluso mientras mi mano buscaba la mano buena de Theo y la sujetaba—. Vamos a ganar esto.

Ganamos 5-1.

Di dos asistencias y jugué el mejor hockey de mi vida. Estaba suelto, rápido y sin miedo, de una forma en la que no había estado en años. Quizá en toda mi vida. Cada turno en el hielo se sentía más ligero. Cada pase conectaba. El disco me seguía como si supiera que por fin había puesto mis cosas en orden.

En el tercer periodo, ganando 4-1 a falta de cinco minutos, pasé patinando junto al banquillo y crucé la mirada con Theo en las gradas, donde estaba sentado con los reservas lesionados. Theo me sonrió —esa sonrisa amplia y sin defensas que me hacía doler el pecho— y levantó su mano buena con el pulgar hacia arriba.

Le devolví la sonrisa. Sobre el hielo. Delante de dieciocho mil personas y una docena de cámaras.

Ya me daba igual.

Cuando sonó la bocina final, el equipo se abalanzó el uno sobre el otro en el centro del hielo: abrazándose, gritando y dejándose llevar por el subidón de avanzar a las finales de conferencia. Kieran me agarró el casco y chocamos las frentes.

—¡Te lo dije! —gritó por encima del rugido del público—. ¡El mejor partido de los *playoffs*!

—¡No podría haberlo hecho sin vosotros! —grité en respuesta.

—¡Sí, sí que podrías! —La sonrisa de Kieran era feroz—. ¡Pero no tenías por qué hacerlo! ¡Esa es la puta clave!

El vestuario después fue un caos: la música a todo volumen, el champán salpicando, todo el mundo subido a la ola de adrenalina de una victoria que decidía la serie. Me senté en mi asiento y dejé que el ruido me bañara, exhausto y eufórico y más ligero de lo que me había sentido en una década.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de un número desconocido.

Desconocido: Enhorabuena por la victoria. Y por tu valor. — Michael Okoro

Me quedé mirando el mensaje. Michael Okoro había salido del armario hacía dos años; el primer jugador en activo de la NBA en hacerlo. Yo había visto su rueda de prensa desde mi sofá, solo, y había sentido un anhelo tan punzante que me había provocado náuseas.

Escribí de vuelta: *Gracias. Significa mucho para mí.*

Otra vibración. Esta vez, mi padre.

Papá: Tenemos que hablar. Llámame.

Se me encogió el estómago. Miré el mensaje durante un largo momento, luego bloqueé el teléfono y lo metí en la bolsa.

Esta noche no. Esta noche era para celebrar. Esta noche era para Theo.

Mañana me enfrentaría a mi padre. Mañana resolvería la estrategia con los medios, la pesadilla de relaciones públicas y todas las demás consecuencias que aguardaban entre bambalinas.

Pero esta noche iba a besar a mi novio en público e iba a permitirme ser feliz.

Encontré a Theo esperando fuera del vestuario, apoyado contra la pared con su cabestrillo y su sonrisa torcida.

—Hola, Capitán —dijo Theo.

—Hola a ti. —Me detuve frente a él—. Gracias por venir.

—No me lo habría perdido por nada. —La mano buena de Theo se levantó para acunar mi mandíbula—. Estoy orgulloso de ti.

—Estaba aterrorizado —admití.

—Lo sé. Por eso estoy orgulloso. —Theo me besó suavemente—. Hacer cosas que te dan miedo de todos modos... eso es lo que

significa ser valiente.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—¿Ahora? —Theo se apartó, sonriendo—. Ahora me llevas a casa y me demuestras que decías en serio todas esas promesas tan bonitas que me hiciste.

El calor me inundó el pecho.

—Tu hombro...

—Tiene una lista muy específica de cosas que no se supone que deba hacer —le interrumpió Theo—. Besar a mi novio no está en ella.

Novio. La palabra aún me hacía dar un vuelco el corazón.

—Vale —dijo—. Vamos a casa.

Salimos juntos del pabellón, con la mano buena de Theo entre la mía. Por primera vez en diez años, no miré por encima del hombro para ver quién podía estar mirando.

No me importaba.

Había terminado de esconderme.

13

Theo

La rueda de prensa estaba programada para las 11:00 a.m., tres días antes del primer partido de las finales de conferencia.

Me quedé entre bastidores en la sala de prensa del Storm Arena. Mi hombro lesionado palpitaba a pesar de los analgésicos. El cabestrillo se sentía más pesado de lo habitual, como si intentara arrastrarme hacia el suelo. Podía oír el murmullo de las voces al otro lado del telón: reporteros preparando las cámaras, productores comprobando los niveles de audio, el grave zumbido de la anticipación.

Luca estaba a mi lado. Llevaba traje en lugar de su ropa habitual para los días de partido: azul marino, hecho a medida a la perfección, el tipo de armadura que había llevado cuando firmó su contrato.

Pero le temblaban las manos.

—No tienes que hacer esto —dije en voz baja.

La mandíbula de Luca se tensó.

—Sí. Tengo que hacerlo.

—Me refiero a que... —Me acerqué más, bajando la voz—. Podríamos esperar. Hacerlo después de las finales. O no hacerlo en absoluto. A mí me parece bien...

—A mí no. —Luca se giró para mirarme. El miedo en sus ojos me hizo doler el pecho—. He terminado de esconderte. He terminado de fingir que no importas. Si no hago esto ahora, no lo haré nunca.

El entrenador Reeves apareció en el umbral de la puerta.

—Están listos para ti.

Luca asintió. Su mano buscó la mía buena, apretando con la fuerza suficiente para hacer daño.

—Estoy justo aquí —dije—. Todo el tiempo.

—Lo sé. —El pulgar de Luca trazó círculos sobre mis nudillos; una vieja costumbre de nuestros momentos robados en cuartos de material y pistas de entrenamiento vacías—. Esa es la única razón por la que puedo hacer esto.

Atravesamos el telón juntos.

La sala de prensa estalló con los flashes de las cámaras.

Había estado en ruedas de prensa antes: presentaciones de novatos, entrevistas después de los partidos, el circo habitual. Pero esto era diferente. Todos los asientos estaban ocupados. Las cámaras se alineaban en la pared del fondo. Reconocí caras de ESPN, TSN, *Sports Illustrated*, *The Athletic*. Prensa nacional, no solo periodistas deportivos locales.

Sabían que algo iba a pasar.

La mano de Luca se quedó entrelazada con la mía mientras nos acercábamos al podio. El director de relaciones públicas empezó a decir algo sobre la disposición de los asientos, pero Luca le ignoró. Se colocó frente al micrófono, tiró de mí para acercarme a su lado y mantuvo nuestras manos unidas donde todo el mundo pudiera verlas.

La sala se quedó en silencio.

—Gracias por venir —dijo Luca. Su voz era firme a pesar del temblor que yo podía sentir recorriendo su palma—. Tengo que hacer una declaración, y luego responderé a las preguntas.

Sacó un papel doblado del bolsillo de su chaqueta. Lo desdobló con su mano libre.

—Mi nombre es Luca Moretti —comenzó—. Tengo treinta años. Llevo tres años siendo el capitán de los Chicago Storm y he jugado al hockey profesional durante doce. He ganado un Trofeo Norris, he

estado en tres equipos del All-Star y he representado al equipo de Estados Unidos en los Campeonatos del Mundo.

Hizo una pausa. Sentí que el temblor de su mano se intensificaba.

—Y soy gay.

La sala estalló. Las cámaras destellaron como relámpagos. Los reporteros se abalanzaron hacia delante. A alguien se le cayó algo que repiqueteó contra el suelo.

El agarre de Luca en mi mano se apretó hasta el punto de doler.

—Lo sé desde que tenía catorce años —continuó Luca, y su voz cortó a través del ruido—. He estado en el armario durante dieciséis años. Elegí el miedo por encima de la autenticidad todos y cada uno de los días, y casi me destruye.

Me ardía la garganta. Quería rodear a Luca con mis brazos, protegerle de las cámaras, de las preguntas y de los juicios de valor que ya podía ver formándose en algunas caras. Pero este era el momento de Luca. La decisión de Luca. Lo único que podía hacer era quedarme a su lado y devolverle el apretón con la misma fuerza.

—Me escondí porque estaba aterrorizado —dijo Luca—. Aterrorizado de perder mi carrera. A mi familia. A mi equipo. Aterrorizado de ser visto como alguien inferior, como alguien débil, como algo vergonzoso. —Se le quebró la voz—. Construí muros tan altos que se me olvidó cómo se sentía respirar.

Me miró entonces; me miró de verdad, con las cámaras captando cada segundo.

—Y entonces conocí a alguien que me recordó lo que significa realmente vivir.

Se me nubló la vista. Mi hombro palpitaba al compás de los latidos de mi corazón.

—Theo Callahan es... —La voz de Luca se rompió. Se detuvo, tragó saliva y volvió a intentarlo—. Theo es la persona más valiente que he conocido en mi vida. Entró en esta liga siendo él mismo, sin pedir disculpas, sin miedo. Es auténtico de una forma que yo nunca he sido. Y vio a través de cada muro que construí y decidió que valía la pena luchar por mí de todos modos.

Un reportero en la primera fila estaba llorando. Lo noté periféricamente, de la misma forma que notaba el calor de los focos

del escenario, el peso de mi cabestrillo y el hecho de que mi corazón latía tan deprisa que me sentía mareado.

—Me enamoré de él —dijo Luca simplemente—. Y le hice daño porque tenía demasiado miedo para admitirlo. Elegí mi carrera por encima de su corazón. Le traté como un secreto del que me avergonzaba, cuando la verdad es que es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Luca se giró para mirarme. El micrófono captó cada palabra.

—Lo siento —dijo Luca, con los ojos húmedos—. Siento haberte hecho sentir que eras algo que había que esconder. Siento cada vez que miré a través de ti en público, cada vez que te hice sentir pequeño. Te merecías algo mejor. Te merecías a alguien lo bastante valiente como para amarte en voz alta desde el principio.

Yo no podía hablar. Se me había cerrado la garganta por completo.

—No sé qué pasará a continuación —continuó Luca, dirigiéndose a la sala de nuevo pero sin dejar de mirarme—. No sé si esto me costará patrocinios, u oportunidades, o relaciones con personas que me importan. Pero sé que ya no puedo vivir en ese armario. Sé que no puedo fingir ser alguien que no soy. Y sé que, si lo pierdo todo lo demás pero consigo quedarme con él, merece la pena.

Por fin volvió a mirar a las cámaras.

—Así que, sí. Soy gay. Estoy enamorado de mi compañero de equipo. Y pido privacidad y respeto mientras navegamos por esto juntos. Gracias.

La sala volvió a estallar: preguntas que se gritaban unas por encima de otras, flashes de cámaras, el director de relaciones públicas intentando establecer el orden. Pero Luca ignoró todo eso. Se giró hacia mí, me atrajo hacia él y pegó su frente a la mía.

—Decía en serio cada palabra —susurró Luca.

Le besé.

Allí mismo. Delante de ESPN, de TSN y de todos los medios deportivos de Norteamérica. Besé a Luca como si estuviéramos solos, como si las cámaras no existieran, como si lo único que importara fuera asegurarme de que Luca supiera que no estaba solo.

Cuando por fin nos separamos, la sala se había quedado de nuevo en silencio.

—¿Preguntas? —dijo Luca con calma, como si no acabara de destruir y reconstruir todo su mundo en diez minutos.

Las preguntas duraron cuarenta y cinco minutos.

Algunas fueron respetuosas. Otras, invasivas. Unas cuantas me dieron ganas de saltar por encima del podio y liarme a puñetazos con mi brazo bueno.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Desde aproximadamente el primer mes de la temporada —respondió Luca—. Aunque luché contra ello durante más tiempo.

—¿Lo sabe el equipo?

—Desde hace tres días, sí. Nos han apoyado increíblemente.

—¿Te preocupa la reacción de los fans?

La mandíbula de Luca se tensó.

—Estoy seguro de que habrá de todo. Pero no puedo controlar las reacciones de los demás. Solo puedo controlar mis propias decisiones. Y elijo la honestidad.

—Theo. —Un reportero de la tercera fila centró su atención en mí —. ¿Cómo te sientes al convertirte en el rostro de la representación LGBTQ+ en el hockey profesional?

Parpadeé. No esperaba que me preguntaran nada directamente.

—No salí del armario para ser un símbolo —dije con cuidado. Mi voz sonaba extraña a través del micrófono: demasiado alta, demasiado expuesta—. Salí del armario porque esconderme era como morir. Si eso ayuda a que alguien más se sienta menos solo, es increíble. Pero sobre todo lo que quiero es jugar al hockey y amar a quien amo sin que se convierta en todo un circo.

—¿Es difícil salir con tu capitán? La dinámica de poder...

—No hay dinámica de poder —interrumpió Luca, con voz cortante —. Theo es mi igual en todos los sentidos que importan. Sobre el hielo, soy su capitán. Fuera del hielo, somos pareja. Cualquiera que sugiera lo contrario no entiende lo que es una relación.

Sentí el pecho demasiado lleno. Como si mis costillas no pudieran contener todo lo que estaba sintiendo.

Una mujer al fondo de la sala levantó la mano.

—Luca, tu padre es famoso por ser tradicional. ¿Has hablado con él sobre esto?

La expresión de Luca se quedó cuidadosamente en blanco.

—Sin comentarios sobre asuntos familiares.

Pero le sentí encogerse. Sentí la forma en que su mano tuvo un espasmo antes de quedarse rígida.

—Una última pregunta —anunció el director de relaciones públicas.

—Para los dos —gritó un joven reportero—. ¿Qué queréis que sepa la gente?

Luca y yo nos miramos.

—Que merece la pena —dijo—. Ser tú mismo. Incluso cuando es aterrador. Incluso cuando pierdes a gente. Porque la alternativa es vivir media vida, y eso no es vivir en absoluto.

—Y que el amor no es una distracción —añadió Luca—. No es una debilidad. No te hace ser menos atleta ni menos hombre. En todo caso, te hace ser más. Porque por fin estás completo.

Los flashes empezaron de nuevo. Dejé que lo hicieran. Me apoyé en el costado de Luca —con cuidado de mi hombro— y dejé que las cámaras nos captaran juntos.

Dejé que el mundo lo viera.

La explosión en los medios fue inmediata.

Para cuando llegamos de vuelta al vestuario, Twitter estaba ardiendo. #LucaComesOut era la tendencia número uno a nivel mundial. ESPN ya había publicado el vídeo completo de la rueda de prensa. Llegaban comentarios de jugadores en activo, leyendas retiradas, fans, famosos y políticos.

La mayoría eran positivos.

Michael Okoro: Orgulloso de ti, @LucaMoretti29. Bienvenido al club. La cosa mejora.

La Asociación de Jugadores de la NHL emitió un comunicado de apoyo en menos de una hora.

Pero también hubo fealdad. Comentarios sobre que Luca era una distracción. Acusaciones de buscar llamar la atención. Analistas de la vieja escuela cuestionando si un capitán abiertamente gay podía

ganarse el respeto. Locutores de radio debatiendo si ahora era «apropiado» que los compañeros de equipo se ducharan juntos.

Me dieron ganas de tirar el teléfono contra la pared.

—No lo leas —aconsejó Kieran, apareciendo a mi lado—. En serio. De leer los comentarios nunca sale nada bueno.

—Están diciendo que es un egoísta por salir del armario antes de las finales —dije con tensión—. Como si debiera haberse seguido escondiendo para que todo el mundo se sintiera cómodo.

—La gente es idiota. —Kieran me quitó el teléfono de mi mano buena—. ¿Sabes qué es lo que importa? Los chicos de este vestuario. Y nosotros os cubrimos las espaldas. A los dos.

Luca salió del despacho del entrenador Reeves. Su expresión era indescifrable. Escrutó la sala hasta que sus ojos se posaron en mí, y parte de la tensión abandonó sus hombros.

—¿Tu padre? —pregunté en voz baja cuando Luca llegó a mi lado.

A Luca se le movió la mandíbula.

—Ha llamado. No se lo he cogido.

—Pero...

—Ha dejado un mensaje de voz. —La voz de Luca sonaba plana—. Me ha dicho que era una vergüenza para la familia. Que he elegido un «estilo de vida» por encima de mi legado. Que no soy bienvenido en casa hasta que «arregle esto».

La rabia inundó mi pecho.

—Luca...

—Está bien. —La sonrisa de Luca no le llegó a los ojos—. Me lo esperaba. Y decía en serio lo que dije en la rueda de prensa. Si pierdo a gente que no puede aceptarme, es que no merecía la pena mantenerla en mi vida.

—Eso no significa que no duela.

—No —admitió Luca—. No significa eso.

Lo atraje hacia mí, dejando que escondiera la cara contra mi hombro bueno. A nuestro alrededor, el resto del vestuario fingió no darse cuenta.

—Estoy orgulloso de ti —susurré en el pelo de Luca—. Tan malditamente orgulloso.

Los brazos de Luca me rodearon —con cuidado del cabestrillo, siempre con cuidado— y se aferraron con fuerza a mí.

Aquella noche, fui al apartamento de Luca.

Ya habíamos estado aquí antes. Habíamos trazado el mapa de nuestros cuerpos en esta cama, habíamos aprendido qué hacía jadear, romperse y suplicar al otro. Pero esta noche se sentía diferente.

Cero secretismos. Cero miedo. Nada de preguntarse si a Luca le entraría el pánico después y desaparecería durante días.

Solo nosotros.

—¿Cómo va tu hombro? —preguntó Luca, sentado en el borde de la cama.

—Bien, si no lo muevo. —Le di un suave empujón a la rodilla de Luca con la mía—. Puedo trabajar con eso.

—No quiero hacerte daño.

—No lo harás. —Le agarré la barbilla a Luca. Le levanté la cara—. Confío en ti.

Algo crudo cruzó la expresión de Luca. Como si las palabras le hubieran abierto en canal.

—Te quiero —dijo Luca con voz ronca—. Creo que no lo he dicho lo suficiente. Te quiero tanto que me asusta.

—Lo sé. —Le besé suavemente—. Yo también te quiero. Incluso cuando te comportas como un idiota. Especialmente entonces, de hecho.

Luca dejó escapar una carcajada contra mi boca.

—Mocoso.

—Tu mocoso.

—Sí. —Las manos de Luca subieron para enmarcar mi rostro, y sus pulgares me acariciaron los pómulos—. Mío.

Nos desvestimos lentamente. Luca me ayudó con el cabestrillo, quitándomelo con ese cuidado que aplicaba a todo. Dejó besos en mi hombro desnudo, y sentí que se me cerraba la garganta.

—Estoy bien —dije.

—Lo sé. Pero se me permite estar agradecido de que estés aquí de todos modos.

Caímos en la cama juntos. Luca trazó el mapa de mi cuerpo con sus manos y su boca: reaprendiendo cada cicatriz, cada punto sensible, cada lugar que me hacía arquearme y jadear. Pero esta vez, no había urgencia. Ni desesperación.

Solo reverencia.

—Eres tan bueno —murmuró Luca contra mi cadera—. Tan perfecto. No te merezco.

—Cállate —logré articular. Mi mano buena se cerró en puño en el pelo de Luca—. Tú... joder... te mereces todo.

—Lo tengo todo. —Luca fue bajando sus besos—. Te tengo a ti.

Perdí la capacidad de formar palabras después de eso.

Más tarde —mucho más tarde—, cuando estábamos enredados el uno con el otro y mi hombro palpitaba pero no me importaba, Luca se apoyó sobre un codo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Luca en voz baja.

—¿Ahora? —Tracé patrones en el pecho de Luca; nada elaborado, solo círculos perezosos—. Ahora ganamos un campeonato. Y después de eso, ya descubriremos el resto.

—¿Y si es demasiado? La atención de la prensa, el escrutinio...

—Entonces lidiaremos con ello juntos. —Atrapé la mano de Luca. Se la presioné sobre el corazón—. Ya no estás solo. ¿Recuerdas?

Tenía los ojos húmedos.

—Lo recuerdo.

—Bien. —Tiré de él hacia abajo para darle un beso—. Porque no pienso ir a ninguna parte. No te vas a librar de mí, Capitán.

—Lo mejor que me ha pasado en la vida —susurró Luca contra mi boca.

—Puedes apostar que sí.

Nos quedamos dormidos así: abrazados, sin espacio entre nosotros, sin nada más que esconder.

Fuera, el mundo seguía procesando la noticia. Las redes sociales seguían discutiendo. Los analistas seguían debatiendo si un capitán abiertamente gay podía llevar a un equipo a la victoria.

Pero nada de eso importaba.

Nos teníamos el uno al otro. Teníamos a nuestro equipo. Teníamos un campeonato que ganar.

Y por primera vez en dieciséis años, Luca Moretti era, por fin y por completo, libre.

14

Luca

El hielo del pabellón brillaba bajo las luces de la televisión.

Séptimo partido. Finales de la Copa Stanley. Empate 2-2 a falta de ocho minutos para el final del tercer periodo.

El corazón me martilleaba contra las costillas, no por miedo, sino por la pura y eléctrica realidad del momento. Era en torno a esto que había construido toda mi vida. La capitanía. El campeonato. La culminación de dieciséis años de sacrificios.

Salvo que ahora, todo era diferente.

Eché un vistazo al otro lado del banquillo y encontré a Theo de inmediato. Ya no llevaba el cabestrillo. Tenía el hombro fuertemente vendado bajo la camiseta. Sonreía como un idiota a pesar del agotamiento tallado en cada línea de su rostro.

Me pilló mirándole y me guiñó un ojo.

Algo cálido inundó mi pecho. Algo que ya no tenía que esconder.

—¡Moretti! —La voz del entrenador Reeves cortó mis pensamientos—. Te toca. Callahan, Bishop, Volkov, con él.

Salté la valla de un salto. El rugido del público me golpeó: sesenta mil personas gritando, pataleando, desesperadas por un gol. Podía saborear la tensión en el aire, tan afilada como el ozono antes de una tormenta.

Theo se colocó en su posición en mi extremo. Nuestras miradas se cruzaron durante medio segundo.

Acabemos con esto.

El disco cayó.

Gané el saque. Se lo pasé hacia atrás a Bishop en la línea azul. El defensa preparó el palo para un *slapshot*, pero la cobertura se cerró sobre él. En lugar de eso, le cruzó el pase a Volkov.

Patiné con fuerza hacia la red, utilizando mi cuerpo para crear espacio. Dos defensas convergieron sobre mí. Sentí su peso, su desesperación; sabían quién era yo, lo que podía hacer.

Pero no vieron a Theo.

Volkov filtró un pase a través del tráfico. Theo lo recogió en el círculo, con una sola mano porque su hombro lesionado aún estaba sensible. El portero se desplazó, comprometiendo su ángulo.

Los ojos de Theo volaron hacia mí.

Aquí.

El pase llegó de cinta a cinta. Perfecto como una plegaria. Tiré de primera sin pensar: pura memoria muscular, dieciséis años de repetición comprimidos en un solo movimiento.

El disco salió disparado pasando por alto el guante del portero.

A la escuadra.

Red.

Gol.

La luz roja estalló. La bocina bramó. El público entró en erupción en algo más allá del sonido: una ola física de ruido que me hizo pitar los oídos.

Ya había marcado goles decisivos antes. Docenas de ellos. Pero este...

Este era diferente.

Theo se estrelló contra mí primero, envolviéndome en un abrazo de oso que levantó mis patines del hielo. Su hombro lesionado tenía que estar gritando de dolor, pero no le importó. Se reía, brillante y sin defensas y tan malditamente precioso que se me olvidó cómo respirar.

—¡Lo has hecho! —gritó Theo por encima del ruido—. ¡Joder, Capi, lo has hecho!

El resto del equipo se nos echó encima: Bishop, Volkov, Kieran y Hayes, todos ellos gritando y golpeando mi casco. Se me nubló la vista por las lágrimas.

Había pasado toda mi vida construyendo muros. Atado por el control, la disciplina, la distancia. Mentiras.

Y ahora estaba rodeado por mi equipo, sosteniendo al hombre que amaba, a ocho minutos de un campeonato.

Vulnerable. Expuesto. Auténtico.

Y más fuerte de lo que había sido jamás.

Los últimos ocho minutos duraron aproximadamente setecientos años.

Jugué cada turno como si me fuera la vida en ello: bloqueando tiros, cortando acometidas, ganando las batallas en las vallas. Me ardían los pulmones. Me gritaban las piernas. Mi visión se convirtió en un túnel centrado únicamente en el disco, el reloj y el marcador.

3-2. Seis minutos.

3-2. Cuatro minutos.

3-2. Dos minutos.

El equipo contrario retiró a su portero para sacar a un atacante extra. Mi línea se replegó en defensa, exhausta pero negándose a ceder. Theo cojeó levemente en su siguiente zancada —el hombro o la fatiga, no lo sabía—, pero no aminoró la marcha.

El disco bordeó las vallas. Llegué el primero y lo levanté alto y profundo hacia el hielo neutral.

Icing.

Saque en zona defensiva. Un minuto, cuarenta y tres segundos.

Me alineé frente a su centro: un veterano que ya tenía dos anillos, con ojos fríos y calculadores. La mano del árbitro flotó sobre el punto.

No pienses. Solo gana.

El disco cayó.

Bloqueé el palo del centro, usé mi cuerpo para desequilibrarle y pateé el disco hacia atrás, hacia Bishop. El defensa lo disparó alrededor de las vallas hacia Kieran, que lo sacó de la zona.

Un minuto, doce segundos.

El otro equipo se reagrupó. Volvieron a presionar. Oleada tras oleada de presión. Bloqueé un tiro que me atrapó en las costillas; el dolor estalló en mi pecho, lo bastante agudo como para dejarme la visión en blanco durante medio segundo. Me mantuve en pie.

Treinta y ocho segundos.

Theo interceptó un pase en la línea azul y se las arregló para enviarlo al fondo. El defensa del otro equipo lo recuperó, pero el reloj se estaba desangrando ya. Veinte segundos. Quince.

No recuerdo los últimos segundos. Solo ruido y movimiento. El peso imposible de la esperanza.

Sonó la bocina final.

Durante un latido, el pabellón se quedó en silencio.

Luego detonó.

Palos y guantes volaron por los aires. El banquillo se vació sobre el hielo. Me fallaron las rodillas y caí a la pista a cuatro patas, jadeando, incapaz de procesar la magnitud de lo que acababa de ocurrir.

Habíamos ganado.

Habíamos ganado el campeonato.

Había ganado el campeonato como un capitán abiertamente gay.

Unas manos tiraron de mí hacia arriba. Kieran estaba llorando. Hayes estaba gritando. Bishop se estrelló contra mí con la fuerza suficiente para sacarme el aire de los pulmones.

Y entonces Theo apareció, sonriendo de forma tan amplia que parecía dolorosa, con los ojos brillantes por las lágrimas, la alegría y el agotamiento.

—Capi —dijo Theo, sin aliento—. Lo hemos conseguido, joder.

Le besé.

Allí mismo. Sobre el hielo. Delante de sesenta mil personas y de todas las cámaras del recinto.

Theo hizo un sonido de sorpresa contra mi boca y luego se fundió en ella; su mano buena se cerró en puño en mi camiseta, aferrándose como si yo fuera la única cosa sólida en un mundo que daba vueltas.

El rugido del público se duplicó. Se triplicó. El ruido era físicamente doloroso.

No me importaba.

Había pasado años escondiéndome. Actuando. Fingiendo.

Ya no.

Cuando por fin nos separamos, la cara de Theo estaba húmeda.

—Te amo —dijo, apenas audible por encima del caos.

—Yo también te amo. —Pegué mi frente a la suya—. Gracias por no rendirte conmigo.

—Nunca. —La sonrisa de Theo fue incandescente—. No te vas a librar de mí en la vida, ¿recuerdas?

—Lo mejor que me ha pasado.

El vestuario era un pandemónium.

Salpicaba champán por todas partes. Alguien había puesto un altavoz a un volumen ilegal. Kieran estaba de pie sobre un banco cantando a grito pelado y desafinando una canción de victoria. Hayes derramó una nevera entera de agua helada sobre el entrenador Reeves, que simplemente se rio y le abrazó.

Yo me quedé en el centro de todo aquello. Estaba empapado, magullado, exhausto y más feliz de lo que había sido en mi vida.

La Copa Stanley descansaba sobre una mesa en el centro de la sala, brillando en plata, imposiblemente enorme. Había soñado con este momento desde que tenía seis años. Me lo había imaginado mil veces: qué se sentiría al tocarla por fin, levantarla, reclamarla como mía.

Nunca había imaginado que lo haría siendo yo mismo.

—¡Discurso! —gritó alguien. La sala recogió el cántico de inmediato—. ¡Discurso! ¡Discurso! ¡Discurso!

Se me hizo un nudo en la garganta. Eché un vistazo a mi equipo: esos hombres que me conocían desde hacía años, que me habían aceptado sin dudar, que habían luchado a mi lado y ganado.

—No tengo preparado ningún discurso —admití. Mi voz salió rasposa—. Pensaba que, si ganábamos, tendría algo profundo que decir. Algo digno de un capitán.

—Solo di lo que estás pensando —dijo Theo en voz baja a mi lado.

Le miré. Luego volví a mirar al equipo.

—Hace diez años —empecé—, decidí que la única forma de sobrevivir en esta liga era ser perfecto. Controlado. Intocable. Pensaba que la vulnerabilidad era debilidad. Pensaba que si alguien veía al verdadero yo... —Se me quebró la voz. Me aclaré la garganta —. Pensaba que lo perdería todo.

El vestuario se había quedado en silencio. Hasta la música parecía haber bajado.

—Pero me equivocaba. —Crucé la mirada con Kieran, luego con Hayes y luego con Bishop—. Esconderme me hizo una persona más pequeña. Un peor capitán. Y casi me cuesta... —Eché un vistazo a Theo— ...lo más importante de mi vida.

La mano de Theo encontró la mía. Nuestros dedos se entrelazaron.

—Este campeonato no me pertenece —continué—. Nos pertenece a todos nosotros. Todos y cada uno de los que estamos en esta sala habéis luchado por él. Habéis sangrado por él. Y lo habéis hecho sabiendo exactamente quién soy. No me pedisteis que fuera perfecto. Solo me pedisteis que fuera honesto.

Tuve que parar. Tuve que respirar a través de la opresión de mi pecho.

—Así que gracias. Por aceptarme. Por luchar a mi lado. Por enseñarme que ser vulnerable no te hace débil: te hace más fuerte.

La sala estalló en vítores. Kieran inició los aplausos y, en cuestión de segundos, todos estaban en pie, aplaudiendo, pateando y gritando mi nombre.

—¡Ahora levanta la puta Copa! —bramó Hayes.

Me eché a reír —una risa real, sin defensas y brillante— y alargué las manos hacia el trofeo.

Pesaba más de lo que esperaba. Sólida. Real. La levanté por encima de mi cabeza, y la sala volvió a estallar.

La Copa hizo su recorrido. Cada jugador tuvo su momento: levantarla, besarla, hacerse fotos. Cuando le llegó a Theo, apenas pudo con el peso por culpa de su hombro lesionado, pero la levantó de todos modos, resplandeciendo como el sol.

Más tarde —después de las entrevistas con los medios, después de las fotos oficiales, después de que el champán dejara de fluir—, mi teléfono vibró.

Mark. Mi agente.

Casi lo ignoro. Pero algo me impulsó a comprobarlo.

Mark: Llámame cuando tengas un minuto. Buenas noticias.

Fruncí el ceño y salí al pasillo para tener una relativa tranquilidad. Marqué el número.

—Enhorabuena, Capitán —dijo Mark de inmediato—. Menudo partidazo.

—Gracias. ¿Cuáles son las buenas noticias?

—Hoy han salido adelante tres grandes acuerdos publicitarios. Nike te quiere para su campaña del Orgullo. Gatorade quiere un anuncio completo. Y EA Sports os quiere a Callahan y a ti en la portada del juego de la NHL del año que viene.

Mi cerebro tartamudeó.

—¿Qué?

—Mencionaron específicamente tu historia de salida del armario. Dijeron que representas el futuro del hockey: auténtico, diverso, sin miedo. Las ofertas son sustanciales, Luca. Hablamos de siete cifras cada una.

—Yo... —No podía formar palabras—. ¿Me quieren porque he salido del armario?

—Porque saliste del armario, lideraste a tu equipo hacia un campeonato y demostraste que la autenticidad no te debilita: te hace icónico. —La voz de Mark era cálida. Orgullosa—. Has cambiado la narrativa. Y ahora todo el mundo quiere ser parte de esa historia.

Me apoyé contra la pared, abrumado. Hacía un mes, estaba aterrorizado de que salir del armario destruyera mi carrera. De que me costara todo.

En lugar de eso, me había dado más de lo que jamás había imaginado posible.

—Envíame los detalles —logré decir—. ¿Y, Mark? Gracias. Por creer en mí incluso cuando yo no creía en mí mismo.

—Siempre, chico. Ahora ve a celebrarlo con tu equipo. Y con tu novio.

Colgué. Me quedé allí un momento, procesándolo todo.

Luego volví a entrar al vestuario.

Theo levantó la vista de inmediato. Leyó algo en mi expresión.

—¿Estás bien?

—Sí. —Le atraje hacia mí y le di un beso en la sien—. Mejor que bien. Te lo contaré luego.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Horas más tarde, cuando la mayor parte del equipo se había dispersado por fin para seguir celebrándolo en otra parte, me senté en el suelo del vestuario con la Copa Stanley entre las rodillas.

Theo se dejó caer a mi lado, con el hombro pegado al mío. Llevaba de nuevo puesto el cabestrillo —órdenes del entrenador—, pero parecía satisfecho. En paz.

—¿Te puedes creer que esto haya pasado de verdad? —preguntó Theo en voz baja.

Tracé con el dedo los nombres grabados en la superficie de la Copa. Campeones que se remontaban a más de un siglo. Leyendas. Iconos.

Y ahora mi nombre también estaría ahí.

—Hace un mes —dijo—, pensaba que mi carrera estaría acabada si alguien se enteraba de que era gay. Pensaba que perdería la capitanía, el respeto del equipo, todo.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo un campeonato. Acuerdos publicitarios específicamente por haber salido del armario. Un equipo que me apoya. —Miré a Theo—. Y a ti.

La sonrisa de Theo fue suave. Cómplice.

—Resulta que la vulnerabilidad te hizo más fuerte, ¿eh?

—Resulta que tenías razón desde el principio. —Me incliné y le besé—. Gracias por verme cuando yo no podía verme a mí mismo.

—Siempre, Capi. —Theo apoyó la cabeza en mi hombro—. Entonces, ¿qué pasa ahora?

—¿Ahora? —Pensé en los acuerdos publicitarios. En la atención de los medios. En el inevitable escrutinio y en las críticas que continuarían.

Pero también pensé en este momento: sentado en el suelo de un vestuario con el hombre que amaba, y con el campeonato que habíamos ganado juntos brillando entre nosotros.

—Ahora disfrutamos de esto —dijo—. Lo celebramos. Descansamos. Y luego volvemos a hacerlo todo de nuevo la temporada que viene.

—Suena perfecto.

—Una cosa más. —Saqué el teléfono. Busqué el contacto de mi padre.

Theo se tensó.

—No tienes que...

—Tengo que hacerlo.

Escribí rápido, antes de poder cuestionarme a mí mismo.

Luca: Hemos ganado el campeonato. Soy feliz. Estoy enamorado. Por fin soy yo mismo. Siento que no puedas ser parte de esto, pero he terminado de dejar que tu miedo controle mi vida.

Le di a enviar. Luego bloqueé el número.

—Hecho —dije en voz baja.

Theo me apretó la mano buena.

—¿Cómo te sientes?

—Libre.

Y lo era. La falsa creencia que me había controlado durante dieciséis años —que la vulnerabilidad equivalía a debilidad, que la autenticidad me destruiría— se había hecho añicos por completo.

Ser honesto no me había hecho más débil.

Me había convertido en un campeón.

—Te amo —dijo, atrayendo a Theo más cerca.

—Yo también te amo. —Me besó de nuevo, con sabor a champán y a victoria—. Ahora salgamos de aquí. Quiero llevarme la Copa a la cama.

Me eché a reír: brillante, sin defensas y completamente libre.

—Así no es como funciona esto.

—Por intentarlo que no quede.

Nos pusimos en pie juntos. Levanté la Copa Stanley una vez más. Su peso se sentía correcto en mis manos. Ganado a pulso.

Fuera, la ciudad estaba de celebración. Dentro, yo tenía todo lo que siempre había querido.

Epílogo

THEO

Entré a la cocina caminando descalzo, vestido solo con unos bóxers ajustados y la camiseta de capitán de Luca. La tela estaba suave por los años de uso, y la pesada «C» atrapaba la luz del sol de finales de agosto que entraba a raudales por las ventanas.

Dos meses desde el campeonato. Dos meses viviendo juntos en este espacio que se había transformado poco a poco del «apartamento de Luca» a «nuestro apartamento». Mis patines estaban junto a la puerta, al lado de los suyos. Mi proteína en polvo abarrotaba la encimera. Mi pésimo gusto para las comedias románticas se había infiltrado en su lista de Netflix.

—Llevas mi camiseta otra vez. —La voz de Luca sonó a mis espaldas, grave y áspera por el sueño.

Me di la vuelta, sonriendo. Tenía el pelo alborotado en tres direcciones distintas, el pecho desnudo marcado con tenues líneas de las sábanas y los pantalones de chándal caídos bajos en las caderas.

Precioso. Mío.

—A mí me queda mejor —dije.

—No te falta razón. —Cruzó la cocina en tres zancadas y deslizó las manos por debajo de la camiseta para agarrarme por la cintura.

Sus pulgares trazaron los huesos de mis caderas; tenía los ojos oscuros—. Pero es una distracción.

—Bien. —Le besé, saboreando la pasta de dientes de menta. Aún me emocionaba esto: besarle a plena luz del día, en nuestra cocina, sin tener nada que ocultar—. Se supone que tienes que estar distraído. Es la pretemporada.

—Técnicamente nos reincorporamos dentro de dos semanas.

—Sigue siendo la pretemporada. —Me aparté lo suficiente para servirle café, añadiéndole la nata tal y como le gustaba. Fácil. El tipo de ritual matutino con el que había fantaseado durante aquellas tres semanas de secretismo en las que cada roce había sido robado.

Luca aceptó la taza. Su mano libre se quedó anclada en mi cadera, como si no soportara no tocarme. Su mirada recorrió la camiseta, deteniéndose en la «C».

—Anoche soñé que llevabas esto puesto.

—¿Ah, sí? —Me apoyé de espaldas contra la encimera—. ¿Y qué estaba haciendo?

—Nada que puedas hacer con un hombro separado. —Su sonrisa se volvió perversa—. Pero ahora que tienes el alta médica para el contacto...

El calor se acumuló en la parte baja de mi vientre. Mi hombro había sanado a la perfección: rango de movimiento completo, sin necesidad de cirugía. Pero Luca había sido casi absurdamente cuidadoso conmigo desde aquella noche, como si yo pudiera hacerme añicos.

—No me rompo con facilidad, Capi.

—Lo sé. —Pero su mano se suavizó en mi cintura, y su pulgar acarició la piel justo por encima de la cinturilla—. Aún me estoy acostumbrando a no preocuparme.

El reloj del microondas marcaba las 9:47 a.m. No teníamos que estar en ningún sitio hasta el evento de esta noche: una charla en un clínic de hockey para jóvenes LGBTQ+ local que ambos agentes habían apoyado con entusiasmo.

Las invitaciones habían empezado a llover unas dos semanas después de la rueda de prensa de Luca. Organizaciones juveniles, eventos del Orgullo, mesas redondas en universidades. Habíamos

aceptado un puñado; las que nos parecían correctas, las que nos permitían marcar la diferencia de verdad.

—¿A qué hora tenemos que irnos? —pregunté.

—A las seis. —Luca dejó la taza en la encimera. Ahora ambas manos se deslizaron por debajo de la camiseta, trazando el mapa de mis costillas—. Así que tenemos todo el día.

—¿Todo el día para hacer qué?

—Tengo un par de ideas. —Me besó el cuello, rozando con los dientes el punto donde me latía el pulso—. Pero primero tienes que desayunar. Aún estás reconstruyendo músculo.

Me eché a reír, enredando mis dedos en su pelo.

—Suenas como el nutricionista del equipo.

—Soy tu capitán. Se supone que tengo que cuidarte.

—Eres mi novio —le corregí—. Descripción del puesto diferente.

—Novio. —Puso a prueba la palabra, con una sonrisa suave—. Me gusta eso.

—¿Mejor que «rollo secreto»?

—Considerablemente. —Se apartó, y su expresión se volvió seria —. Siento que eso fuera lo único que pude darte durante tanto tiempo.

—Eh. —Le acuné la cara, obligándole a mirarme a los ojos—. Ya hemos superado eso. No tienes que seguir disculpándote.

—Lo sé. —Pero la culpa aún parpadeaba en su mirada; la misma culpa que asomaba a veces a altas horas de la noche, cuando creía que yo estaba dormido—. Es solo que... perdí tanto tiempo teniendo miedo. Y tú lo pagaste.

—Y ahora estamos aquí. —Le besé suavemente—. En nuestro apartamento. Llevando tu camiseta. Sin absolutamente nada que ocultar. Eso es lo que importa.

Me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia él. Sentí los latidos de su corazón contra mi pecho, constantes y seguros. Cuando me había pedido que me mudara con él hacía seis semanas, había dicho que sí antes de que terminara la frase. Mi contrato de alquiler era de mes a mes de todos modos, y ya estaba pasando todas las noches aquí, entrando a escondidas después de los eventos del equipo

como si aún nos estuviéramos escondiendo a pesar de que el mundo entero lo sabía.

—Te quiero —dijo Luca en voz baja—. No lo digo lo suficiente.

—Lo dices constantemente.

—No con palabras.

Tenía razón. Luca demostraba su amor con acciones: el café preparado exactamente como me gustaba, mis *snacks* favoritos guardados en la despensa, su mano buscando la mía por debajo de las mesas en los restaurantes, su cuerpo inclinado hacia mí en cada foto como un girasol siguiendo la luz. Pero escuchar las palabras aún hacía que se me encogiera el pecho.

—Yo también te quiero —dijo—. Ahora dame de comer antes de que me consuma. Soy un chico en edad de crecer.

Resopló.

—Tienes veintidós años y estás construido como un muro de ladrillos.

—Un muro de ladrillos que necesita desayunar.

Hicimos tortitas juntos: yo mezclando la masa mientras Luca se encargaba de la plancha. La cocina se llenó con el olor a vainilla y mantequilla, y la luz del sol pintaba de dorado la encimera. A través de las ventanas podía ver el *skyline* de Chicago, la ciudad que habíamos reclamado como nuestra cuando Luca me había besado en público con el campeonato en juego.

Mi teléfono vibró en la encimera. Un mensaje de Kieran.

Kieran: Dejad de ser tan asquerosamente domésticos y confirmad que venís a la barbacoa del sábado.

Le enseñé la pantalla a Luca.

—¿Te apetece ir a casa de Kieran este fin de semana?

—Si digo que no, ¿lo dejará estar?

—En absoluto.

—Entonces supongo que iremos. —Pero sonrió, dándole la vuelta a una tortita con un estilo innecesario—. ¿Va a traer Collins a su nueva novia?

—Sí. Al parecer es «la definitiva». —Hice comillas en el aire.

—Dijo lo mismo de la anterior.

—Y de la anterior a esa. —Me apoyé en su hombro, respirando su olor con satisfacción—. Es un optimista.

—Como alguien más que yo me sé.

Le besé la mandíbula.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No lo es. —Luca sirvió las tortitas en los platos, ahogando las suyas en sirope mientras yo añadía frutos rojos frescos a las mías—. Es una de las cosas que adoro de ti. Haces que todo parezca posible.

Comimos en la barra de la cocina, con las rodillas tocándose, intercambiando bocados. La domesticidad nunca antes me había parecido atractiva. Había visto a mi hermana mayor lidiar con la convivencia con su marido y parecía agotador: todo eran concesiones y cuadrar horarios.

Pero esto era fácil. Natural.

—Ha salido tu contrato —dijo Luca en tono informal, pero capté el orgullo en su voz.

—Sí. —Lo había firmado la semana pasada: tres años, un aumento significativo, y el puesto de titular garantizado en la segunda línea. Mi agente estaba encantado. Yo estaba más emocionado por el hecho de que significaba tres años más jugando con Luca—. No te vas a librar de mí.

—Bien. —Su mano encontró mi muslo por debajo de la barra, y su pulgar acarició el interior de mi rodilla—. Ese era el plan.

—¿Ah, sí?

—¿Crees que me habría peleado con un tío por cualquiera? —Su sonrisa se torció—. Sabía lo que quería. Solo tardé un tiempo en ser lo bastante valiente para cogerlo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Aquella pelea... Luca tirando los guantes por primera vez en su carrera, siendo expulsado del partido porque yo había recibido un golpe que iba para él. Ese fue el momento en que supe que esto era algo más que atracción. Ese fue el momento en que me di cuenta de que iba con todo, incluso si aún no podía decirlo en voz alta.

—Me alegro de que lo hicieras —dije—. Cogerlo, quiero decir.

—Yo también. —Se inclinó y me besó, con sabor a sirope de arce —. La mejor decisión que he tomado en mi vida.

Recogimos juntos. Llenamos el lavavajillas mientras sonaba música desde el teléfono de Luca: rock clásico, no demasiado alto, el tipo de ruido de fondo cómodo que llenaba el espacio entre las palabras. Le pillé mirándome mientras yo limpiaba la encimera, con expresión relajada.

—¿Qué?

—Nada. —Pero sus mejillas se sonrojaron levemente—. Es solo que... estás muy bien en mi cocina.

—Nuestra cocina.

—Cierto. —Lo dijo como si se lo estuviera recordando a sí mismo. Como si todavía se estuviera acostumbrando a compartir su espacio —. Nuestra cocina.

Le tiré el trapo de cocina.

—Deja de ponerte raro con el tema. Este es el aspecto que tiene vivir juntos.

—Nunca he... —Cogió el trapo, retorciendo la tela entre los dedos —. Nunca había hecho esto antes. Vivir con alguien. Nunca había querido vivir con alguien.

—Yo tampoco. —Caminé hacia él, rodeándole la cintura con los brazos—. Pero me gusta. Me gusta despertarme contigo. Me gusta tu pésimo gusto para los documentales y la forma en que organizas la nevera por grupos de alimentos y cómo siempre robas las mantas aunque seas muy caluroso.

—Yo no robo las mantas.

—Lo haces absolutamente. —Le besé en la comisura de la boca—. Pero te lo perdono.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor.

—A mí también me gusta esto. Más de lo que pensaba.

—¿Pensabas que no te gustaría?

—Pensaba... —Hizo una pausa, eligiendo las palabras con cuidado —. Pensaba que dejar entrar a alguien se sentiría como perder el control. Como si tuviera que estar actuando todo el tiempo. Pero contigo es simplemente...

—¿Fácil?

—Sí. —Su sonrisa era suave. La sonrisa que era solo para mí—. Fácil.

A las 6:15 p.m., aparcamos en el complejo deportivo juvenil de la zona norte.

El estómago me daba un vuelco por los nervios; hablar en público seguía sin ser mi actividad favorita. Luca, por supuesto, parecía perfectamente compuesto con unos vaqueros oscuros y una camiseta henley ajustada, y su cara de relaciones públicas se colocó en su sitio mientras nos acercábamos al edificio.

Pero su mano encontró la mía en el aparcamiento. Nuestros dedos se entrelazaron. Eso era real.

Dentro, la coordinadora —una mujer llamada Sarah con ojos amables y una cinta identificativa con la bandera del Orgullo— nos saludó calurosamente.

—Muchas gracias a los dos por venir. Los chicos están más que emocionados.

—Encantados de estar aquí —dijo Luca, estrechándole la mano con fácil profesionalidad.

Nos llevaron a una sala multiusos llena con unos treinta chicos de entre diez y diecisiete años. Llevaban equipación de hockey o camisetas de equipos, y todos nos miraban fijamente con expresiones que iban desde el asombro hasta la sospecha, pasando por la esperanza desesperada.

Se me oprimió el pecho. Estos chicos... algunos de ellos eran exactamente como yo había sido a los quince años. Asustados y solos y convencidos de que tenían que elegir entre el hockey y la honestidad.

—Hola a todos —dijo Sarah alegremente—. Estos son nuestros invitados especiales: Theo Callahan y Luca Moretti, de los Chicago Storm.

Unos pocos chicos aplaudieron. La mayoría solo se quedaron mirando.

Luca dio un paso adelante, y su voz de capitán sonó firme y cálida.

—Gracias por invitarnos. Sabemos que probablemente tengáis preguntas, así que daremos una breve charla y luego abriremos el turno. ¿Os parece bien?

Asentimientos. La energía nerviosa llenaba la habitación.

Pasamos noventa minutos hablando de nuestro viaje. Lo mantuvimos apropiado para los más pequeños, pero fuimos sinceros sobre el miedo, sobre esconderse y sobre el momento en que decidimos dejar de fingir. Luca habló de pasar dieciséis años en el armario, de cómo salir había sido como dar un paso al vacío desde un precipicio, pero el aterrizaje había sido más suave de lo que imaginaba.

Yo hablé de salir del armario de joven, de cómo mi familia y mi equipo universitario me habían apoyado, de cómo aun así me había aterrorizado entrar en la NHL porque era diferente cuando toda tu carrera podía verse afectada.

Las preguntas llegaron rápido después de eso.

—¿Vuestro equipo se volvió loco?

—No —dijo Luca simplemente—. Fueron increíbles. Mejores de lo que esperaba.

—¿La gente dice cosas malas?

—Sí —respondí con sinceridad—. Algunas personas sí. Pero ha habido muchísima más gente que nos ha apoyado. Y los malos... sus opiniones no importan.

—¿Tenéis miedo de que alguien os haga daño?

La mandíbula de Luca se tensó, pero su voz se mantuvo firme.

—A veces. Pero me da más miedo volver a esconderme.

Una chica del fondo —quizá de dieciséis años, con una camiseta de portera— levantó la mano con timidez.

—¿Cómo supisteis que valía la pena? ¿Salir del armario?

Luca me miró. Algo sin defensas cruzó entre nosotros. Luego se volvió hacia ella de nuevo.

—Porque vivir una mentira me estaba matando lentamente. Y conocí a alguien que me dio ganas de ser valiente.

Se me hizo un nudo en la garganta. Los chicos nos miraban con un hambre evidente, como si fuéramos la prueba de que los finales felices existían.

—Todos vosotros merecéis ser vosotros mismos —dijo—. El hockey no pertenece a la gente que quiere haceros sentir pequeños. Pertenece a todo aquel que ame este deporte.

Cuando terminamos, los chicos nos rodearon pidiendo autógrafos, *selfies* y confesiones en voz baja. Un niño que no tendría más de doce años me agarró la mano y me dijo: «Gracias por ser valiente», y tuve que parpadear para contener las lágrimas.

Luca lo manejó con perfecta compostura, firmando camisetas y respondiendo preguntas. Pero vi cómo le temblaba ligeramente la mano cuando un chico le dio las gracias por hacerle sentir menos solo.

En el aparcamiento, después, se dejó caer apoyado contra el coche.

—Eso ha sido...

—Intenso —terminé por él.

—Sí. —Se frotó las manos por la cara—. Dios, algunos de esos chicos... parecían tan asustados.

—Les diste esperanza.

—Les dimos esperanza. —Me atrajo hacia él, hundiendo la cara en mi cuello—. No dejo de pensar en lo diferente que habría sido mi vida si hubiera tenido esto a los catorce años. Si hubiera visto a un solo jugador fuera del armario y hubiera sabido que era posible.

Le abracé, sintiendo cómo la tensión se drenaba lentamente de sus hombros. Ese era el peso que cargaba ahora: no el secretismo, sino la responsabilidad. Nos habíamos convertido en símbolos, quisiéramos o no. Modelos a seguir. Pruebas vivientes.

—Estás haciendo exactamente lo que necesitabas entonces —dije en voz baja—. Les estás demostrando que es posible.

Condujimos a casa en un silencio cómodo, con la mano de Luca descansando en mi muslo, mientras las luces de la ciudad pasaban a toda velocidad.

De vuelta en el apartamento, nos pusimos el chándal y nos acurrucamos en el sofá con comida tailandesa para llevar y un documental sobre exploradores de la Antártida al que fingí prestar atención. En realidad, me dediqué a observar la cara de Luca bajo el resplandor de la televisión.

Esta era mi versión favorita de él: sin defensas y suave, con la máscara completamente desaparecida. Simplemente Luca. No el

capitán. No el personaje de los medios. Simplemente el hombre que acaparaba las mantas, hacía el crucigrama a bolígrafo y me miraba como si yo hubiera colgado la luna en el cielo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó durante una pausa para la publicidad.

—En ti.

—Qué cursi.

—Te encanta.

—La verdad es que sí. —Me besó despacio—. ¿Quieres que vayamos a la pista de entrenamiento?

Me aparté, sorprendido.

—¿Ahora? Son casi las diez.

—Lo sé. —Su sonrisa se torció—. Estaba pensando en aquella noche. Después del partido, cuando aparecimos los dos.

—¿La noche en la que me besaste y luego saliste huyendo?

—No salí huyendo. Me retiré estratégicamente.

—Huiste.

—Vale, huí. —Se levantó, tirando de mí para que me pusiera en pie con él—. Pero quiero volver. Contigo. De la forma correcta esta vez.

Veinte minutos después, aparcamos fuera de las instalaciones de entrenamiento de los Storm.

El edificio estaba a oscuras, a excepción de las luces de seguridad. El aparcamiento estaba vacío. Luca tenía una tarjeta para acceder fuera del horario habitual —privilegios de capitán—, y nos colamos dentro como si estuviéramos entrando a robar, a pesar de que teníamos todo el derecho a estar allí.

La pista estaba fría y en silencio. El hielo brillaba bajo la iluminación de emergencia. Nuestro aliento formaba vaho en el aire. Cogí mis patines de la taquilla y Luca hizo lo mismo. Nos atamos los cordones en un silencio que se sentía cargado de recuerdos.

El hielo estaba perfecto: recién alisado, liso como el cristal. Nos deslizamos juntos. Mi cuerpo recordaba aquello, los músculos adoptaban patrones familiares, los cantos afilados y seguros. Luca patinaba a mi lado, igualando mi ritmo, con nuestros movimientos

sincronizados tras meses de entrenamientos y partidos y el tipo de química que nos hacía letales sobre el hielo.

—¿Hacemos el ejercicio? —preguntó, sacando un disco del bolsillo.

—¿Cuál?

—El de aquella noche.

Sabía a cuál se refería. El ejercicio que habíamos practicado aquella noche, tres meses atrás, cuando todo era secreto, aterrador y nuevo. Cuando me había hecho una carga contra las vallas, yo le había desafiado y él me había besado como si se estuviera ahogando.

Nos colocamos en posición. Luca en el centro de la pista. Yo defendiendo.

Dejó caer el disco y aceleró, viniendo hacia mí rápido y controlado. Me posicioné para cortarle el paso. Amagó a la izquierda, manejando el palo con una rapidez imposible. Pivoteé y le atrapé con una sólida carga; controlada, nada peligroso, solo presión.

Sonrió, respirando con fuerza.

—Otra vez.

Lo repetimos cinco veces. El contacto físico estaba cargado de memoria muscular y promesas no dichas. En la sexta carrera, le plaqué contra las vallas —con cuidado, jugando— y le inmovilicé allí con mi cuerpo, ambos respirando con dificultad.

—Estás mejorando en defensa —dijo.

—Buen profesor.

Sus ojos se oscurecieron.

—Theo...

—¿Sí, Capi?

Entonces me besó. Fue urgente y posesivo. Le devolví el beso con la misma fuerza, mientras mis guantes caían al hielo y mis manos buscaban su rostro.

Aquí era donde había empezado. Aquí era donde todo había cambiado.

Cuando por fin nos separamos, Luca sonreía: la sonrisa de verdad, sin defensas y brillante, la sonrisa que tanto me había costado ganarme.

—¿Vas a seguir fingiendo que no planeas proponerme matrimonio? —preguntó.

Se quedó muy quieto.

—¿Qué?

—La cajita con el anillo que encontré cuando buscaba tu cargador de móvil de repuesto la semana pasada. —Arqueé una ceja—. ¿Pensabas decírmelo o simplemente ibas a llevarlo encima hasta que te armaras de valor?

—Yo... —Se echó a reír, una risa brusca y sorprendida—. Eres imposible.

—Y me quieres de todos modos.

—La verdad es que sí. —Su expresión se volvió seria, vulnerable de una forma que aún hacía que se me encogiera el pecho. Luego hincó una rodilla sobre el hielo.

El corazón se me paró.

—Theo Callahan. —Su voz temblaba un poco, pero sus ojos estaban firmes—. Me hiciste valiente cuando se me había olvidado cómo serlo. Me quisiste cuando yo estaba demasiado asustado para quererme a mí mismo. Haces que cada día se sienta como ganar un campeonato. No llevo el anillo conmigo porque soy un idiota que no esperaba que me pillaras...

—Se me dan bien los saques neutrales —dije, con un nudo en la garganta.

—...pero te amo más de lo que creía ser capaz de amar a nadie. ¿Te casarías conmigo?

—Sí. —Tiré de él para ponerle en pie, besándole con fuerza—. Sí, obviamente sí, hombre ridículo.

Se echó a reír contra mi boca, brillante y libre. Me rodeó con los brazos como si temiera que yo fuera a desaparecer.

—Iba a hacer esto bien. Una reserva para cenar, el anillo de verdad...

—Esto es mejor. —Le acuné el rostro, con los pulgares acariciándole los pómulos—. Esto somos nosotros. La pista donde empezó todo. Solo nosotros, el hielo y la verdad.

—La verdad —repitió en voz baja—. Me gusta eso.

Nos quedamos allí un largo momento, simplemente respirando juntos; la pista en silencio a excepción de nuestras exhalaciones combinadas que se convertían en vaho en el aire frío. Luego Luca patinó hacia atrás, tirando de mí hacia el centro de la pista. Esa sonrisa perversa que tanto me gustaba asomó a su boca.

—Así que —dijo—. Mi prometido.

—Tu prometido —accedí. La palabra se sentía correcta. Perfecta—. Llévame a casa, Capi.

—Primero aquí.

Y entonces me estaba besando de nuevo, patinando en un círculo lento, con el hielo bajo nosotros sólido y seguro. Sus manos se deslizaron por debajo de mi chaqueta, trazando la piel que había memorizado, tocándome como si yo fuera algo precioso.

Nos quitamos capas lentamente: chaquetas y camisetas cayendo al hielo, patines abandonados en el centro de la pista. El frío mordía la piel desnuda, pero el cuerpo de Luca era un horno contra el mío, su boca dejando un rastro de fuego por mi garganta mientras yo le abría el cinturón.

—Alguien podría vernos —logré decir, incluso mientras mi cabeza caía hacia atrás.

—Me da igual. —Sus dientes me rozaron la clavícula—. Te quiero aquí. Donde empezó todo.

Hicimos el amor en el centro del hielo: el corazón territorial de nuestra pista. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección, cada roce era familiar y nuevo al mismo tiempo. Luca se movió sobre mí con una intensidad controlada que se hizo añicos hasta convertirse en una necesidad desesperada. Su máscara había desaparecido por completo; su cara estaba abierta, vulnerable y tan hermosa que dolía.

Cuando por fin nos derrumbamos juntos, respirando con dificultad, con mi espalda fría contra el hielo y el peso cálido de Luca encima de mí, sentí que estaba exactamente donde debía estar.

—Te amo —dijo Luca contra mi cuello—. Dios, te amo.

—Yo también te amo. —Enredé los dedos en su pelo—. A pesar de que me lo hayas pedido sin el anillo.

—Te lo compensaré.

—Lo sé.

Al final nos vestimos y condujimos a casa, con las manos entrelazadas sobre la consola central, mientras la ciudad pasaba en ráfagas de luz. En nuestro apartamento —nuestro hogar— nos duchamos juntos y caímos en la cama, enredados, exhaustos y perfectamente satisfechos.

—¿Cuándo se lo diremos a la gente? —preguntó, medio dormido y con el brazo de Luca pesando sobre mi cintura.

—Mañana —dijo él—. O la semana que viene. Cuando tú quieras.

—Tus padres... —Me detuve. La madre de Luca le había apoyado con cierta timidez en los meses posteriores a su salida del armario; le escribía de vez en cuando, lo intentaba. Su padre seguía bloqueado. Seguía en silencio. Una herida que no terminaba de cicatrizar.

—Tu madre debería saberlo.

—La llamaré mañana. —Me besó el hombro—. Pero esta noche es solo nuestra.

—Solo nuestra —accedí.

Me quedé dormido pensando en el anillo que Luca acabaría dándome. En la boda que planearíamos. En la vida que estábamos construyendo juntos.

Una vida sin secretos. Sin miedos. Sin máscaras.

Solo nosotros, el hielo y la verdad.

Ventaja de hielo propio.

La mejor de todas.

FIN

¿Quieres más Luca y Theo?
La historia aún no ha terminado. Consigue la escena extra exclusiva y picante: *La noche de bodas*.
Escrita totalmente desde el punto de vista de Luca. (Porque todos necesitamos saber exactamente qué estaba pensando el Capi cuando por fin le puso ese anillo en el dedo a Theo).
Consíguela en es1.PiperCrossHockey.com

También de Piper Cross

Chicago Storm
#1 Body Cross
#2 Próximamente